

Maldito
Seducer

Lisa P. Quinn

Maldito Seductor

Lisa P. Quinn

Está prohibida la reproducción gratuita o comercial de esta obra sin la autorización de la autora.

También está prohibida la reproducción parcial de la obra, incluso de forma gratuita, sin los créditos correspondientes. Esta es una obra de ficción, cualquier similitud con personas o hechos reales es mera coincidencia.

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[EPÍLOGO](#)

[BONOS – DEMÉTRIOS](#)

“Maldito Seductor” es el segundo libro de la serie “Los Nikopoulos” y constituye un libro completo por sí mismo. Dado que presenta parejas diferentes, cada libro de la saga puede leerse de manera independiente, pero podría incluir spoilers del libro anterior.

CAPÍTULO 1

Melina

4 AÑOS ANTES

La noche de mi decimoséptimo cumpleaños debería ser motivo de celebración. Sin embargo, la gran fiesta que mi madre decidió organizar gira más en torno a ella que a mí. No conozco este país, ya que nos mudamos a los Estados Unidos tras la reciente muerte de mi padre, y deberíamos estar de luto al menos por un tiempo. Pero mi madre decidió que no sería así; aprovechó la ocasión de mi cumpleaños para invitar a todos los griegos de familias acomodadas y amigos que ahora viven aquí. Según ella, mantener conexiones es importante, y como somos nuevos en el país, fortalecer lazos es siempre bienvenido. Aunque lo haya intentado, no puedo entender la mente de mi madre. Organizar una fiesta como esta a menos de seis meses de la muerte de mi padre es completamente insensato por cualquier motivo, y he gastado muchas palabras tratando de hacerle entender, pero de nada ha servido.

Veo el movimiento de algunos de los invitados, pero, aunque me esfuerce, no recuerdo a nadie, a pesar de que debería hacerlo. Mi madre se esfuerza y me presenta a un puñado de personas que dicen recordarme, pero ¿cómo podría recordar a las personas que me sostenían cuando era un bebé? Me parece peculiar que crean que debería recordarlos. Después de muchos saludos y saludos, logro liberarme por un momento de las manos ávidas de mi madre y escapo al jardín, donde encuentro paz y un poco de tranquilidad en medio del viento y el ruido de los grillos nocturnos.

Podrían haber pasado cinco o cuarenta minutos; no sabría decirlo. Cuando escucho pasos acercándose hacia mí, por alguna razón instintiva, al escuchar la conversación susurrada, me escondo detrás de algunos arbustos para no ser vista. No es porque quiera saber de qué están hablando, sino porque no quiero hacer compañía a otros dos invitados. Así que me escondo y trato de alejarme sigilosamente. Sin embargo, antes de hacerlo, una frase en la conversación llama mi atención:

— Lysandros no sospechará nada, Cati, probablemente ya esté ofreciendo la bebida.

Lysandros Nikopoulos, de ese sí me acuerdo. Nuestras familias siempre han estado cerca,

aunque no he tenido contacto con él, lo conozco por su nombre y por los anuncios en los periódicos que adoran poner su rostro con titulares como “Descubre quién es Lysandros Nikopoulos y cómo el galán, además de guapo, tiene una fortuna kilométrica”. Pero, ¿qué diablos están hablando estos dos? No parece ser algo muy honesto, según los susurros y las miradas a su alrededor.

— Lysandros es despiadado, si sospecha lo que estamos planeando, nos destruirá, lo sabes, Chamul.

— No seas cobarde, Toneli, él no sospechará nada. Lysandros tiene una debilidad, y esa debilidad se llama un hermoso par de pechos redondos. Cati le dará la dosis de somnífero, y luego crearemos un revuelo para que otras personas se acerquen y lo encuentren con los pantalones bajados. De esta manera, podremos comprar el terreno antes que él.

— ¿Estás seguro de que funcionará?

— Sí, la vieja Doroteia Brunch nunca vendería el terreno a un hombre que ella considera mundano. E incluso si Lysandros es un maldito, su nombre y su familia lo respaldan; es la única ventaja que tiene sobre nosotros en esta negociación. Pero cuando ella lo vea borracho, tirado en el suelo, con varias mujeres semidesnudas en su cama, seguramente cancelará la venta. ¿Y justo en la fiesta de los Zephyra? ¿A quién aprecia tanto Doroteia? Se volverá loca.

Quedo petrificada al escuchar esta conversación que no debería haber oído. La oscuridad del jardín se vuelve opresiva, y mi corazón late con fuerza mientras trato de entender lo que está sucediendo. Decido actuar de inmediato. La única persona que puede detener esta farsa es Lysandros. Necesito encontrarlo y contarle todo. Salgo con cuidado de mi escondite y me mezclo con la multitud, buscándolo frenéticamente. La música alta y las risas ahogan mis pasos ansiosos, pero estoy decidida.

No lo encuentro. Un hombre de 1,90 m no debería ser tan difícil de encontrar. Subo rápidamente las escaleras y me dirijo hacia las habitaciones; probablemente Lysandros ya esté allí. Mi corazón late rápidamente, y no puedo entender por qué siento una fuerte necesidad de ayudar a un hombre que ni siquiera conozco, pero de todos modos, no puede ser correcto que hayan planeado algo en su contra.

Abro bruscamente una de las habitaciones y, para mi sorpresa, lo encuentro inconsciente. Lysandros está tumbado con la camisa negra desabrochada, mostrando su pecho musculoso. Sus grandes manos descansan sobre la cama de forma relajada, y sus ojos están completamente cerrados, como los de alguien que ha perdido el conocimiento. Tres rubias semidesnudas están a su alrededor y me miran sorprendidas.

— Esta es mi casa, vístanse y salgan inmediatamente —grito.

Se miran entre ellas, y puedo ver que están asustadas. Aunque no recuerdo sus nombres, sé que fueron invitadas a la fiesta, porque las vi antes caminando por el salón. Mi madre ciertamente no hizo una selección adecuada de a quiénes debía invitar; de lo contrario, ellas, Chamul y Toneli, no deberían estar aquí.

— ¿Necesito repetirlo o tendré que echarlas a todas a patadas?

Se visten rápidamente y recogen sus zapatos del suelo. Las conduzco, apresurándolas para que abandonen la habitación rápidamente, antes de que Chamul y Toneli lleguen y armen un escándalo. Siento que mi corazón late con tanta rapidez que puedo sentirlo en mi cuello. Miro a Lysandros inconsciente y me acerco, dándole pequeños golpecitos en la cara para tratar de despertarlo, pero todo lo que obtengo son algunos balbuceos ininteligibles.

Miro la jarra de agua que está en la pequeña mesita junto a la cama y respiro profundamente al pensar que nunca podría llevar a un hombre de ese tamaño al baño para intentar despertarlo bajo la ducha. Contemplo la idea de arrojarle la jarra fría sobre la cabeza; al menos eso lo despertaría un poco. Me inclino hacia el mueble, pero en el preciso momento en que lo hago, Lysandros mueve sus manos bruscamente, murmurando con irritación. Sin embargo, esta vez, su reloj, un costoso Cartier de oro, se enreda en la cremallera de mi vestido en la parte trasera de mi cuerpo.

— Maldición. —exclamo. — ¡Eres el Durmiente más inoportuno que he conocido!

Intento inclinarme para desatar el nudo, pero la posición en la que me encuentro no podría ser peor. Trato de maniobrar e incluso tirar de mi cuerpo hacia adelante, con los pies en el suelo, fuera de la cama, para ejercer presión en la dirección opuesta, pero nada funciona. También tiro de la mano de Lysandros en sentido contrario, pero es completamente inútil. Empiezo a moverme hacia arriba y abajo y me doy cuenta de que la única forma de salir de esto es tirar hacia abajo lo suficiente como para poder quitarme el vestido.

Comienzo a escuchar ruido de pasos y conversaciones afuera de la puerta.

¡La puerta! ¡No la cerré con llave!

Escucho un fuerte golpe, no un golpe educado y social, sino un golpe imponente, seguido de una voz aguda:

— ¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Lysandros?

Es la señora Doroteia Brunch. Cielos, ¿qué haré?

Sin pensarlo mucho, hago el movimiento hacia abajo rápidamente y me quito todo el

vestido. Antes de que pueda salir de él, mi codo golpea la jarra, haciéndola caer y derramar todo su contenido sobre el rostro de Lysandros, que despierta levemente aturdido con el sonido agudo del vidrio rompiéndose y el rostro cubierto de agua. Sin tiempo para explicarle nada, corro rápidamente hacia la puerta para cerrarla, pero es demasiado tarde. Doroteia ya tiene la mano en la manija y la está abriendo.

Los siguientes segundos pasan como un destello. Intento pensar en una escapatoria o algo que pueda librarme de lo que está por venir, pero mi mente no es tan rápida como la apertura de la puerta. Por instinto, pongo mi cuerpo y hago un esfuerzo por mantener la puerta cerrada, pero no tengo la fuerza suficiente para sostenerla. Doroteia, junto con Chamul y Toneli, los dos miserables que idearon todo esto, me ven con solo mi ropa interior roja y poco puritana, mientras Lysandros sacude la cabeza aún aturdido.

— Oh, cielos, Melina. —la señora Brunch suelta un pequeño grito horrorizada por la escena.

Tiene ambas manos en la boca, mirándome con asombro como si estuviera en medio de la filmación de una película para adultos. Realmente, ¿no es para tanto! Una vena late en mi frente al ver a esos dos riendo, dándose cuenta de que su plan probablemente salió mucho mejor de lo que imaginaban. Doroteia es la amiga más antigua de mi madre, una viuda rígida y muy tradicional, que nos ve a mí y a mi hermana Calíope como dos ángeles caídos del cielo y que condenará a Lysandros y a todas las generaciones futuras por lo que cree que sucedió aquí.

— ¡Tú... tú...! — busca palabras mientras se acerca a la cama donde yace Lysandros. — ¡Tú maldito degenerado! Ella es solo una niña.

Por primera vez, puedo ver sus fríos ojos grises en persona. Aunque está visiblemente aturdido, lo disimula muy bien. Sus ojos semicerrados me miran, vagan por la habitación, por su camisa abierta y, finalmente, observan mi cuerpo casi desnudo. Por un momento, siento la sangre correr más rápido por mis venas. Su mirada no contiene deseo por mi cuerpo al descubierto, sino una chispa de enojo que parece aumentar a medida que la señora Brunch le profiere insultos y amenazas.

Lysandros, sin mucho esfuerzo, desenreda el vestido de su reloj. Se levanta de la cama, abrocha su camisa con calma y se acomoda su pelo negro y algo largo aún húmedo por el agua. Sin decir una palabra, camina hacia mí, y puedo sentir cada latido en mi pecho como si quisiera atravesar mi piel. Lysandros sigue con su mirada fría, sus cejas gruesas y oscuras contrastando con sus ojos grises que lo hacen parecer un depredador. Su mandíbula fuerte y definida está tensa, y su proximidad me hace retroceder ligeramente. Ya no escucho los gritos de la señora Brunch ni siento el suelo bajo mis pies. Está tan cerca que puedo oler su embriagadora fragancia

a madera cuando estira el brazo y siento mi pecho subir y bajar mientras agarra su traje, que está detrás de mí, colgado en un perchero.

Acto seguido, sale de la habitación, dejando a todos los involucrados sin abrir la boca para pronunciar ni una sola palabra.

— Has sido una irresponsable, Melina. — la señora Brunch dirige su atención hacia mí.

— Y vosotros dos, salid inmediatamente de aquí. — grita al ver que Chamul y Toneli siguen parados como estatuas en la puerta observando.

Ellos dicen algunas palabras educadas e intentan demostrar lo buenos hombres y respetuosos que son, pero la señora Brunch no parece convencida y los expulsa nuevamente.

— Y no os atreváis a contar nada de lo que habéis visto aquí a nadie. O sabré que fuisteis vosotros. — ella amenaza.

Enseguida escucho el cerrojo de la puerta y presiento un gran sermón en camino. ¿Cómo he llegado a esta situación? Hace apenas unos minutos, todo lo que hacía era quejarme de estar en la fiesta, y ahora estoy semidesnuda intentando cubrirme con sábanas.

— Permítame explicar, señora Brunch.

— No hay explicaciones más allá de las obvias después de lo que mis propios ojos han visto, Melina.

— Estaba tratando de ayudar.

— ¡Basta ya! — ella me interrumpe. — No le contaré a tu madre lo que acabo de ver, por puro respeto a ella. Ninguna madre necesita saber las indecencias de su hija, pero te vigilaré desde lejos, y si ese hombre se acerca a ti nuevamente, estaré cerca para asegurarme de lo que haréis.

La señora Brunch sale de la habitación con pasos decididos. Al escuchar el portazo de la puerta, intento encontrar mi vestido y me doy cuenta de que la cremallera se ha roto.

— ¡Maldición! ¿Cómo saldré de aquí ahora? — murmuro. — Esto es lo que pasa por intentar ayudar a los demás.

Intento buscar algo en el armario y solo encuentro ropa antigua de mi madre. Esta habitación ni siquiera se usa para las visitas, y parece que mi madre la ha convertido en un depósito de su ropa menos usada. Cojo un abrigo de lana, aunque hagan 30 grados, solo para poder llegar a mi habitación y cambiarme por algo más apropiado. Mientras me visto, veo a través de la ventana a Lysandros entrar en su coche con chófer, y me hierve la sangre.

Estoy metida en esta maldita situación porque intenté ayudarlo. Como mínimo, merezco un agradecimiento.

— ¡Eh, tú! — Grito más alto de lo que pueden dar mis pulmones, compitiendo con el ruido de la conversación y el violín en el salón de abajo.

Lysandros mueve la cabeza ligeramente y tarda unos segundos en darse cuenta de que estoy en la ventana de arriba.

— Quédate ahí, estoy bajando. — digo, y lo veo mirarme sin mostrar la menor reacción.

No tardo en bajar, llevando puesto el abrigo de piel sintética blanco de mi madre, tacones altos y solo ropa interior roja debajo. Uso la salida de la cocina y rodeo la propiedad, topándome solo con algunos empleados que seguramente me denunciarán a mi madre de inmediato.

Lysandros está apoyado despreocupadamente en su coche y me mira mientras me acerco jadeante.

— ¿Por qué... por qué saliste de esa manera? Deberías haber explicado la situación, ¡que no hemos dormido juntos! — vocifero.

— ¿No hemos tenido relaciones sexuales? — pregunta indiferente.

— ¡No! ¡Claro que no! — digo, sintiendo un ligero rubor en mi mejilla.

Él encoge los hombros.

— ¿Y por qué lo haría? No valdría la pena, la maldita señora Brunch no me dará el contrato y tendré que abrir mi club en otro lugar, y todo esto gracias a ti, niña, que no debías haber estado donde no te llamaron.

— ¿O... o qué? ¡Tú, maldito! — grito. — Estaba tratando de ayudarte.

— ¿Ayudarme? ¿Y cómo pensabas hacerlo? ¿Desnudándote frente a mí?

Siento que la sangre hierve en mis venas. Es tan arrogante, un canalla insoportable.

— Yo... debería... tú...

— ¿Te has quedado sin palabras, niñita? — dice con desdén.

Sin previo aviso, alzo mi pierna derecha y le propino una patada certera en el medio de las piernas a Lysandros. Él emite un gemido agudo y se dobla de dolor, sujetándose la zona afectada con ambas manos.

— ¡Maldita... maldita cría! — gruñe.

— Aprendí algunos trucos de Krav Maga. — me jacto mientras intenta recuperar el

aliento. — Esto es lo que sucede cuando irritas a alguien que no debes.

Las venas en su frente expuestas revelan su furia. Y antes de que pueda decir algo, me alejo.

— Esto es solo una fracción de lo que mereces, arrogante insoportable. — afirmo, sintiendo una mezcla de triunfo y fortaleza apoderarse de mí.

Lysandros se recupera del dolor y agarra mi brazo con firmeza. Siento un escalofrío recorriendo mi cuerpo cuando su toque caliente se mezcla con la ira que todavía arde en sus ojos. El abrigo de mi madre, que estaba un poco abierto, se desliza un poco, revelando más de mi lencería. En ese momento, siento que la tensión en el aire cambia y una carga eléctrica parece acumularse entre nosotros. Sus ojos exploran mi cuerpo, ya no con ira, sino con deseo.

El silencio se instala y por un momento, la atracción entre nosotros parece innegable. Sin embargo, él retrocede, soltando mi brazo con una mirada perturbada.

— Eres una niña mimada, el peor tipo de problema que podría haberme buscado.

Sujeto con fuerza mi abrigo, tratando de recuperar la compostura.

— Solo intentaba ayudar.

Lysandros suspira, pasando una mano por sus cabellos húmedos.

— Simplemente... mantente alejada.

Regresa a su coche y entra, dejándome sola en la cálida noche. Mientras veo su coche alejarse, siento una mezcla de emociones en mi interior. Esta noche ha sido un desastre, mucho más de lo que podría haber imaginado.

CAPÍTULO 2

Lysandros

AHORA

— Deberías mantener la saliva en la boca y no escurriendo, Lysandros. — escucho la voz petulante de Konstantinos y me giro para fulminarlo con la mirada.

— ¿De qué estás hablando?

— De cómo miras a Melina Zephyra. Estás a punto de dejar caer la mandíbula al suelo.

— Deja de hablar tonterías. — respondo, pero no puedo apartar la mirada de ella.

Melina está a pocos pasos de mí, y lo único que siento es la sangre hirviendo en mis venas. La maldita se pasea con la cabeza bien alta, desfilando en la recepción de la boda de mi hermano. La he visto pasar dos o tres veces, con su escote provocador y su vestido ajustado, que dibuja toda su silueta. Hace tres años que no la veo, y está más hermosa de lo que recordaba, y parece decidida a provocarme mientras lame de forma provocativa sus dedos después de comer pastel y me mira.

Ella lo hace a propósito. Melina adora sacarme de quicio, y debo decir que es precisamente eso lo que me atrae aún más. Mis ojos recorren su cuerpo y se detienen en sus labios carnosos que continúan lamiendo el dedo, y necesito llevar una de mis manos a la corbata para aflojarla debido a la tensión que recorre todo mi cuerpo.

— ¿Quieres un vaso de agua? — Konstantinos dice, y su voz vuelve a estar llena de sarcasmo.

— Vete al infierno, Kostas. — murmuro.

— No entiendo. Nunca te he visto desear a ninguna mujer de esa manera. Si tanto te gusta Melina, ¿por qué no te liaste con ella?

— No me gusta. — digo entre dientes.

— Eso es lo que siempre dices, pero nunca lo que demuestras.

— Ya está, ocúpate de tu vida sexual y yo me ocuparé de la mía.

Kostas alza ligeramente las manos en señal de rendición y se aleja. Bebo de un trago todo el contenido de mi copa y cojo rápidamente otra.

Debería odiarla, debería mantenerla alejada de mí como si fuera un veneno mortal, pero en lugar de eso, la miro deseando tomar esos deliciosos y carnosos labios que me provocan cada vez que la veo.

Nunca he tenido problemas para acostarme con cualquier mujer si así lo deseo, pero de alguna manera sé que Melina no vale todo ese drama. Toda mi familia está muy unida a la suya, lo que significa que no puedo simplemente tener una aventura de una noche con ella. Su madre, Nikoleta, lleva años buscando esposo para sus hijas y se alerta ante cualquier signo de acercamiento. Realmente no me importa lo que piense, pero aún así evito cualquier conversación o insinuación sobre matrimonio que pueda surgir.

Sin embargo, mi entropierna ignora toda mi maldita racionalidad y solo quiere satisfacer todos los deseos que pasan por mi cabeza cada vez que la veo.

Maldita sea.

— Necesito que me ayudes con un asunto. — escucho la voz de Stefanos, pero ni siquiera lo había notado llegar.

— ¿De qué se trata? — le pregunto, tratando de alejar mi enfoque de la tentación que es Melina.

— Se trata de la hermana de Perla, Elora.

— ¿Qué pasa con ella?

— Necesito que Demétrios se haga cargo de la custodia de la niña, pero se niega rotundamente. Necesito tu ayuda para convencerlo.

— Demétrios ya tiene una hija, Stefanos, ¿quieres darle otra? ¿Cuántos años tiene la niña?

— 18.

Dejo escapar una risa sarcástica.

— No es una niña, Stefanos, ya es una mujer. Y ¿por qué demonios quieres que él se haga cargo de su custodia?

— Es complicado. Hay un fondo billonario que ella recibirá, y Perla teme por el juicio de su hermana para manejarlo sola. Demétrios es un juez respetado y, sobre todo, ético. Sé que lo manejaría mejor que yo.

— No cuentes conmigo. — digo mientras tomo otro trago de mi bebida. — Demétrios nunca aceptará eso, se ha vuelto un obseso del trabajo y solo tiene tiempo para su hija, no

incluiría otro problema en su vida.

— Lysandros, eres un maldito pesimista. Lo conozco y sé que, a pesar de su obsesión por el trabajo, es capaz de hacer lo correcto cuando es necesario.

Revuelvo los ojos, irritado por la terquedad de Stefanos.

— Stefanos, estás siendo ingenuo. Demétrios es más terco que una mula. No querrá asumir la custodia de una mujer adulta a la que apenas conoce, incluso si es la hermana de Perla. Y ese fondo billonario solo complicará aún más las cosas. ¿De verdad crees que se implicará en esto?

Stefanos respira pausadamente, un gesto típico de él cuando está a punto de argumentar con vehemencia.

— Créeme, esta es la única solución para Elora. Si no conseguimos convencerlo, podría acabar en manos de Loretta Drouhart, y esa serpiente es toda una experta en artimañas. Perla está muy preocupada por su hermana, y no puedo ignorar su petición.

— ¿Y por qué no asumes tú la responsabilidad?

— Es un asunto legal que requiere la experiencia de Demétrios. Como juez respetado, tiene la capacidad de garantizar que los derechos de Elora estén debidamente protegidos. Además, la presencia de un magistrado en la situación puede evitar que Loretta intente manipularla a su favor. Con Aurora en camino y todos mis negocios, los asuntos de nuestras empresas familiares, no podré prestar la atención necesaria a este asunto.

Sigo escuchando con escepticismo, pero Stefanos continúa, ahora con un toque de apelación emocional que rara vez veo en el muro que es mi hermano.

— Lysandros, sabes lo importante que es para Perla que su hermana esté segura y protegida. Y créeme, Demétrios es la mejor opción para ello. Si se niega, podríamos buscar otros medios legales, pero esta sería la aproximación más efectiva.

— De acuerdo. — respondo al suspirar profundamente. — Hablaré con Demétrios, pero no puedo prometer que aceptará. Sabes lo obstinado que es cuando se trata de tomar decisiones importantes.

— Tienes formas de persuadirlo. — dice mientras se aleja, y sé exactamente a qué se refiere.

Hace años, descubrí un esquema de corrupción que se estaba desarrollando en el sistema judicial. Fue un verdadero infierno, la información me llegó a través de mis contactos en Velvet Lady. Demétrios estaba a punto de convertirse en juez y se vería perjudicado por falsas

acusaciones que mancharían su intachable historial. Al final, reuní pruebas irrefutables de que Demétrios no estaba involucrado. Sintió que me debía algo a cambio. Es un hombre orgulloso, y el hecho de que yo haya salvado su carrera y su reputación lo dejó en deuda de gratitud, algo que nunca admitió pero que siempre estuvo presente. Sin embargo, no usaré eso a mi favor, sé que no hará nada que no quiera. No está en la sangre de los Nikopoulos hacer favores ajenos.

Mi mirada se dirige nuevamente a Melina, quien aparta ligeramente la mirada de mí sin que me dé cuenta. Esta es la primera vez que la veo ligeramente avergonzada. Siento que mi respiración se vuelve pesada y todo en lo que puedo pensar es que de todas las tentaciones que he enfrentado, Melina es la más irresistible y peligrosa de todas.

CAPÍTULO 3

Melina

Me pierdo entre los estantes polvorientos de una librería olvidada en el centro de la ciudad. El olor de páginas antiguas y nuevas se mezcla en el aire mientras hojeo una novela tonta, tratando desesperadamente de encontrar algo de consuelo en las palabras impresas. Pero en este momento, las letras danzan ante mis ojos, un baile sin sentido que refleja el torbellino de pensamientos en mi mente.

Cali, mi hermana menor y eternamente despreocupada, está a mi lado, ocupada con un libro de moda, con portadas brillantes y ropa extravagante impresa en las páginas. Ella levanta la vista del libro y me lanza una mirada intrigada.

— ¿Me estás escuchando, Mel?

Asiento con la cabeza y le sonrío, tratando de apartar los oscuros pensamientos que rondan mi mente.

— Lo siento, ¿qué estabas diciendo? — pregunté al darme cuenta de que estaba hablando de algo.

Ella suspira dramáticamente y aparta el libro.

— Mel, debes dejar de ser tan seria todo el tiempo. ¡Vamos a hacer algo divertido! No puedes estar deprimida en pleno sábado por la tarde.

Suspiro, sabiendo que tiene razón, pero es difícil ignorar la confusión que se ha apoderado de mi corazón. Las palabras del correo electrónico que recibí anoche siguen resonando en mi mente mientras trato de seguir el consejo de Cali.

“Desafortunadamente, no hemos podido seleccionarte para el puesto.”

Eran palabras impersonales pero que cortaban como una cuchilla afilada. Otra negativa, otro sueño aplazado.

Desde que éramos niños, siempre soñé con asumir el negocio de construcción de nuestra familia. Pero después de la muerte de nuestro padre, mi madre dejó en claro que no debería aspirar a nada en el negocio y confió todo a terceros. Sin embargo, eso no me desanimó. Decidí que trabajaría en empresas ajenas, adquiriría la experiencia suficiente para demostrar que era la

persona adecuada para ocupar el lugar de papá. Siempre supe que sería la mayor responsabilidad de mi vida y nunca pensé que sería fácil ni rápido. Pero hasta ahora, todo lo que he recibido son rechazos.

Mi vida es como una comedia romántica que vemos un sábado por la noche. Esas en las que la protagonista siempre es la torpe que tropieza con su propia carga emocional y se enamora del chico más guapo de la ciudad, que casualmente es el mejor amigo de su hermano. Bueno, yo soy la torpe, y lo único en lo que tropiezo es en mi propia terquedad, porque no puedo decir que tengo ni hermano ni amor. Y ahora ni siquiera una mención de un trabajo o perspectiva para mi futuro.

Pero tengo a Cali, que es un rayo de sol en mi vida, siempre viviendo el momento, sin preocuparse por el futuro. Ella se acerca a mí, coloca una mano en mi hombro y sonrío.

— ¡Vamos! Vamos a buscar algo para hacer. — dice emocionada.

Y yo solo puedo asentir con la cabeza y sonreír.

Cali y yo somos como agua y aceite, completamente opuestas en casi todo. Ella es el tipo de persona que encuentra diversión en las pequeñas cosas de la vida, mientras yo estoy ocupada calculando el promedio de mis preocupaciones futuras. Pero en el fondo, es esa diferencia la que nos hace tan cercanas. Mientras ella me arrastra a sus aventuras, yo la mantengo anclada cuando su imaginación la lleva demasiado lejos.

— Está bien, Cali. ¿Qué tienes en mente?

Suspiro una vez más, preguntándome cómo puede ser tan ligera en un mundo que parece pesar toneladas sobre mí. Asiento con la cabeza, cediendo a su energía contagiosa.

Una traviesa sonrisa se dibuja en su rostro.

— Te graduarás con honores en la universidad y cumplirás 21 años en unos días. Creo que lo mínimo que debes hacer es lo que realmente deseas, al menos una vez en la vida, Mel.

— ¿De qué estás hablando?

— Eres la mujer más terca y valiente que conozco, pero aún te sometes a todos los deseos de nuestra madre. Rompe las reglas al menos una vez, intenta rebelarte contra ella, haz algo que odiaría.

— Dime, pequeña ayudante del caos, ¿por qué haría eso?

— Simplemente porque es lo que deseas. Dime, Mel, ¿qué más te gustaría hacer?

— Me gustaría tomar el control de las empresas de nuestra familia.

— Seguro que eso es posible, pero no en unos pocos días. Dime algo más divertido, algo que podamos lograr rápidamente. — pregunta ansiosa.

Respiro encogiéndome de hombros.

— No lo sé. Tal vez finalmente conseguir un trabajo por méritos propios.

— ¿Qué es eso, Mel? ¿Complejo de niña rica? ¿Por qué esa obsesión por el trabajo? ¿Y la diversión? Dime.

Suelto una risita encontrando divertida la indignación de Cali.

— Sabes muy bien que he hecho todo lo que he querido, nunca me he privado de diversión en mi vida, incluso sin que mamá lo sepa, me las he arreglado para hacerlo en secreto. No tengo deseos reprimidos en ese aspecto.

Cali me mira, mirándome con escepticismo.

— ¿Estás segura?

— Absolutamente.

— Mmm... entonces vamos a conseguirte un trabajo. — dice decidida.

— Ojalá fuera tan fácil. — digo riendo melancólicamente. — Y no deberías decir eso tan alto y claro, sabes lo que mamá piensa de eso.

— Al demonio con lo que piensa mamá, Mel. Ella no es dueña de nuestras vidas.

— ¿Cuándo te volviste tan rebelde? — le digo riendo.

— No lo sé, tal vez cuando me impidió comprar esas botas blancas que llegaban hasta la rodilla cuando tenía 12 años, creo que eso activó mi espíritu salvaje. — dice con una mirada divertida.

Salimos de la librería, Cali liderando el camino con su determinación inquebrantable. No puedo evitar admirar la forma en que enfrenta la vida, llena de optimismo y dispuesta a desafiar las expectativas.

Mientras caminamos por las calles de la ciudad, siento un ardiente deseo de abrazar la despreocupada filosofía de Cali, aunque solo sea por un breve momento. Pero sé que la realidad es más compleja que eso. Nuestra madre siempre nos ha enseñado que el propósito de las mujeres de la familia es la filantropía, y lo ha martillado en nuestras cabezas desde siempre, como si fuera el único destino que nos espera. Era como si esa responsabilidad estuviera grabada en mi ADN, y cualquier desviación de ese camino se consideraría una traición.

A pesar de que considero las causas filantrópicas completamente necesarias y me encanta

pensar en cómo nuestra familia puede ayudar a los demás, no es lo que me inspira, no son las organizaciones de bailes, té y eventos lo que me hacen sentir completa.

Cali, por otro lado, ha recibido menos presión que yo, tal vez por ser más joven, y mi madre se centró primero en mi formación, y al mismo tiempo, tampoco entiende completamente las consecuencias de desafiar a nuestra madre.

Cali nota mi indecisión y me pone la mano en el hombro con cariño.

— Mel, sé que asusta pensar en desafiar a nuestra madre, pero también sé que eres increíblemente talentosa y capaz. Mereces perseguir tus propios sueños, no solo los de ella.

Me gustaría que fuera tan fácil. Me gustaría que el hecho de que nuestra madre sea controladora y obstinada fuera la única razón de mi vacilación, pero la verdad es que, a pesar de haberme esforzado y de haber sido la mejor de mi clase, las oportunidades no se me han presentado como lo han hecho para mis compañeros, y me pregunto por qué. Cali no lo sabe, pero en secreto me he postulado para diversas vacantes, y en todas he recibido un rechazo claro y significativo. Tal vez simplemente crea que soy buena, pero eso es solo en teoría; en la práctica, hay algo en mí que no convence a las personas para darme una oportunidad.

Y no es que esté pensando en rendirme, porque no lo estoy. Simplemente me gustaría saber la razón, y sería un primer paso para que recalibre mi camino e intente solucionar cualquier cosa que esté fallando en mí.



Siento el peso de mi bolso pesado, lleno de libros, cuadernos y una pila de papeles que parecen multiplicarse cada día. La sensación de alivio es casi embriagadora al imaginar que finalmente estoy a punto de graduarme. La última clase del último semestre en la universidad. Apenas puedo creer que haya llegado hasta aquí. A diferencia de la mayoría de los empollones que he conocido, a quienes les gusta estudiar de verdad, yo lo odio. No soporto las horas y horas que paso intentando entender los intrincados conceptos de ingeniería. El cálculo diferencial e integral me hace querer arrancarme los pelos. Pero ahora, finalmente, estoy a punto de dejar atrás esta pesadilla académica.

El campus universitario está repleto de estudiantes que se apresuran en todas direcciones, pero yo solo tengo ojos para la salida. Estoy ansioso por irme y liberarme de todo este estrés académico que me ha atormentado en los últimos años. Con una mano ocupada sosteniendo un

café caliente y la otra agarrando un bolso sobrecargado de papeles, mi teléfono empieza a sonar frenéticamente y lo saco de mi bolso con un suspiro. Es Cali, por supuesto. Siempre está en modo “la vida es una fiesta” y no puede dejar de recordármelo.

— Cali, ¿puedo llamarte en un rato? Estoy en medio del caos de la salida con dos bolsos, un café y tú al teléfono.

Escucho su risa.

— Llámame en cuanto puedas.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa mientras me acerco a la salida. No puedo esperar para dejar atrás esta universidad y seguir adelante con mi vida. Mi plan original era graduarme temprano para poder hacerme cargo de las empresas familiares, pero las cosas cambiaron drásticamente después de la muerte de mi padre. Ahora soy solo un espectador en lugar de un participante activo, pero aún así he decidido seguir el plan en honor a mi padre.

Mientras estoy distraído, organizando algunos papeles en mi bolso, tropiezo con algo sólido e inmóvil. El impacto me hace derramar un poco de café en mi mano, y suelto un pequeño gemido de dolor.

Cuando levanto la vista, mi irritación crece instantáneamente. La figura alta y oscura que bloquea mi camino es Lysandros Nikopoulos, el hombre a quien considero el ser más irritante de la faz de la Tierra. Es mayor que yo, maduro y completamente indiferente a mi existencia. Y eso me irrita profundamente.

— ¿Podrías prestar atención por dónde andas, chica? — Pregunta con un tono presuntuoso mientras me mira con una ceja arqueada.

— Disculpa si no estaba rindiendo homenaje a su majestad mientras caminaba. — Le respondo, con mi voz cargada de sarcasmo.

Lysandros Nikopoulos, el autoproclamado maestro del sarcasmo, me mira con esos ojos casi grises que parecen capturar la luz del sol y reflejarla con un brillo misterioso. Su cabello negro, largo y cuidadosamente despeinado, parece una cascada de seda oscura que cae sobre sus anchos hombros, dándole un aire de chico malo que no puedo evitar encontrar increíblemente atractivo.

Viste con su característico traje de tres piezas, siempre negro, como si estuviera listo para un elegante funeral o para gobernar el submundo de la moda. Cada detalle en su estilo grita misterio y sofisticación, y, por supuesto, un cierto encanto canalla que es imposible de ignorar.

Él sonríe levemente, mostrando sus dientes blancos y perfectamente alineados.

— Ahora, ¿me dejas pasar? ¿O necesitas ayuda con esto? — Pregunta, con sarcasmo impregnando sus palabras mientras se inclina para recoger uno de mis libros que ha caído al suelo.

Mis ojos no pueden evitar notar el rosario que siempre lleva, colgado alrededor de su cuello con un aire de misticismo. Son tres pequeñas piezas de metal negro que encajan perfectamente con su estilo sombrío. Le gusta mantener a la gente intrigada sobre su significado, y, por supuesto, eso solo aumenta su atractivo. Pero no dejo que mi mente divague demasiado al respecto y me apresuro a recoger mis cosas antes de que las toque.

— No necesito tu ayuda.

Él parece no preocuparse por mi respuesta y simplemente me ignora, continuando su camino. Ese es su *modus operandi* habitual, y no espero menos de él. Mientras Lysandros sigue su camino, no puedo evitar soltar un gruñido de frustración entre dientes. Este hombre logra sacarme de quicio como nadie más. Atractivo, autoritario y delicioso... es casi injusto cómo puede ser todo eso y, aun así, irritarme profundamente.

Pero, como el destino parece disfrutar burlándose de mí, no puedo simplemente ignorarlo. Nuestras familias son amigas desde hace años, lo que significa que nuestros caminos se cruzan con frecuencia.

Pasaron años sin verlo, hasta el matrimonio de su hermano Stefanos, y ahora parece estar en todas partes. Lysandros comenzó a visitar el campus universitario para ver al dueño. Parece que todas las personas influyentes en este país le deben algo. No puedo evitar recordar cómo nos conocimos por primera vez, y un sabor amargo llena mi boca.

¿Cómo podría olvidarlo? Fue en mi decimoséptimo cumpleaños. La ostentosa fiesta que mi madre organizó en la que yo estaba aburrida hasta la médula y él estaba allí, con su traje perfectamente cortado y esa sonrisa confiada, y después de casi verme semidesnuda, simplemente hizo exactamente lo mismo que ahora. Se giró y me dejó.

Después de aquel fatídico día en que lo conocí, en las peores circunstancias posibles, me vi obligada a convivir ocasionalmente con él. Lysandros Nikopoulos, el hombre a quien despreciaba profundamente, parecía tener una notable habilidad para ignorarme la mayor parte del tiempo. Era como si fuera una sombra, una presencia insignificante en su mundo, lo que solo me hacía sentir como una niña tonta en su presencia.

¡Maldito!

Incluso si me sentí mínimamente atraída por él esa noche, no pasó mucho tiempo antes de que me diera cuenta de que Lysandros no es el tipo de hombre que se involucra emocionalmente.

Es un conquistador, un cazador de corazones que no tiene intención de ser domesticado. Y yo, mucho menos, jamás me sometería a un hombre como ese. Pero eso no me impide provocarlo siempre que estamos en el mismo entorno.

No veo que se acerque, simplemente siento los brazos de Lauren envolviendo mi cuello y su perfume llenando mis sentidos.

— ¿Estabas hablando con el Sr. Guapo? —dice, refiriéndose a Lysandros. Revuelvo levemente los ojos, pero Lauren no es del tipo que capta sutilezas.

— Realmente no entiendo qué ve la gente en él. —digo, tratando de disfrazar mi propia frustración.

Lauren me lanza una mirada sugerente y una sonrisa maliciosa.

— Ah, Melina, cariño, solo necesitas mirarlo una vez más, y lo entenderás. —dice con un tono lascivo.

— Puede que sea guapo, pero es un idiota.

Lauren encoge los hombros, sin inmutarse por mi irritación.

— Puede que sea un idiota, pero dicen que en la cama... bueno, olvídalo. ¿Sabías que está buscando a alguien para contratar? Es por eso que viene tanto al campus, está buscando a un recién graduado.

— ¿Cómo sabes eso?

— Es lo que todos están diciendo. Sabes, tiene un nuevo proyecto secreto del que nadie tiene idea y está buscando a un ingeniero recién graduado, con ideas frescas, que pueda darle un aire renovado.

Mi mente divaga y comienzo a pensar en la posibilidad, en la pequeña posibilidad de ser yo quien se postule para ese trabajo, pero rápidamente mi cabeza lo descarta.

¡No seas tonta, Melina!

Nunca podría soportar estar en el mismo lugar que Lysandros durante más de treinta minutos, ¡mucho menos trabajar para él!

CAPÍTULO 3

Melina

Hojeo otra página del libro sin prestar atención y siento la brisa de la tarde en el jardín cuando soy bruscamente interrumpida en mi imaginación por la voz estridente de mi madre. Ella grita mi nombre y mi corazón late de preocupación. Corro rápidamente y la encuentro en la cocina. Mi madre es una mujer fuerte, siempre lo ha sido, y verla en el suelo, un poco desorientada, me hace entrar en pánico. Tiene una de sus manos en el pecho, como si estuviera al comienzo de un ataque al corazón.

— ¡Madre! ¿Qué ha sucedido? — Grito mientras me arrojo a su lado.

Ella me mira con una sonrisa débil y dice:

— Solo resbalé, Melina. Estoy bien.

Mi alivio es instantáneo, pero aún estoy preocupada. Mi madre es una mujer de costumbres antiguas, rígida y siempre aparentemente invulnerable. Verla en el suelo, aunque sea por un instante, es como ver un pilar derrumbarse.

Llamo a los empleados para que la ayuden a levantarse, y la conducen a uno de los sillones de la sala de estar. Ella insiste en que está bien, que fue solo un resbalón, pero no estoy convencida.

— Madre, deberías hacerte un chequeo. Esto no es normal. — Insisto, preocupada.

Ella niega con la cabeza con una expresión testaruda.

— No es necesario, ya te lo dije. Fue solo un susto. No quiero gastar tiempo en el médico por algo tan trivial.

Mi madre siempre ha sido así, reacia a admitir debilidades o buscar ayuda médica. Es la personificación de la fuerza y la determinación, pero sé que todos tenemos nuestros límites. Hace tiempo que noto que no es la misma, de hecho, desde la muerte de mi padre. Aunque no parecían tener un amor profundo el uno por el otro, sé que eran amigos y compañeros de vida. Desde su partida, los asuntos de la empresa parecen haberla abrumado, parece cansada y distante. Nunca fue una madre cariñosa, ni la que hornea pasteles y nos recoge con una sonrisa en la escuela, pero de su manera, expresaba amor. Sin embargo, ahora parece distante y contenida en su propio

dolor.

Por mucho que insista en estar al tanto de los asuntos de la empresa, siempre se niega, como si cargar con todo ese peso sola fuera la única opción. Eso me enoja, porque sé que podría ayudarla, incluso si no tengo conocimientos prácticos, seguramente tengo conocimientos teóricos sobre el tema. Tal vez mi enfoque sea un poco insistente a veces, pero es porque me preocupo por ella.

Y no dejo de pensar que esto se debe a un puro prejuicio, después de todo, soy una mujer y para mi madre, el lugar de las mujeres es en casa, haciendo no sé qué. Es como si quisiera mantenerme alejada de todo para protegerme. Nunca quiso que me involucrara en ningún asunto que le pareciera de alguna manera masculino. Y eso siempre me ha irritado profundamente.

— Madre, debes dejar de sobrecargarte de esta manera. Sé que papá se fue, y las responsabilidades aumentaron, pero no estás sola. Estoy aquí para apoyarte, y puedo aprender más sobre la empresa, puedo ayudarte de alguna manera.

Me mira con esa mirada determinada, una mirada que heredé de ella, y niega con la cabeza nuevamente.

— Melina, eres joven, debes preocuparte por tu matrimonio, por tu futura familia, deja que yo me preocupe por esto.

Revuelvo los ojos, sabiendo que no la convenceré tan fácilmente, pero tampoco me rendiré.

— Puedes ser una mujer increíblemente testaruda, pero soy tu hija, y esa terquedad también es parte de mí, y un día te convenceré.

— No, Melina. No te arrastraré a este mundo. Tienes sueños y objetivos propios, y no quiero que sacrifiques tu juventud por mis problemas.

Los objetivos de mi madre para mí son completamente opuestos a los míos. Ella cree que quiero casarme, formar una hermosa familia con un hombre rico y de buena familia, como ella quería, que cuidar de la empresa es una carga, porque lo es para ella, pero no para mí.

Y no es que no quiera casarme, enamorarme, tener hijos. Esto está en la parte superior de mi lista, sin duda. Pero no quiero casarme con cualquiera, o tener hijos con cualquiera solo para tener una familia. Quiero enamorarme, vivir un amor apasionado que me conmueva, eso es lo que quiero y también quiero ser útil en las empresas de mi padre, llevar el legado de la familia adelante, como él hacía. Pero mi madre no lo entiende, para ella es diferente.

En este momento, me doy cuenta de que no tiene sentido seguir insistiendo. Mi madre es

tan terca como una mula cuando quiere, y es imposible discutir con ella cuando se mete algo en la cabeza. Sin embargo, eso no significa que renunciaré a encontrar una manera de hacer las cosas a mi manera.



Observo a mi alrededor y lo único que siento es un malestar en el estómago. No debí haber aceptado la invitación de Calíope para ir al yate de Lysandros Nikopoulos; ni siquiera llevo la vestimenta adecuada y detesto estos pequeños eventos, y aún más detesto al anfitrión. Pensé que con el final de mis días en la universidad, no tendría que lidiar con esto, pero terminé aceptando la invitación a regañadientes por culpa de Calíope. Ella estaba tan emocionada con la idea de ser invitada a lugares como este que no pude decirle que no. Calíope es sin duda más sociable que yo, aunque disfruto de un buen día soleado en un velero, no me agrada la compañía. Aprendería a pasar la tarde sin preocupaciones solo con ella, si fuera posible, pero aún me pregunto hasta dónde llegaría por mi hermana pequeña.

Me sirvo una copa de champán y algunos aperitivos, y me alejo del ruido, encontrando un pequeño rincón cerca de la proa, tranquilo y refrescante. Algunos pájaros vuelan sobre mi cabeza, el sol es intenso, pero un agradable viento acaricia mi rostro. Es realmente una tarde hermosa.

Me siento tranquila y feliz por haber encontrado un lugar donde estar en paz cuando, de repente, mi mano tiembla y la copa de champán se me escapa de los dedos. Una brillante gota cae sobre mi vestido, dejando una efervescente mancha. Suspiro, frustrada conmigo misma por ser tan torpe, especialmente en eventos como este.

Estoy a punto de levantarme para buscar un paño y tratar de salvar mi vestido cuando siento una presencia detrás de mí. Un escalofrío recorre mi espalda y mi corazón da un respingo. Antes de que pueda girarme para ver quién es, una voz profunda e inconfundible suena cerca de mi oído.

— Deberías tener más cuidado, Melina.

Mis piernas se vuelven gelatina y todo mi cuerpo se tensa. Es Lysandros. Está tan cerca que puedo sentir su calor y oír su respiración.

Me giro y lo miro, aunque mi mente se desconectó durante medio segundo al darme

cuenta de su cercanía, finjo que no. Controlo cada uno de mis movimientos y miradas sin mostrar lo que malditamente, desafortunadamente, me provoca. Es casi una reacción instintiva que mi cuerpo siente. Lo miro y odio lo que veo en la misma medida en que lo adoro. Lysandros tiene el conjunto de ojos, boca, mirada, altura y complexión que insiste en hacer mella en mi libido.

Y eso no me impide odiarlo, ese sentimiento está grabado en mi mente desde el momento en que lo conocí. Es un hombre egocéntrico y arrogante. Pero ante él, en este momento, olvido incluso mi nombre. Su mirada penetrante y sus intensos ojos me hechizan como un conjuro.

La mezcla de indiferencia por su parte, enojo y, admito, quizás un cierto nivel de atracción física que reconozco a regañadientes, ha creado una enemistad persistente. Con el tiempo, esa enemistad se convirtió en un hábito molesto. Siempre que nos encontramos, intercambiamos palabras afiladas, como si nuestras palabras fueran cuchillas listas para cortar.

Siempre supe que podía provocarlo. Mencionaba situaciones o hacía comentarios insinuantes, especialmente de naturaleza sexual, solo para ver cuál sería su reacción. Nunca dejaba de notar cómo se le tensaba la mandíbula o cómo su mirada, que normalmente es tan controlada, flotaba con un indicio de incomodidad. Es infantil, lo admito, pero hay algo perversamente satisfactorio en ver a este hombre tan seguro de sí mismo ser sacado de su zona de confort.

Sin embargo, ahora, con él tan cerca, la dinámica de nuestra relación parece haber cambiado ligeramente. A solas, no puedo decir palabras desagradables o provocarlo, con su presencia intimidante y sus anchos hombros que casi bloquean el sol detrás de mí, me quedo sin palabras. ¡Y odio eso! Odio, odio que me deje muda cuando tengo varias palabras maliciosas contra él dentro de mí.

— ¿Estás bien? — pregunta, mirando la mancha en mi vestido con una de las cejas arqueadas.

Muevo la cabeza, tratando de recuperar la compostura.

— Sí, solo derramé un poco de champán.

Él sonríe, una sonrisa que podría derretir incluso el corazón más frío. Maldita sonrisa bonita.

— Bueno, es una pena ver un vestido tan bonito manchado. Deberías ser más cuidadosa, Melina — dice Lysandros, manteniendo su sonrisa provocadora.

Levanto una ceja, irritada por cómo siempre parece tener el control de la situación.

— Tienes una manera especial de atraer el caos a tu vida, ¿verdad? No podemos olvidar

la forma en que nos conocimos... — continúa.

Mi paciencia se agota rápidamente. No puedo creer que todavía esté sacando ese tema.

— ¿Aún no superas eso? — digo, rodando los ojos. — Por milésima vez, te lo diré, y espero que empieces a entenderlo: fue un malentendido.

Él levanta una ceja, desafiante.

— Un malentendido que me costó un negocio extremadamente lucrativo. Ni siquiera puedes imaginar el trabajo que me costó encontrar otro lugar para construir mi club.

Vuelvo a rodar los ojos, esta vez con más fuerza.

— Qué pena que tuviste que buscar otro lugar, ¿verdad? Me siento tan mal por eso. A veces ni puedo dormir por la noche de remordimiento — digo con un puchero.

Veo cómo entrecierra los ojos y la satisfacción recorre mi cuerpo.

— Eres tan inmadura, Melina.

Mi enojo comienza a hervir en mi interior.

— Deberías agradecer que evité un desastre aún mayor.

Él se inclina aún más cerca, su voz reducida a un susurro provocador.

— ¿Qué podría ser peor que tú semidesnuda sobre mí con esa maldita señora Brunch entrando en la habitación?

Mis mejillas se sonrojan al instante. Sus palabras están llenas de sensualidad, sensualidad que yo a menudo expresaba y usaba en su contra, pero que ahora, extrañamente, me avergonzaba. Aparentemente, estoy probando de mi propia medicina.

— ¡Ya basta! — digo irritada.

Por alguna razón, Lysandros Nikopoulos siempre ha sido mi debilidad desde la maldita noche que lo conocí, y cada vez que me trata como una tonta, siento cómo mi sangre hierve aún más dentro de mí.

Permanece observando mi irritación con aires de superioridad. Parece disfrutar notando que me ha molestado, y no le daré ese placer. Me dispongo a decir algo cuando simplemente asiente con la cabeza y se gira, alejándose de mí, dejándome nuevamente sola, pero infinitamente más irritada.

Odio cómo puede desconcertarme tan fácilmente, y más que eso, odio cada maldita vez que se gira y me deja hablando sola como si no fuera nada.

Antes de que pueda calmarme por completo, siento una mano suave en mi hombro. Me giro y veo a Calíope, con una sonrisa radiante en el rostro.

— ¿Y qué hacía Lysandros aquí? Parecían estar teniendo una conversación interesante.

Suspiro, sin ganas de entrar en detalles sobre mi interacción con él.

— Él solo pasó para empeorar mi día, como de costumbre.

— Tienen una química... intrigante, por decir lo menos.

Revuelvo los ojos.

— ¿Química? Más bien una reacción química explosiva, de esas que no puedes prever.

Calíope suelta una suave risa.

— Bueno, quién sabe a dónde podría llevarlos. A veces, los enemigos más acérrimos se convierten en amantes más apasionados.

Dejo que una risa profunda salga de mi garganta.

— Definitivamente eres la persona más fantasiosa que conozco, Cali.

Calíope no parece satisfecha con mi respuesta, pero está ansiosa por contarme algo más.

— No tienes idea de lo que acabo de escuchar.

Ella parece emocionada por contarme el chisme, y no puedo evitar reírme de la situación.

— Dime, cuéntame.

— ¿Sabes por qué Lysandros está organizando esta fiesta?

Simplemente niego con la cabeza.

— Ha comprado una isla. ¡Una isla entera, Mel! Dicen que es un paraíso privado, con playas de arena blanca y aguas cristalinas. Y lo mejor de todo, planea convertirla en una especie de club de lujo, una extensión de su club nocturno, el Velvet Lady. Parece que será el lugar más exclusivo del mundo.

Revuelvo los ojos de manera teatral.

— Claro, porque el mundo necesitaba un club de lujo en una isla. — Respondo con sarcasmo.

Calíope se encoge de hombros.

— ¿Y sabes lo mejor de todo? — Calíope continúa con ese brillo en los ojos. Asiento negativamente, ya temiendo la respuesta.

— Está contratando a alguien para trabajar en nuevas ideas para el proyecto de la isla, ¿qué te parece? ¿No es una excelente oportunidad?

Mis ojos se abren de inmediato y protesto.

— Cali, debes estar loca si crees que trabajaré para ese hombre.

Calíope mantiene su encantadora sonrisa.

— Pero, Mel, ¿no querías conseguir un trabajo por méritos propios? ¿Qué mejor prueba que trabajar para un hombre a quien detestas? Estoy segura de que no hará nada para complacerte.

Respiro profundamente, molesta por encontrar cierta lógica en las palabras de Cali.

— Verona, mi amiga, es muy cercana a Konstantinos, el hermano de Lysandros, quien también será socio en la isla. Ella ha conseguido una entrevista para ti el martes por la mañana. Solo ve, Mel, dale una oportunidad. Quién sabe lo que podría pasar.

Cruzo los brazos, aún indecisa.

— No sé, Cali. Creo que es una idea terrible.

Comienzo a pensar en esa posibilidad. Sé que el maldito Lysandros nunca me contrataría, pero hay algo que puede hacer por mí: darme respuestas. Como mencionó Cali, no será agradable, mucho menos sutil; me dirá con todas las palabras cuáles son los problemas para no contratarme, y al contrario de todas las demás entrevistas en las que salía con un simple no, sin sentido, esta vez sabré exactamente por qué tantos rechazos.

— Está bien, iré. — finalmente digo. — Enfrentaré al rey de los idiotas.

— Puede que sea un idiota, pero no puedes negar que es increíblemente atractivo.

Suspiro, reconociendo la verdad en sus palabras. Puedo decir cualquier cosa sobre el desgraciado, pero nunca, bajo ninguna circunstancia, puedo poner en duda su belleza, porque lo que tiene de insoportable, lo tiene de delicioso, y vaya si él es el rey de los insoportables.

Rápidamente, Cali se olvida del tema del trabajo y comienza a contarme chismes sobre la isla que Lysandros compró, pero no puedo evitar preguntarme qué lo motivó a hacer una adquisición tan extravagante. La idea de un club de lujo en una isla privada parece completamente exagerada, pero considerando su personalidad y estilo de vida, no es sorprendente.

Mientras Calíope continúa con entusiasmo en los detalles, mis pensamientos vuelven a centrarse en Lysandros. Es un verdadero enigma, un hombre de contrastes y misterios. A pesar

de la arrogancia que desprende, hay algo en él que atrae a la gente, algo que lo hace irresistible. Sus ojos intensos, su sonrisa seductora y su voz profunda me irritan profundamente.

— Nunca he entendido tu aversión hacia él, siempre lo insultas cuando puedes, y en las fiestas de mamá, cuando está presente, puedo ver la chispa de enojo en tus ojos. ¿Por qué, Mel? ¿Qué te ha hecho Lysandros?

— Nada. — digo con firmeza. — Simplemente no me cae bien.

Calíope ríe de nuevo.

— Esa no parece una buena razón.

— Pero es la única que puedo darte, así que satisface tu curiosidad.

Calíope nunca supo lo que sucedió esa noche. Quizás tenga razón; mi aversión hacia Lysandros tiene otras motivaciones. Odio admitir que me sentí atraída por él, que desde el primer momento que lo vi, lo deseé. Quizás mi aversión sea precisamente por eso, por quererlo a pesar de que ni siquiera me miró, por sentirme rechazada por él.

Calíope me lanza una mirada perspicaz, como si intentara descifrar lo que se esconde detrás de mi aversión por Lysandros, pero aparto la mirada, evitando su escrutinio. No quiero que descubra la verdad, no quiero revivir esos sentimientos.

Mientras continúo mirando el horizonte, Calíope suspira y luego se ríe, cambiando de tema como solo ella sabe hacerlo.

— De todos modos, Mel, no podemos negar que la isla de Lysandros se convertirá en uno de los destinos más populares del mundo. Incluso si no pasas la entrevista, ¿no podríamos escaparnos allí cuando esté listo?

Encogí los hombros, tratando de parecer indiferente.

— Tal vez. Veremos.

El sol se pone lentamente en el horizonte, pintando el cielo con tonos dorados y naranjas, creando un espectáculo de colores que se refleja en la superficie del mar. A pesar del ruido de la fiesta a mi alrededor, este tranquilo momento en la proa del yate es un respiro bienvenido.

CAPÍTULO 4

Melina

Me estremezco, recordando qué día es hoy; en un instante estoy completamente despierta. Me encantaría poder quedarme unos minutos más en la cama, pero mi madre me mataría si lo intentara. Madame Colette solo tenía disponibilidad por la mañana, y necesitaré hacer la prueba de mi vestido. La fiesta de mis veintiún años ha sido planeada durante meses, aunque la fecha real de mi cumpleaños, que es el sábado, no será el día de la celebración.

Mi madre tiene esta obsesión de que las fiestas en sábado son anticuadas, por lo que decidió que el miércoles es el día perfecto para una fiesta a su altura. Argumenta que solo las personas de clases inferiores celebran en fines de semana. Aunque protesto, nunca puedo resistir su determinación, en realidad no puedo con ella. Mi madre es la persona más decidida que conozco, y eso que no soy alguien que cede fácilmente, pero con ella, prefiero ni siquiera intentarlo.

Mientras me arreglo, escucho la puerta abrirse. Madame Colette, con su calma y habilidad, entra en la habitación y comienza a tomar mis medidas con la destreza de una artista. Desliza la cinta métrica alrededor de mi cintura, sus dedos fríos y hábiles tocan mi piel delicadamente. Elogia mi figura, diciendo que el vestido me quedará magnífico y realzará mi belleza natural. Sonrío, tratando de no mostrar mi incomodidad por ser el centro de atención en una fiesta que no deseaba.

— Mademoiselle Melina, su vestido será una verdadera obra maestra, ya lo verá.

Mientras sus manos trabajan, continúa elogiando mi apariencia, comentando sobre la elegancia de mis rasgos faciales y la gracia de mi postura. Siento que mi rostro se sonroja y trato de disfrazar mi ansiedad con un agradecimiento educado.

— ¿Está ansiosa por la fiesta? — pregunta, pareciendo notar mi vacilación.

— Claro... — respondo con una sonrisa forzada, tratando de ocultar mis verdaderos sentimientos.

La verdad es que no estoy ansiosa, estoy aprensiva. No me gusta la idea de ser expuesta, de tener todos los ojos puestos en mí, como si fuera un trofeo a exhibir.

La conversación se interrumpe cuando mi madre entra en la habitación.

— Melina, querida, tengo una noticia para ti — anuncia con una expresión emocionada.

— ¿Qué pasa, madre? — Pregunto, desconfiada.

— Hoy, almorzarás con el joven Albert — anuncia como si fuera lo más natural del mundo.

Siento cómo mi estómago da vueltas de sorpresa.

— ¿Qué? Madre, no puedes simplemente decidirlo sin consultarme.

Mi madre levanta una ceja, su expresión no muestra sorpresa ante mi reacción.

— Melina, querida, sabes que siempre estoy pensando en tu futuro. Albert es un excelente partido, y está muy interesado en conocerte mejor.

No puedo creer lo que estoy escuchando. Mi naturaleza testaruda se manifiesta de inmediato.

— Madre, no soy un objeto para ser emparejada con cualquier hombre que consideres adecuado. Tengo derecho a elegir con quién quiero pasar mi tiempo.

— No te estoy obligando a nada, pero como tu madre, sé lo que es mejor para ti.

— No, no lo sabes, si lo supieras, no estaría en este vestido para usarlo en una fiesta que será antes de mi cumpleaños.

Cojo un montón de tela que forma la cola y me bajo del pequeño estrado en el que estoy, donde madame Colette hace los ajustes.

— Lo siento, tendremos que terminar por hoy, Madame.

— No te preocupes, cariño, ya he tomado todas las medidas que necesitaba para hacer los ajustes. — Madame Colette dice y me ayuda a quitarme el vestido antes de salir de la habitación.

No me permito explotar con frecuencia ante mi madre, porque a pesar de ser controladora y decidida, sé que solo desea lo mejor para mí. Creció en una época y en un entorno en el que la tradición y el estatus social eran extremadamente importantes. Pero en raras ocasiones como esta, no puedo simplemente aceptar y bajar la cabeza. Intento adaptarme lo mejor que puedo, pero no es correcto que me convierta en una marioneta de sus deseos.

Mientras me visto con mi bata, veo a mi madre suspirar, sus ojos mostrando un raro signo de vulnerabilidad.

— Melina, entiendo que no te guste esta situación, y a mí tampoco me gusta, créeme.

Algo en su tono de voz es diferente, como si estuviera escondiendo algo.

— Madre, ¿hay algo que te preocupa? — Pregunto, sintiéndome inquieta sin comprender completamente la razón.

Mi madre vacila por un momento, como si estuviera decidiendo si debe o no compartir algo conmigo. Finalmente, parece tomar una decisión.

— Nosotros... — vacila una vez más, provocándome ansiedad. — Nuestra familia está enfrentando una crisis financiera.

La noticia me golpea como un choque. No esperaba escuchar eso.

— ¿Qué? ¿Cómo, madre?

Ella baja la mirada, evitando mirarme directamente.

— La fortuna que teníamos ya no es la misma, y las deudas se han acumulado a lo largo de los años.

Siento una mezcla de emociones: sorpresa, preocupación, frustración. Todo se mezcla dentro de mí. ¿Cómo pudo mi madre ocultarme algo tan importante? Siento que mi asombro se intensifica. No tenía idea de que nuestra familia estuviera pasando por problemas financieros tan graves. La miro, desconcertada.

— ¿De qué estás hablando? ¿Cómo sucedió esto, madre?

— Desde la muerte de tu padre, hubo malas decisiones financieras, inversiones que no funcionaron y nuestra fortuna se fue desvaneciendo poco a poco. Lo mantuve alejado de ti y de tu hermana para que no tuvieran que preocuparse. Pero ahora estamos en una situación en la que un matrimonio ventajoso puede ser la única forma de garantizar que nuestra familia no caiga en desgracia.

Estoy atónita, siento un peso acumularse en mi pecho, una sensación claustrofóbica que me envuelve. Aunque comprendo perfectamente las palabras de mi madre, ninguna de ellas tiene sentido alguno.

— ¿Estás diciendo que debo casarme? ¿De forma arreglada?

Mi madre suspira de nuevo, visiblemente incómoda con la conversación.

— Un matrimonio con alguien de buena posición social y financiera puede garantizar que sigamos teniendo acceso a recursos y apoyo. Puede aliviar nuestras deudas y proporcionar seguridad para ti, para tu hermana y para el futuro de nuestra familia.

¡Dios mío! ¡Calíope!

— Dime que Calíope no sabe nada de esto.

— Ella no lo sabe, pero...

— Déjame sola, mamá. — digo, interrumpiéndola.

— Melina... Un matrimonio arreglado es como cualquier otro, y seguramente te gustará el joven Albert.

— Por favor, mamá, déjame sola. Te lo ruego.

Ella vacila un momento, sus ojos llenos de tristeza. Asiente con la cabeza y sale de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Permanezco inmóvil, mirando el vestido de fiesta colgado en su soporte. El mismo vestido que debería usarse en la celebración anticipada de mis veintiún años, ahora se convierte en una representación dolorosa de las elecciones que mi familia está haciendo por mí.

Me siento al borde de la cama, abrazando mis rodillas, mientras las lágrimas finalmente se escapan. Mi mente empieza a divagar, imaginando un futuro en el que me case con alguien a quien apenas conozco, solo para salvar el honor y el estatus de mi familia. ¿Por qué está pasando esto? ¿Qué debo hacer con esto? Pensar en una vida sin amor, sin elección, es asfixiante. Nada de esto tiene sentido.

No es posible que nuestro imperio de construcción haya caído de esta manera. Siempre tuvimos un imperio, ¿cómo se desvaneció de esta manera? Y, ¿por qué diablos la primera alternativa de mi madre es arreglar un matrimonio para mí? Sé que siempre ha sido apasionada por las historias de bodas, y tal vez su mente se haya ido directamente a eso, pero no tiene sentido. Estamos en pleno siglo XXI, esto no debería ser considerado.

Pero, ¿y si esta es realmente la única salida? Siento que todo mi cuerpo tiembla ante esa posibilidad. Respiro profundamente, tratando de poner en orden mis pensamientos. Esperaba muchas cosas de esta mañana, pero ciertamente, saber que estamos en bancarrota no era una de ellas. En este momento, todo lo que siento es una profunda sensación de pérdida y desesperación, como si las paredes de mi mundo se estuvieran derrumbando ante mis ojos. Todos los elogios de mi madre, todas las fiestas que dio, todos los miles de hombres que consideraba adecuados para mí, que intentó convencerme de que saliera con ellos. Ahora, todo tiene sentido... ella quería que eligiera antes de decírmelo. Si decidió contármelo, la situación debe ser mucho peor de lo que mencionó.

Respiro profundamente, limpio mis lágrimas y me levanto del borde de la cama. No puedo quedarme paralizada por el miedo y la incertidumbre. Tengo que tomar las riendas de mi vida y luchar por un futuro que sea verdaderamente mío, no el que otros han predeterminado.

Miro el reloj en la mesita de noche y de repente me invade una fuerza de la que no sabría decir de dónde proviene. Son las 7:45 de la mañana, y dentro de una hora y quince minutos estaré frente a alguien que podría ayudarnos, al menos en cierta medida.

CAPÍTULO 5

Melina

Mi perfume de frambuesas negras inunda mis sentidos. Es lo único que llena mi mente mientras me enfrento a la recepción del imponente edificio con el rótulo “Nikopoulos Corporate” en su entrada. El aroma fuerte y ligeramente sensual hace que ruede los ojos.

¿Cómo pude elegir precisamente este perfume para una entrevista de trabajo? Tal vez ese sea el problema, quizás mi pobre elección de perfumes está obstaculizando mi entrada al mundo corporativo. Respiro profundamente, decidida a no permitir que un perfume estúpido arruine mis oportunidades. Camino con determinación hacia la recepción del majestuoso edificio. Mis pasos resuenan en el suelo de mármol pulido, y la recepcionista me mira con una ceja arqueada, probablemente debido a mi perfume audaz, o tal vez por mi expresión de desesperación, o quién sabe, tal vez tengo algo en los dientes. Nunca lo sabré. Ignoro su mirada y mantengo una sonrisa profesional.

Mientras espero el ascensor, intento mantener mi mente sana y enfocada. Escuchar el suave “ding” del ascensor me brinda cierto alivio. A medida que las puertas se cierran, mi mente se llena de pensamientos sobre la importancia de la reunión que me espera. Este proyecto millonario en la isla de Lysandros probablemente requerirá un gran número de construcciones, lo que sería excelente para la empresa constructora de mi familia. Sin duda, esto nos ayudaría a impulsarnos considerablemente, y siento cómo la esperanza se apodera de mi cuerpo.

Sin embargo, tan pronto como me anuncian y entro en su oficina, me enfrento al hombre que está a punto de cruzarse en mi camino, y toda mi determinación es desafiada. Lysandros está de pie, con una sonrisa presuntuosa en los labios. Parece estar esperándome, como si supiera que estaría aquí hoy.

Claro que lo sabría. Seguramente está disfrutando con la idea de humillarme una vez más, pero no dejaré que eso me afecte. No estoy aquí por mí misma. Lo que solía ser una entrevista de trabajo común se ha convertido en algo crucial, y necesito obtener suficiente información sobre su proyecto para hacerle una propuesta convincente.

Hoy, nada me impedirá alcanzar mi objetivo, ni siquiera Lysandros Nikopoulos. Me acerco a él con pasos firmes y le extiendo la mano.

— Sr. Nikopoulos, es un placer volver a verte.

Me mira fijamente, sus ojos me escrutan minuciosamente, y yo sigo con la mano extendida, esperando su respuesta, que no llega. Abre una pequeña y cínica sonrisa y señala la silla para que me siente.

— ¿Qué tipo de juego es este, Melina? — pregunta sin rodeos.

— No se trata de un juego. Estás contratando y he venido a solicitar el trabajo, no hay nada extraño en eso.

— ¿Y desde cuándo necesita trabajar una niña mimada como tú? — me provoca con una sonrisa cínica en los labios.

Necesito contenerme para no ser grosera y me tomo tres segundos antes de responder.

— Créelo o no, tengo mis razones.

Se recuesta en la silla, cruza los brazos y ladra la cabeza hacia un lado. Sus ojos brillan, revelando el placer que siente al verme en esta posición.

— Estoy escuchando. Cuéntame tus “razones”, niña mimada.

Respiro profundamente una vez más, eligiendo mis palabras con cuidado.

— No son mis razones lo que te interesa, sino las tuyas para contratarme. Esta oportunidad puede ser beneficiosa para ambas partes. Mi familia tiene una empresa constructora con años de experiencia, y estoy segura de que podemos contribuir de manera significativa al éxito de tu proyecto en la isla. Además, soy la mejor alumna de mi clase, y mis calificaciones hablan por sí mismas.

Permanece en silencio, observándome con sus ojos depredadores. Lysandros se queda callado sin mostrar ninguna emoción mientras apoya su barbilla en su mano y se inclina ligeramente antes de hablar.

— Estás tratando de engañarme.

— ¿Qué?

— No tienes ningún voto en la constructora Zephyra, así que no los ofrezcas como moneda de cambio.

— Soy hija y heredera, ¿cómo puedes decir que no tengo voto?

Maldición, ¿cómo lo sabe?

Lysandros se encoge de hombros en un gesto de desdén.

— Vamos, Melina. ¿Crees que nací ayer? Tu madre es una maniática del control matrimonial y te dejó al margen de la constructora, aunque quisieras formar parte.

Me sorprende lo bien informado que está.

— Ahora que hemos aclarado eso, dime la verdadera razón por la que estás aquí.

Respiro profundamente, tratando de reorientar mi camino.

— Porque busco empleo. Pensé que sería buena idea mencionar las constructoras de mi familia, pero aparentemente no tuvo el efecto deseado.

— Me gusta que seas sincera, al menos. Pero lamentablemente no puedo contratarte. — dice con una sonrisa en el rostro, lo que me hace hervir la sangre.

— Ni siquiera has empezado la entrevista, ¿por qué diablos me estás despidiendo?

— Primero, porque no me agradas. — se levanta y se dirige hacia la puerta. — Y segundo, porque recibí una llamada de Nikoleta Zephyra en persona prohibiéndome contratarte, y aunque estoy tentado de desobedecer una orden de tu madre, no tengo tiempo para entretenerme en trivialidades.

Lysandros abre la puerta y continúa con una sonrisa cínica y triunfante en los labios.

— Ahora, si me disculpas... todavía tengo mucho que hacer hoy.

Con el corazón apesadumbrado y la frustración burbujeando dentro de mí, observo impotente cómo Lysandros Nikopoulos se dirige a su escritorio. Está a punto de retomar su trabajo, completamente ajeno a mi presencia, como si yo fuera solo una distracción pasajera en su día.

Pero antes de abandonar la habitación de esta manera, no puedo evitar echar un último vistazo alrededor. Es un instinto en busca de una salida para no ser simplemente despedida de esa manera. Mis ojos recorren la habitación bien decorada y lujosa, deteniéndose finalmente en el plano de una construcción que descansa sobre el escritorio de Lysandros.

— Mira esto. — Señalo la zona en cuestión en el plano, donde claramente hay una discrepancia en las medidas y los cálculos.

— ¿De qué estás hablando?

— Hay un error de cálculo en este proyecto; de esta manera, las estructuras claramente no resistirán las mareas de la isla.

Lysandros mira el punto señalado con una expresión que parece mezclar sorpresa y escepticismo. Se inclina más cerca, estudiando el plano con mayor atención. Después de unos momentos, sus ojos se abren un poco más y exhala un suspiro.

— ¿Cómo diablos notaste esto tan rápidamente?

Le miro a los ojos y me inclino sobre su escritorio, llegando lo suficientemente cerca como para sentir su respiración rozando la mía. No se mueve, solo me mira con su expresión imperturbable, pero no me intimida. Puedo sentir cómo su respiración se desestabiliza ligeramente por el repentino contacto, lo que me hace sentir en control, a pesar de que muestra mínimamente su inestabilidad. Aparto la mirada hacia sus labios antes de decir:

— ¿Cuándo empezaré a decir las cosas solo una vez para ti, Lysandros? Ya te dije que fui la mejor de mi clase.

Me alejo con una sonrisa victoriosa, enderezando mi postura y dándome la vuelta para salir, cerrando la puerta detrás de mí. Puede que me hayan rechazado, pero al menos me voy con el delicioso sabor de haber puesto a Lysandros Nikopoulos un poco en su lugar.

CAPÍTULO 6

Lysandros

Siento el ardor del whisky recorriendo mi garganta mientras el sonido del ritmo de la música retumba en mi club nocturno, vibrando a través de las paredes de mi oficina. La imagen del trasero redondo y provocativo de Melina, en esa falda lápiz, al salir de mi sala en el edificio Nikopoulos, no se borra de mi mente. Cada vez, todas las veces que la veo, parece que mi sangre se convierte en ácido recorriendo mis venas, y no sé cuánto tiempo más podré contener este deseo que siento por esa chica desafiante.

Estaba preciosa, con el lápiz labial rojo que contrastaba perfectamente con su traje negro bien ajustado y el cabello recogido en un moño que denunciaba cuán contenida estaba, atrapada detrás de esa actitud tranquila. La provocaba, y a pesar de eso, ella resistía, no soltaba ni una palabra maliciosa ni insinuación en los últimos minutos de su presencia en la habitación, cuando tuve que usar cada partícula de autocontrol para no tomar sus labios y poseerla allí mismo en mi sala contra el vidrio transparente.

Miro alrededor, tratando de alejar la imagen y los pensamientos que amenazan con dominarme. Veo mi oficina en Velvet Lady, donde realmente me siento bien. No lo voy a negar, esta vida es mi verdadero terreno de juego. Lejos de las ataduras de los negocios familiares, es donde realmente pertenezco. Stefanos, mi hermano, se ocupa muy bien de todo nuestro patrimonio, y mi parte está asegurada. A juzgar por las reuniones de accionistas y mi oficina en el edificio Nikopoulos, apenas tengo relación con ese mundo.

Pero aquí, en este lugar que construí con mis propias manos, encuentro mi satisfacción personal. Esta discoteca no es para cualquiera; es un refugio de exclusividad visitado por la élite de la sociedad de Manhattan. La clientela es una selección cuidadosa de individuos que comparten un refinado gusto por la vida nocturna. Políticos, empresarios, artistas e incluso algunas celebridades cruzan esas puertas. Todos son bienvenidos, siempre y cuando estén a la altura de la discreción y del ambiente exclusivo que ofrecemos.

La iluminación tenue y la decoración elegante crean una atmósfera que envuelve a nuestros clientes, transportándolos a un mundo donde las preocupaciones cotidianas se vuelven

irrelevantes. La penumbra y el aroma de las velas encendidas alimentan la sensación de misterio, donde todo es posible.

Nadie viene aquí solo a beber y divertirse; todos buscan una experiencia única. Aquí el tiempo parece ralentizarse, es un lugar donde las preocupaciones se desvanecen, y la vida se convierte en una celebración constante.

Konstantinos, mi hermano menor y socio en Velvet Lady, se encarga de los asuntos burocráticos y las convenciones sociales. Konstantinos tiene habilidad para hacer buenos negocios en una mesa de bar, o mientras ve un partido de fútbol. Yo, por otro lado, no dudaría en mostrar mi total desinterés si tuviera que interactuar con otra alma.

Me levanto de mi escritorio y trato de ajustar mi traje de tres piezas de lino, algo que siempre he valorado: la buena vestimenta. Atravieso el salón de Velvet Lady, saludando a los clientes por los que paso, hasta que mi mirada se topa con un rostro familiar entre la multitud. Es Anton Angelis, un viejo amigo de la familia. Anton pasó la mayor parte de su vida en Grecia, pero ahora, por lo que veo, está de vuelta en Manhattan.

Anton sonrío cálidamente cuando nuestros ojos se encuentran, y yo le devuelvo la sonrisa. Siempre fue más educado y social que yo, pero a pesar de nuestras personalidades opuestas, somos buenos amigos.

— ¡Lysandros! — exclama, abrazándome como un hermano. — ¡Hace mucho tiempo, amigo mío! Parece que sigues en la cima del mundo.

— Te ves estupendo. ¿Cómo ha sido Grecia?

Hace una mueca, quizás recordando los desafíos que enfrentó en su tierra natal.

— Grecia tiene sus bellezas, pero también sus altibajos. Sin embargo, estoy de vuelta en Nueva York visitando a mi tía y primas.

— ¿Por cuánto tiempo piensas quedarte?

— Aún no lo sé.

Me siento en el bar y pido al barman que nos sirva dos whiskies sin hielo. Anton parece más ansioso de lo que recordaba, como si algo lo atormentara.

— ¿Pasa algo, Anton? ¿Por qué decidiste venir de repente? Sabes cuánto te gusta controlar tus asuntos, y venir sin fecha de regreso no parece propio de ti.

Anton parece vacilar por un momento, pero después de un trago de whisky, finalmente se desahoga.

— Son asuntos familiares, vine para ayudar con algunos problemas financieros. Pero nada que no pueda resolver, no te preocupes. Ahora cuéntame, ¿cómo va todo por aquí?

Llevo el vaso de whisky a los labios, saboreando la suave quemadura de la bebida mientras observo a Anton con curiosidad. La familia de Anton siempre ha sido conocida por su riqueza e influencia en Grecia, así que esta noticia es sorprendente.

— Las cosas van bien. Nada nuevo por aquí...

Anton asiente, pareciendo momentáneamente inmerso en la atmósfera única del club nocturno.

— Lysandros, siempre supiste cómo crear un ambiente especial aquí. Es como si el tiempo se ralentizara dentro de estas paredes.

Sonrío, satisfecho con el elogio, y brindo chocando mi vaso de whisky con el de Anton.

— Es bueno tenerte de vuelta, Anton.

— Escucha, Lysandros... Mi prima Melina cumple años esta semana, y estamos planeando una fiesta aquí en Nueva York. Sería un honor tenerte como invitado especial. Estoy seguro de que tu presencia haría la noche aún más memorable.

No puedo evitar alzar una ceja, consciente de que Anton sabe que Melina y yo no nos soportamos.

— Sin posibilidades, Anton... sabes que no soporto a la chica.

Él sonríe, divirtiéndose, pero no entiendo lo que está sucediendo.

— Vamos, será una fiesta de máscaras, ¡y apuesto a que te encantará! Hazlo por mí, por los viejos tiempos...

Me mira fijamente y continúa:

— ¿Sí? ¡Será genial! — insiste.

Suspiro, cediendo a su insistencia. Anton siempre ha sido un maestro en conseguir lo que quiere. Bebo un largo trago de mi vaso.

— De acuerdo, Anton, has ganado. — respondo después de un rato, contrariado. — Iré a la fiesta, pero solo porque es por ti. No esperes que Melina y yo empecemos a entendernos ahora.

Anton se ríe, claramente satisfecho con mi decisión.

Dudo mucho que eso suceda, pero una curiosidad crece dentro de mí. No estoy seguro de por qué decidí aceptar la invitación, pero algo me dice que será interesante ver cómo reaccionará

Melina ante mi presencia, especialmente después de rechazarla en la entrevista de trabajo.

No puedo negar que la maldita me atrae. Antes, en la fatídica noche en que todo sucedió, cuando la conocí, ni siquiera la miré. Sabía que era una hermana Zephyra, solo que no sabía cuál de ellas. Lo único que sabía es que eran demasiado jóvenes para mí. Y aunque no soy el hombre más honorable del mundo, tengo límites que nunca cruzaría.

Pero ahora es una mujer hecha y derecha, con veinte años a sus espaldas, y una mujer deliciosa. La atracción que surgió un tiempo después fue inevitable, el deseo, al igual que la aversión que siento por ella, siempre parecen ir de la mano.

Anton parece genuinamente satisfecho con mi decisión, y la idea de asistir a la fiesta de Melina comienza a arraigarse en mi mente.

— ¡Genial! No te arrepentirás, Lysandros. La fiesta será increíble, te lo prometo.

Creo que será, como mínimo, divertido. Seguro que no espera verme en su fiesta.

CAPÍTULO 7

Melina

Las paredes de la habitación parecen que van a engullirme en cualquier momento. Dos o tres criadas ya han entrado para evaluarme, siguiendo las instrucciones de mi madre. El vestido de fiesta negro y brillante muestra perfectamente mis curvas, la tiara y los adornos que me han colocado denuncian exactamente el propósito de esta noche: seré vendida.

No se trata de un acto ilegal ni algo que pueda cuestionar; por el contrario, seré subastada de manera discreta y llena de refinamiento. Mi madre ha organizado mi fiesta desde el principio con ese único objetivo en mente y ha invitado a los pretendientes más destacados de la alta sociedad. Estoy siendo ofrecida a quien ella considere más adecuado, a quien posea mayor fortuna y propiedades. Pero antes de que mi mundo entero sea tomado por elecciones que no he hecho, impuse una condición. Decidí que sería un baile de máscaras. Fue mi forma de crear un pequeño escudo, de protegerme de las miradas curiosas y críticas que me esperaban abajo.

La idea de estar detrás de una máscara, de ocultar mi identidad y sumergirme en un mundo de misterio y fantasía, me hacía sentir un poco más protegida. Aunque fuera solo por una noche, quería ser alguien diferente, alguien que no estaba siendo subastada al mejor postor, aunque fuera exactamente lo que estaba sucediendo.

El encuentro con Lysandros fue un fracaso, y aunque sentí el deseo de caer en una espiral de dolor al pensar que fue completamente infantil creer que alguien como él podría ayudarme de alguna manera, sé que al menos lo intenté. La verdad es que nadie puede ayudarnos, y no puedo esperar que algo caiga del cielo para nosotros. Aunque duela, la idea del matrimonio comienza a parecer cada vez más cercana a mi realidad.

Al menos obtuve algo del encuentro con Lysandros, mi madre ha estado saboteando mis intentos de encontrar un trabajo. Imaginaba que era lo suficientemente astuta como para que ella no lo supiera, pero obviamente llegó a sus oídos y, en lugar de tener una conversación sana y normal con su hija, simplemente hizo que me rechazaran en todos los trabajos. Estoy enfadada con ella, tanto que temo ni siquiera poder disimularlo, pero estoy guardando esta discusión para un momento en que nuestra casa no esté rodeada de extraños curiosos e inmiscuidos.

Miro mi rostro en el espejo, mis ojos, que son de un verde vivo, ahora están apagados, mi

cabello negro peinado hacia atrás en un moño me hace parecer más mayor de lo que soy. Pero mi madre ha dejado en claro que, a los 21 años, ya soy considerada demasiado mayor. Ella siempre enfatiza que, a mi edad, ya estaba felizmente casada y me llevaba en su vientre.

No soy como ella, nada en su personalidad se parece a la mía. Mi madre cree que está haciendo lo correcto, encontrando un hombre para que me case, pero no podría estar más lejos de la verdad. No quiero elegir un esposo como si estuviera eligiendo un vestido en una vitrina, no quiero la obligación de levantar a mi familia, no quiero nada de eso. Quiero amar, quiero querer estar cerca de esa persona, quiero desearla tanto que mi cuerpo vibre.

Mi madre nunca entendería eso. Ella se casó con mi padre sin amor, juntos vivieron felizmente pero nada apasionadamente durante años. Y aunque sé que mi padre fue un buen hombre, sé que no se amaban, al menos no apasionadamente. La relación era respetuosa, pero completamente fría. No quiero eso para mí, quiero más de lo que la vida me puede dar, y eso incluye un amor apasionado.

Pero mi destino ya está sellado, y sé incluso a quién mi madre quiere ofrecer mi mano, a Albert Simund. Un hombre que, aunque es guapo, no me atrae en absoluto, su personalidad es pulida y cada vez que he estado en su presencia pude ver su interés por mí, pero incluso si intentaba pensar en él de otra manera, nunca lo conseguí. Es... frío, como una piedra de hielo, sus expresiones, gestos y hasta los temas que le resultan divertidos suenan aburridos para mí. Pero sé lo que mi madre ve en él: Albert es hijo de banqueros, su familia es inmensamente rica.

Y aunque he pensado en ello hasta la saciedad, no puedo por mí misma sacar adelante la constructora, temo que incluso si tuviera acceso a ella, no podría hacerlo, pero sin tenerla es prácticamente imposible. Aunque todo mi ser quiera hacer algo, ni siquiera sabría cómo llegamos a esta situación, ya que mi madre siempre me mantuvo alejada de las finanzas de nuestras empresas, dejando en manos de extraños el legado de papá.

Cuando mi padre aún estaba vivo, me encantaba pasar horas y horas con él en su despacho. Era un hombre notable, no solo por su inteligencia y visión empresarial, sino también por su bondad. Siempre me trató con respeto y cariño, y era como si supiera desde temprano que yo sería una mujer inteligente y prometedora, incluso si aún era solo una adolescente en esa época.

Recuerdo las veces en que me explicaba detalladamente sobre las empresas de la familia, cómo funcionaban los negocios y la historia de nuestros antepasados. Él veía en mí un potencial que pocos veían a esa edad. Solía decir que yo tenía la capacidad de marcar la diferencia, no solo en los negocios, sino en la vida de muchas personas.

En una tarde memorable, mi padre me hizo una promesa que nunca olvidaré. Me dijo que nunca me obligaría a hacer algo que no quisiera, especialmente cuando se tratara de elegir un esposo. Creía que yo debería ser libre para encontrar el amor verdadero, a alguien que me hiciera feliz, a alguien por quien mi corazón latiera más rápido.

En ese momento, él también mencionó la posibilidad de que algún día asumiera el control de las empresas familiares si así lo deseaba. Estaba dispuesto a enseñarme todo lo que sabía sobre los negocios para que pudiera tomar las riendas en el futuro.

Sin embargo, la vida tomó un rumbo cruel con la pérdida de mi padre y la revelación de nuestra ruina financiera. Ahora, estoy atrapada en un destino que mi madre ha determinado, un destino que va en contra de todo lo que mi padre me prometió. Todavía siento el dolor de su pérdida y la falta de su sabio consejo. ¿Qué haría él en este momento? ¿Qué decisión tomaría ante esta situación? Mi madre no desea mi mal, lo sé. A pesar de ser una mujer estricta, me ama a mí y a mi hermana, pero para ella, la seguridad financiera es mucho más importante que la felicidad.

— ¿Estás lista, Melina? —mi madre aparece en la habitación y me observa en busca de signos de renuncia por mi parte.

No me rendiré, seguiré el plan que ella ha trazado sin cuestionarlo. No porque sea una hija obediente y ciega que hace todo lo que su madre le dice, sino porque sé que es lo correcto. Sé que debo casarme y, con un matrimonio ventajoso, recuperar al menos parte de las finanzas de mi familia.

— Estoy lista, mamá. ¿Podemos ir?

— ¿Sin quejas? ¿Estás enferma? —pregunta con desconfianza.

— Señora, necesita decidirse; cuando acepto, se queja, y cuando no acepto, también se queja.

— Trata de ser más amable esta vez. He invitado a hombres más adecuados a tus gustos. Creo que te gustará lo que veas.

Mi rostro se ensombrece de desilusión. Nada en toda esta situación me agrada.

— Vamos, mamá.

Mi madre toma la delantera y desaparece en medio del largo pasillo de nuestra mansión. El sonido de risas y conversaciones elegantes de los invitados llena mis oídos mientras me acerco a la gran escalera. Siento que el estómago se me revuelve y repito una y otra vez que esto es lo correcto. Antes de aparecer en la parte superior de la gran escalera, me aseguro de colocar

la máscara negra sobre mi rostro, sabiendo que el intento de esconderme de las miradas curiosas será en vano en cuanto mi madre comience a anunciar que soy yo quien se encuentra detrás de la máscara. Sin embargo, al menos durante los primeros momentos, caminaré libremente en busca de cualquier hombre que haga latir mi corazón al menos un poco más rápido.

Durante toda mi vida, planifiqué cada paso. Estructuré mi educación, me entregué a una carga intensa de estudio para graduarme con honores, todo para obtener un buen empleo y mostrarle a mi madre cuán capaz era de dirigir nuestro legado. Pero mirando a mi alrededor en este momento, todo lo que siento es rabia. Una rabia feroz que quiere apoderarse de mí, que me hace querer gritar por haber trazado un plan que ahora no sirve para nada. No hay empresas para dirigir, y ni siquiera pude demostrar mi valía; en cambio, estoy a punto de hacer lo único que nunca imaginé para mi vida: casarme de manera arreglada. Justamente lo que mi madre siempre quiso de mí y que, en mi total arrogancia, pensé que no haría, y aquí estoy.

Por lo tanto, me permitiré intentar encontrar a un hombre que me haga sentir mujer, que me haga sentir libre, que me dé todo lo que siempre quise de una pasión, al menos por una noche. No quiero pensar en mi futuro, no quiero pensar en el maldito matrimonio; todo lo que quiero es ser mujer. Eso es lo que estoy decidida a hacer esta noche. Sé que esta fiesta fue organizada por mi madre solo para que sienta un mínimo control sobre mi matrimonio, pero ella y yo sabemos que la mano de Albert Simund está destinada para mí. Aún así, aquí estoy, en este teatro que hemos creado juntas.

Al bajar las escaleras, siento que mi madre me guía entre una multitud de rostros desconocidos. Esta vez, no hay ancianos de sesenta años, ni siquiera los cuarentones que ella suele invitar a las reuniones familiares, y aunque todos tienen máscaras cubriendo sus rostros, me sorprende ver hombres jóvenes y atractivos por todas partes. Con cada paso, la presión se intensifica. Las miradas curiosas y evaluadoras caen sobre mí, como si fuera una pieza rara en exhibición. Mantengo la cabeza en alto, luchando por ocultar la mezcla de incomodidad y enojo que se acumula en mi interior. Mi madre, siempre sonriente y elegante, me presenta a los pretendientes con nombres y títulos que resuenan en mi mente como una melodía desagradable. Saludo a cada uno con una sonrisa forzada y respuestas breves, tratando al máximo de mostrar mi desinterés, pero eso no parece alejarlos.

Finalmente, me quito la máscara, ya que mi mano está comenzando a doler de sostenerla en mi rostro, y el disfraz no me parece en absoluto eficaz, ya que mi madre me anuncia a cada paso que doy. Está decidida a que elija a uno de ellos como pretendiente a mi gusto, incluso en esta situación, pero la verdad es que nunca estaré contenta con eso.

— Mel... Casi no te reconocía, ¡ya no eres una niña! —se acerca mi primo Anton,

apartándome de mi madre. Anton siempre ha sido como un hermano mayor para mí y mi hermana; verlo en medio de estos rostros completamente desconocidos es un bálsamo para mi alma. Siento sus brazos rodeándome, lo que provoca que una risa brote de mis labios; él me levanta y finge que todavía soy una niña de nueve años a la que acaba de volver a ver.

— Pero sigues siendo mi niña —dice, sonriente.

— ¡Qué ganas tenía de verte, Anton! ¿Por qué no vienes a visitarnos más a menudo?

— ¿De qué estás hablando? Siempre estoy por aquí.

Hago un puchero contrariada y siento su dedo índice tocando la punta de mi nariz.

— No hagas muecas, eres una niña tan hermosa.

Sonrío, es imposible estar seria cerca de él. Anton parece haber encontrado el equilibrio perfecto entre el buen humor y la seriedad. Quienes no lo conocen y lo observan desde lejos con sus hombros anchos y su mandíbula prominente seguramente dirían que es un hombre serio y malhumorado, pero basta que abra su sonrisa contagiosa, con sus dientes perfectos, para que casi todas las mujeres a su alrededor suspiren por él.

— Supongo que hoy debe estar siendo difícil para ti, Mel. — dice, cambiando repentinamente de tema.

Suspiro, sintiéndome al menos aliviada por poder hablar con alguien que no sea mi madre sobre el asunto.

— Haré lo que sea necesario, pero no puedo decir que esté contenta con la situación.

— Estoy aquí para ayudarlos de alguna manera. Pasé la tarde revisando las finanzas de la empresa y creo haber llegado a algunas conclusiones.

— ¿Es posible que nos recuperemos?

Anton deja escapar un suspiro derrotado.

— Creo que no, Mel. Pero al menos sé de dónde vienen las pérdidas que están agotando la fortuna de ustedes y ya he tomado algunas medidas para al menos detener el mal.

La respuesta no me sorprende, pero el dolor que se acumula en mi pecho con cada noticia sobre nuestras finanzas parece cada vez mayor.

— Gracias, Anton, por lo que estás haciendo...

— Me gustaría hacer más.

Un breve silencio nos envuelve durante unos segundos.

— Ahora, cambiando de tema, debo decir que esta es una colección interesante de pretendientes que tu madre ha conseguido. ¿Tienes alguna preferencia?

Suspiro y muevo la cabeza.

— Parecen todos muñecos sacados del mismo molde.

— Vamos, cuéntame, ¿al menos alguno de esos muñecos te hizo reír?

Río suavemente.

— Bueno, hubo el Sr. Ducati, con la corbata chillona que hacía juego con la de su hijo, que intentó impresionarme con interminables historias sobre los viajes de negocios del joven heredero, que era tan tímido que ni siquiera abrió la boca, y estuve a punto de quedarme dormida en medio de la conversación.

Anton ríe a carcajadas.

— Ah, sí, el aburrido contador de historias. Un clásico en eventos como este. ¿Y qué me dices del joven Afonso, hijo de los jueces McDought, trató de impresionarte con sus conocimientos legales?

— Parecía más interesado en debatir leyes que en realmente conocerme.

Anton sacude la cabeza en desaprobación fingida.

— Y yo pensé que podría ser el yerno perfecto para mí.

Nos reímos juntos, aliviando un poco la tensión del momento. Anton siempre ha tenido ese don de hacerme reír, sin importar cuán sombríos sean los temas.

— Pero mamá ya ha elegido a su favorito, Albert Simund.

Los ojos de Anton vuelven a la seriedad y lo veo mirándome con convicción.

— Haré todo lo que esté a mi alcance para que no tengas que casarte con alguien a quien no ames, Mel.

Sé que Anton hará lo posible, pero también sé que mi destino está sellado y que no tengo alternativas.

— Es extraño que Albert no esté aquí, siendo el favorito de mamá. ¿Dónde está?

Encoge los hombros.

— Tenía asuntos de negocios que resolver, pero sinceramente agradezco que no esté aquí.

— Todo saldrá bien, Mel. Te lo prometo.

Sonríó tristemente y le agradezco con un gesto. Me gustaría creer en esas palabras como lo hace Anton...



La fiesta transcurre con calma, y mamá dio por satisfecha su presentación a todos los jóvenes presentes. Al menos le agradezco no haber considerado a los más mayores, ya que por cómo me miran, seguramente harían fila. La mayoría de los invitados se dispersa por el salón, charlando y divirtiéndose. Me siento aliviada por dejar de ser el centro de atención, pero completamente frustrada al saber que aquí, en medio de estos hombres, no encontraré a alguien que pueda arrebatarme suspiros. Quería experimentar pasión, peligro, intensidad... al menos hoy, aunque solo fuera una vez.

Es entonces cuando mis ojos lo detectan.

Un hombre, también con máscara como el resto de los invitados, entra al salón. Su presencia es inmediatamente abrumadora, y lo único que lo hace parecer diferente a cualquier otro hombre en la sala es la máscara que cubre su rostro. Sus pasos son lentos y seguros, como si estuviera en su propio reino. Se dirige hacia mí, pero no me ve. Va vestido completamente de negro, como una sombra que se desliza en el salón. Está a unos pasos de mí cuando se apoya en la barandilla de la escalera, y veo su mano agarrar firmemente la copa recién servida por el camarero. Mi mente se pierde automáticamente en las venas gruesas de su mano masculina, casi imaginando que me toca.

Su mirada, detrás de la máscara oscura, es magnética, como si pudiera hechizar a cualquiera que se cruce en su camino. Mis manos se aprietan involuntariamente contra el vestido, y un escalofrío recorre mi espalda. Se mueve elegantemente entre la multitud, ignorando cualquier intento de interacción. Me siento como si estuviera en una burbuja, observándolo de manera privilegiada sin ser vista. Su cabello oscuro cae en mechones desordenados sobre su frente, y la suave luz del salón resalta la palidez de su piel.

Mis ojos no pueden apartarse de él. Es como un imán, atrayendo mi atención de forma irresistible. Todo a mi alrededor desaparece, y por un momento, solo existimos él y yo, separados por una distancia que parece insuperable. La máscara negra que lleva es intrigante, cubriendo solo un lado de su rostro, como un fantasma de la ópera, dejando en claro quién es: Lysandros Nikopoulos.

CAPÍTULO 8

Melina

Sé que cada uno de los pensamientos que empiezan a surgir en mi cabeza no pueden ser calificados como menos que insanos. Pero, aun así, cualquier resquicio de racionalidad me abandona, y mi decisión es instantánea. No puedo permitir que él me reconozca. No puedo permitir que sepa quién soy. Mientras continúo observando a Lysandros, con su magnetismo sombrío, tomo una de las máscaras que se están sirviendo durante la fiesta a los invitados, reemplazando la que llevo puesta, ya que esta necesito sostenerla en mis manos, lo que la hace más frágil y menos eficiente para ocultar mi identidad.

Deslizo la nueva máscara sobre mi rostro, que encaja a la perfección y se mantiene en su sitio sin necesidad de sujetarla. Ahora, soy solo otra desconocida en la fiesta, al menos para Lysandros, aunque los demás ya conocen mi identidad. Mi corazón late con la sensación de anonimato, de libertad.

Con la máscara firmemente en mi rostro, doy un paso hacia Lysandros, mezclándome con la multitud. Él continúa avanzando lentamente por el salón, sin notar mi presencia. Siento un impulso de valentía apoderarse de mí, una sensación de que puedo hacer lo que quiera, sin las restricciones que mi identidad habitual impone. Pero la fuerza que me dominaba se desvanece rápidamente, a unos pasos de Lysandros siento que toda la energía se escapa de mi cuerpo.

¿Qué estoy pensando? Es obvio que él me reconocerá, y aun si no lo hace, ¿qué pretendo hacer? ¿Dormir con él? ¿Perder mi virginidad con un hombre que no sabe quién soy? Y cuando lo descubra, lo sé, Lysandros me odia tanto como yo a él. ¿Y si lo odio, qué hago aquí? ¿Casi intentando seducirlo?

Estás loca, Melina. Toda esta historia de matrimonio arreglado está afectando cualquier pensamiento lógico que tienes.

La vergüenza me invade y corro hacia el jardín. Siento el aire fresco de la noche llenar mis pulmones y algunas lágrimas acumularse en mis ojos. La brisa nocturna acaricia mi rostro, y la soledad del jardín vacío parece un refugio temporal para mi confusión interior.

Solo quisiera tener algún control sobre todo esto...

Siento un escalofrío recorrer mi espalda cuando una voz profunda se hace presente detrás

de mí.

— No es muy cortés abandonar la fiesta y aislarse en el jardín — dice, y mi corazón da un vuelco en mi pecho.

Lentamente, me giro para enfrentar al dueño de la voz, mi corazón martilleando en mi pecho. Él se destaca bajo la luz plateada de la luna, como una figura sacada de un sueño oscuro. Es Lysandros, pero no parece reconocermme, su mirada se desliza sobre mí como si fuera solo otra entre la multitud enmascarada. Siento que mi corazón se acelera de nuevo, pero esta vez no es por la sensación de anonimato, es por su cercanía. Siento un alivio momentáneo, una sensación de triunfo por haber mantenido mi identidad en secreto, pero dura solo unos segundos, hasta que mi sangre comienza a hervir de nuevo al mirarlo.

Sus rasgos son perfectos, como si un hábil artista los hubiera esculpido. Sus ojos oscuros, grises, brillan con una intensidad que parece explorar mi alma. Sus labios, que normalmente están curvados en una sonrisa maliciosa, ahora están serios, intensos. Bajo la luz de la luna, su piel parece pálida e impecable. Trago saliva, tratando de cambiar mi tono de voz a algo más sensual y maduro, diferente de mi tono habitual.

— Tienes razón, pero a veces es necesario tener un momento de tranquilidad, lejos del bullicio de la fiesta.

Inclina la cabeza, estudiándome por un momento antes de sonreír bajo la máscara que solo cubre la mitad de su hermoso rostro. No puedo evitar notar lo elegante que está vestido, con un traje oscuro que realza su figura esbelta y atlética. La cercanía me hace jadear, los detalles de su rostro masculino e impactante frente a mí casi me hacen suspirar contra él. Lysandros es hermoso, una belleza bruta, masculina y salvaje. Sus ojos son como un abismo tentador y su boca, la propia perdición. No puedo negar la atracción que cada parte de mí siente por él.

— Me gusta tu máscara — dice, aún examinándome. — Lástima que cubra tanto de tu rostro, apuesto a que el resto es igual de hermoso que tus ojos y labios.

Mi corazón da un vuelco al escuchar su elogio y me doy cuenta de que se acerca más. Su olor es como el aroma de madera y especias, completamente delicioso.

Es completamente delicioso.

Me siento hipnotizada por su presencia y mi cuerpo responde involuntariamente. Mis manos tiemblan ligeramente, pero, yendo en contra de lo que espero, me acerco más a él, reduciendo la distancia entre nosotros, como si estuviera siendo atraída por un imán. El deseo que siento es abrumador, pero también se acompaña de una sensación de peligro inminente. Lysandros me odia, siempre lo ha dejado claro. A pesar de que siempre he intentado odiarlo más,

la verdad es que siempre ha sido un mecanismo de defensa, y si descubre que soy yo detrás de esta máscara, seguramente se enfurecerá. Pero mi cuerpo parece tener su propia voluntad, ignorando mi deseo consciente de resistir cualquier atracción por Lysandros. Mientras él se acerca, una lucha interna comienza a desarrollarse dentro de mí. Lo odio, sé que lo odio, no soporto su presencia, y sé que lo que siento es puramente físico. Mis pensamientos repiten incansablemente que es solo una reacción de mi cuerpo ante un hombre masculino y extremadamente atractivo. No quiero desear a Lysandros, no quiero ansiar por él.

— A veces, la verdad detrás de las máscaras resulta aún más intrigante que lo que ocultamos — mi respuesta es enigmática, y sé que estoy jugando con fuego al involucrarme en este juego con Lysandros.

Aunque mi instinto de autopreservación grita que me retire, no puedo detenerme. Él se inclina y se acerca más, y siento su calor corporal contra el mío. El sutil roce de su mano en mi brazo hace que mi corazón lata con fuerza. La tenue luz del jardín hace que el entorno se vuelva misterioso y seductor, el escenario perfecto para cometer deliciosos errores. Lysandros sonríe bajo la máscara, una sonrisa que parece prometer peligro y placer al mismo tiempo. Mis músculos están tensos, mi cuerpo está alerta, pero no es el miedo lo que domina mis pensamientos. Es la lucha por resistirlo, por no ceder a esta atracción prohibida. Lysandros está observando mis labios, y siento que cada poro de mi cuerpo anhela ser besado. Se acerca cada vez más, haciendo que mi espalda choque contra la columna del pequeño cenador del jardín. Mi mente está nublada, y todo lo que puedo pensar es que quiero probar el dulce sabor de su boca, sentir su lengua invadiéndome... quiero ser abrazada por sus brazos, quiero que nuestros cuerpos se fundan.

Dios, he deseado esto desde que lo vi por primera vez.

— No eres como las demás mujeres de aquí — murmura, sus ojos aún clavados en mí, como si intentara leer mi alma a través de la máscara. — Tienes un aire de misterio, de desafío. Me gusta eso.

Él parece descifrar cada uno de mis pensamientos. Una de sus manos se apoya en la columna mientras la otra toca suavemente mi rostro. Sus ojos azules casi grises me miran con tanta intensidad que siento que podría desmayarme en sus brazos.

— ¿Y qué secretos escondes detrás de esta máscara? — pregunta, su voz ronca y sensual contra mi rostro. Su aliento es dulce y refrescante, y el aroma de su piel me deja aturdida. No me atrevería a abrir la boca para decir una palabra, sabiendo que me entregaría si lo hiciera.

Mis ojos encuentran sus labios, como si lo invitaran. Lysandros toma mi boca, y siento su

sabor, su pasión, su deseo. Jadeo contra sus labios.

Mis sentidos colapsan, y no entiendo por qué está haciendo esto. Debe pensar que soy solo una mujer desconocida, una más en su interminable lista. Él toma lo que quiere, es un canalla, un cretino... pero el sabor de su audacia es adictivo, y la forma en que me toca es más hábil y experimentada de lo que jamás imaginé. Simplemente no puedo apartarme. Me besa con una intensidad que hace que mi cuerpo tiemble, y me dejo llevar.

Estoy oculta tras el poder del anonimato, y es como si todas mis inhibiciones desaparecieran. Puedo hacer cualquier cosa tras esta máscara, y finalmente puedo admitir cuánto he deseado y soñado con que él me besara.

Su boca devora la mía con maestría, su lengua explora la mía, mientras sus manos me presionan contra la columna, provocando pequeños gemidos de placer con la avalancha de sensaciones que me embargan. Lysandros parece disfrutar mis reacciones, y siento cómo su cadera se choca contra mi cuerpo, haciéndome arder de lujuria. Siento el calor recorrer mi piel y asentarse entre mis piernas. El deseo que siento es casi como si estuviera drogada, absorta de cualquier voluntad propia, solo deseando que continúe haciendo lo que está haciendo.

Pero se detiene.

Lysandros separa nuestros labios, pero sigue sosteniendo mi rostro con una de sus manos, que es del tamaño de toda mi cara. Desliza su pulgar hasta mis labios y lo presiona suavemente.

— Siempre quise saber a qué sabía tu boca, Melina — dice, y tiemblo contra su cuerpo.

— ¿Tú... tú lo sabías? — digo con voz temblorosa y sorprendida.

— ¿Crees que te confundiría con cualquier otra? Tus ojos, tus labios y... — inclina su rostro hacia mi cuello, y siento su aliento contra mi piel, erizándola. — ... tu aroma son inconfundibles.

— Pero tú... tú no dijiste nada — mi voz tiembla, y mi mente está en turbulencia.

Él sonríe de manera enigmática, como si disfrutara cada momento de este peligroso juego.

— Pensé que estábamos jugando a las escondidas — dice de manera irónica, con una sonrisa en los labios. Dios, es tan guapo.

— ¿Estás tratando de jugar conmigo? — espeto, recuperando mínimamente la razón.

— ¿Yo? Fuiste tú quien quiso ocultar su identidad, la mía está muy bien revelada.

Sus manos aún están en mí, su cuerpo pegado al mío, y me siento atrapada en sus brazos.

Al mismo tiempo, no quiero escapar, no puedo apartarlo, quiero seguir sintiéndolo. Lysandros inclina la cabeza, y su boca vuelve a encontrar la mía, esta vez con aún más pasión y deseo. Nuestros besos son ferozmente hambrientos, como si estuviéramos intentando consumirnos mutuamente. Nada más perturba mi mente, y ya no me importa si sabe que soy yo. Sus manos exploran mi cuerpo, y las mías encuentran su pecho, sintiendo la fuerza de sus músculos bajo la fina tela de su camisa.

Estoy perdida, perdida en medio de los deliciosos labios y el delicioso cuerpo de Lysandros, perdida porque todo lo que quiero es seguir siendo arrastrada por la avalancha que él es. Cada toque, cada beso, es una explosión de sensaciones que me hacen olvidar todas las razones por las cuales deberíamos odiarnos. Nuestros cuerpos se mueven juntos en un ritmo frenético, y me permito sentir cada uno de los escalofríos que Lysandros me provoca, porque sé que no tendré más de esto. Me entrego al beso con pasión, sin restricciones, dejándome llevar por las sensaciones que recorren mi cuerpo.

Lysandros me atrae aún más hacia él, y nuestros cuerpos encajan a la perfección, como si hubiéramos sido hechos el uno para el otro. El deseo que arde entre nosotros es insaciable, y no quiero que este momento termine. Parece sentir cada uno de mis pensamientos, ya que empieza a mover sus manos ansiosas por mis senos, acariciándolos sobre la tela, lo que me hace soltar pequeños suspiros.

Quiero a Lysandros, lo quiero por completo...

Toco su mano y la deslizo lentamente por mi cintura, subiendo la falda de mi vestido. Quiero su contacto en mi piel desnuda, sin ninguna tela. Deseo sentir el calor de su piel contra la mía.

Pero abruptamente, Lysandros se aparta como si acabara de tomar conciencia de la situación. Sus ojos grises están nublados de deseo, pero también hay algo más en ellos, algo que no puedo identificar.

— Maldición, Melina. ¿Qué estás haciendo? — murmura, su voz ronca y llena de indignación. Mi respiración está acelerada, mi cuerpo aún arde de deseo. Lo que estamos haciendo es incorrecto, peligroso, y lo sé, pero no me importa.

— Duerme conmigo, Lysandros. Hazme tuya esta noche. — digo, con determinación en mi voz.

Lysandros me mira durante unos segundos, su expresión no revela nada; no sé en qué está pensando. Todo lo que sé es que quiero sentirme mujer, deseada, sentir más de esa sensación que me llena el pecho. Al menos una vez en mi vida, antes de cumplir con las obligaciones de mi

familia, al menos una vez quiero tomar una mala decisión, pero que sea deliciosa.

— Finge que soy una de las mujeres con las que duermes, de esas que encuentras casualmente en una noche y a las que llenas de placer. Hazlo conmigo. — imploro.

Él aún me mira, sin expresar sus pensamientos, solo su mirada entrecerrada de siempre.

Abre la boca, pero parece arrepentirse de lo que iba a decir. Luego dirige su mirada a mi cuerpo y lo examina con precisión. Veo el deseo en sus ojos una vez más cuando sacude la cabeza, como si recuperara la cordura.

Lysandros me mira una vez más, y su mirada me impacta por su intensidad. Nos miramos durante unos segundos que parecen horas, hasta que se gira y, con pasos tranquilos, se aleja sin decir una sola palabra.

Una vez más, lo veo darse la vuelta y marcharse sin decir una palabra.

Lysandros me deja con la sensación de rechazo palpitando en mi pecho y la vergüenza apoderándose de mí.

¿Cómo pude caer tan bajo? ¿Cómo me permití llegar a esto?

CAPÍTULO 9

Lysandros

Siento la sangre correr rápidamente por mis venas; los latidos de mi corazón, aunque desearía que no fueran tan intensos, golpean mi pecho como un puñetazo.

¿Qué acaba de suceder? ¿Estuve a punto de acostarme con Melina Zephyra en medio del jardín de la mansión?

Estuve a punto de tomar esa decisión. Melina estaba sedienta, entregada, con los labios hinchados por los besos que le di, completamente rendida y ansiosa por que continuara tocándola como una diosa sensual y desinhibida. Todo esto comenzó como un juego; quería jugar y sabía que en cuanto la besara, me abofetearía furiosa. No imaginaba que sería tan receptiva y que todo se desarrollaría de esta manera. ¡Maldición! Melina siempre me sorprende, siempre encuentra la manera de ir en contra de todas mis expectativas.

Estuve a punto de rendirme, a punto de mandar al demonio cualquier indicio de racionalidad y prudencia que habita en mí. ¿Qué está sucediendo? Melina nunca se habría puesto en esta posición; durante todos estos años siempre fue esquivada y afilada, y hoy lo único que vi fue una mujer desesperada por pasión.

Dentro de la fiesta, pasando entre los invitados sin darles tiempo para que se me acerquen. Cruzando el salón camino a la salida, siento una mano en mi hombro.

— Lysandros. Has venido. — Anton me saluda.

Me detengo de inmediato y lo miro; Anton parece contento con mi presencia; ¿qué diría si supiera que hace unos minutos estaba besando a su querida prima en la oscuridad del jardín?

— Pero ya me voy. — le digo.

— Vamos, quédate un poco más; saluda a la cumpleañera.

— No, necesito marcharme. Hasta luego, Anton.

Sin darle tiempo para responder, continúo hacia la salida del lugar. Mi mente está revuelta, y no quiero rodearme de personas y música en este momento. Cierro la puerta del coche y dejo que el silencio llene mis oídos.

¿Por qué esto me afecta tanto? Melina es irritante, testaruda y siempre parece empeñada en desafiarme. Y sin embargo, ahora, bajo esa máscara, se entregó a mí de una manera que nunca

podría haber imaginado.

Recapacita, Lysandros; ¿te estás volviendo un chiquillo ahora?

Melina es una cría errática que hace cosas inconvenientes desde el día en que la conocí. Esto no debería sorprenderme, pero, ¿por qué demonios no puedo sacar de mi cabeza sus ojos llenos de lujuria y sus labios suplicándome que la posea? ¡Maldita cría! Tiene el don de trastornar mi mente cada vez que la veo.



Entro en mi apartamento, un lujoso refugio que refleja mi estilo de vida extravagante. Las paredes revestidas de mármol, las amplias ventanas con vistas a la ciudad brillante y los muebles de diseño impecable. Es el tipo de lugar en el que cualquiera desearía estar.

Me quito la chaqueta y la dejo caer con desenfado en el sofá, me dirijo a la cocina y sirvo un vaso de whisky caro, un gesto casi automático, cuando escucho que mi teléfono suena.

Dejo que suene, no estoy de humor para hablar con nadie en absoluto. Permito que mi cuerpo se relaje en el sofá mientras desato el nudo de la corbata y dejo caer la máscara negra que llevé durante toda la noche sobre la mesa de centro.

Melina Zephyra. Es el nombre que ocupa mi mente mientras saboreo el whisky descendiendo por mi garganta.

A mis 34 años, no tengo muchas razones de queja. Después de todo, siempre fui un hombre que sabía lo que quería y cómo obtenerlo. La vida siempre me pareció más sencilla, quizás incluso injustamente favorable. Nací en cuna de oro, con una herencia sustancial que me permitió trazar mi propio camino.

Mientras muchos buscan estabilidad y seguridad en sus carreras, yo siempre fui impulsivo, impaciente. El aburrimiento nunca fue una amenaza, ya que siempre buscaba la próxima gran emoción. Así fue como un día decidí construir un club nocturno de lujo en el corazón de Manhattan. Algo grandioso, extravagante, donde el dinero no era un problema. La Velvet Lady, como la nombré, se convirtió rápidamente en un icono de la vida nocturna de la ciudad. Y ahora, todas mis fuerzas y energía están dirigidas hacia el próximo proyecto grandioso que ocupa mis pensamientos día y noche. Un club exclusivo, un refugio de entretenimiento y lujo que estoy construyendo en mi isla privada. Es un emprendimiento audaz, como todos los demás que he emprendido a lo largo de mi vida. Y es precisamente lo que me mantiene vivo.

En cuanto a las relaciones, nunca me vi atado a compromisos serios. El sexo siempre fue una forma de diversión, un deporte, algo que practico con facilidad. Las mujeres siempre estuvieron a mis pies, listas para satisfacer mis deseos más efímeros. Nunca fue difícil encontrar compañía, y la idea de estar con una sola persona me parece una carga innecesaria.

Sin embargo, una joven maldita que acaba de cumplir veintiún años ocupa mi mente solo porque decidió entregarse a mí. ¿Por qué me intriga tanto? ¿Y por qué estoy pensando tanto en esto? ¿Me estoy arrepintiendo? ¿Me estoy arrepintiendo de no haber aprovechado la oportunidad de tener a la mujer que hace hervir mi sangre de rabia cada vez que la veo?

El molesto sonido de mi teléfono interrumpe mis pensamientos y suena una vez más sin parar.

Es Konstantinos.

— ¿Qué puede haber ocurrido en las últimas tres horas desde que nos vimos en el club, Kostas? —pregunto mientras doy otro sorbo a mi vaso.

— Nuestros guardias de seguridad ya se encargaron de ello, pero pensé que querrías saberlo, ya que seguramente estará en las noticias mañana. Albert Simund inició una pelea en Velvet Lady con Philip Dogout y parece que fue fea.

— ¡Maldición! ¿Cómo sucedió eso?

— No lo sé, hermano, el jefe de seguridad dijo que la pelea comenzó porque Albert se jactaba de algo que había ganado de Philip, pero no me dio detalles.

— Gracias por avisar, Konstantinos, lo atenderé ahora.

Cierro el teléfono y siento una vena en mi frente palpar. Albert Simund parece estar causando problemas nuevamente, este chico mimado tiene suerte de que sus padres sean dueños del banco que frecuento, de lo contrario ya lo habría expulsado de Velvet Lady hace mucho tiempo.

Decido que este es un problema que resolveré mañana, cuando mis energías y mi juicio estén en mejores condiciones que esta noche.



Entro en la Velvet Lady, que por la tarde está tranquila y vacía. Recorro el lugar hasta llegar a la oficina del jefe de seguridad del club, Casmotto. Mi fiel empleado se levanta

rápidamente de su silla al verme entrar.

— Dime qué ha hecho ese maldito de Albert, dame el informe completo de lo que sucedió aquí cuando no estaba.

— Ya sabes cómo es ese maldito ricachón... habla tonterías y le encanta armar jaleo cuando toma unas copas de más. Pero esta vez se ha enfrentado a Philip, que no es conocido por dejar las cosas baratas.

— ¿Qué desencadenó la discusión?

— La prima de ese amigo tuyo que estuvo aquí, señor... la chica, ¿cómo se llamaba... Zafira... Ze...

— ¿Zephyra? Melina Zephyra?

— ¡Eso, eso mismo! Al parecer, el maldito Albert se casará con ella y lo estaba pregonando a los cuatro vientos para quien quisiera escuchar. Pero Philip, aparentemente, era uno de los pretendientes que fue rechazado por la madre de la chica, y Albert menospreció la situación, lo que lo enfureció.

Siento que mi mandíbula se tensa ante la información, y mi pulso se acelera. Estoy furioso por la situación, pero no entiendo exactamente por qué mi ira es tan intensa. Cosas así suelen ocurrir en Velvet Lady, no con mucha frecuencia, pero aún ocurren, y ninguna de las veces me sentí tan enfurecido como ahora.

¿Albert se casará con Melina? Esto es completamente improbable, y ese maldito debe estar alardeando de algo sin fundamento.

— ¡Albert Simund es un imbécil! — mi voz suena más ronca de lo que pretendía.

Casmotto me entrega un informe con los detalles del incidente. Leo los informes de los guardias y las imágenes de las cámaras de seguridad, y me enfurezco aún más al ver a Albert actuando de manera tan insensata. Estaba claramente borracho y se comportaba de manera irrespetuosa, no solo hacia Philip, sino también hacia Melina.

Mauricinho despreciable.

Es la peor calaña de nuestra sociedad, personas que, debido a su riqueza, creen que pueden hacer lo que quieran. Mi sangre hierve por esta gente.

— Casmotto, asegúrate de que Albert Simund quede prohibido de ingresar a Velvet Lady de nuevo.

Casmotto asiente, y veo una pizca de preocupación en sus ojos, pero sabe que no es

prudente cuestionar mis órdenes cuando estoy así. Albert Simund será prohibido de ingresar a Velvet Lady, sin importar el costo.

Salgo de la oficina de Casmotto con el informe en la mano y una sensación de amargura en el pecho. En el pasillo, respiro profundamente e intento calmar mi ira. Sé que la decisión de exiliar a Albert es imprudente, especialmente considerando los lazos sociales que tenemos con la familia Simund. Pero en este momento, mi mente está nublada por la ira y no puedo pensar con claridad.

Caminando furioso por el salón vacío del club, las luces tenues y la música suave contrastan con la tormenta que se desata dentro de mí. Mi hermano Konstantinos está apoyado en la barra, observando el movimiento de los empleados que preparan el lugar para la noche.

Se da cuenta de mi llegada y frunce el ceño al ver mi estado de ánimo. Konstantinos siempre ha sido el más ponderado de los dos, y sé que cuestionará mi decisión.

— Lysandros, ¿qué está pasando? ¿Por qué esa cara más adusta de lo habitual?

— Albert Simund es un imbécil. Estaba borracho, insultó a Philip y se burló de Melina Zephyra.

Konstantinos frunce aún más el ceño, preocupado por las posibles repercusiones de esta situación. Me conoce demasiado bien para saber lo que mi rostro delata.

— ¿Qué has hecho? — pregunta, desconfiado.

— Albert Simund está desterrado de Velvet Lady. — digo de un solo golpe mientras hago un gesto al barman para que me sirva una copa.

Konstantinos no dice nada, parece estar evaluando mis expresiones.

— ¿Por qué hiciste eso?

Le resto importancia con un encogimiento de hombros.

— Albert es un maldito, nunca me ha caído bien y lo sabes.

— Es solo un chico, Lysandros, y nunca te importó. Seamos honestos, ha hecho cosas mucho peores aquí antes, y tú nunca has tomado esta decisión, ¿por qué ahora?

— No lo sé. — respondo de manera brusca. — Simplemente estoy harto del maldito.

— ¿Tiene que ver con Mel?

— ¿Qué? No digas tonterías, Konstantinos.

Konstantinos parece no querer dejar el tema, pero decido no profundizar en la cuestión.

— El chico está fuera y punto.

Suspira, claramente insatisfecho con mi respuesta, pero no insiste más. Sabe que, cuando estoy así, es mejor no presionar. Bebo otro sorbo de mi bebida.

— ¿Qué sabes de esta historia del matrimonio de Albert? — pregunto mientras lo miro de reojo.

Suelta un suspiro, incrédulo.

— Creo que eres el único que no se entera de las cosas que ocurren, Lysandros. Nikoleta prácticamente ha estado subastando a su hija mayor al mejor postor durante meses. Dejó claro desde el principio que Albert, el joven Albert, sería el elegido. La cuestión es que ahora parece que finalmente Melina ha aceptado participar en toda esta situación.

— ¿Qué diablos estás diciendo? ¿De dónde has sacado esta historia? —pregunto, sintiendo una incómoda sensación apoderándose de mí.

— Es lo que se comenta por ahí. Los Zephyra están arruinados, Lysandros. La viuda no supo administrar los bienes y los dejó en manos de un grupo de aprovechados que saquearon su fortuna. Ahora, Nikoleta quiere casar bien a su hija, al menos para recuperarse.

— ¡Pero qué locura! —vocifero. — Nadie podría obligar a esa chica caprichosa a hacer algo que no quiera, y me niego a creer que quiera casarse con ese pedazo de basura llamado Albert.

— Melina puede ser testaruda, pero es una buena chica, y lo sabrías si no chocaras tanto con ella. Seguro hará lo que sea necesario para salvar a la familia y quitar la carga de encima de su hermana.

Maldición, nada de esto tiene sentido.

— ¿De qué estás hablando? —dice Konstantinos después de unos segundos. — Fuiste a la fiesta, ¿verdad?

— ¿Qué? Fui a su fiesta de cumpleaños, Anton insistió en que fuera.

— Exacto. Esa fiesta no era más que una subasta de Melina. La madre la organizó e invitó a todos los partidos de la alta sociedad, aunque ya había elegido a Albert.

— ¡No digas tonterías! ¿De dónde sacas estas ideas? Seguro algún chismoso mentiroso te contó estas locuras.

Konstantinos me mira con una sonrisa sarcástica y sacude la cabeza lentamente.

— Algún día, ¿has intentado en toda tu vida ser más agradable y hablar con la gente,

hermano?

Revuelvo los ojos y giro mi vaso vacío de whisky con la intención de llamar al camarero para que me sirva otro. Sin embargo, Konstantinos parece no importarse por mi irritación.

— Lamentablemente, es la pura verdad, Lysandros. No se habla de otra cosa en la Velvet Lady. Melina siempre ha sido muy codiciada; es hermosa, educada y su figura... ni se diga. Cuando se enteraron de lo que su madre quería hacer, se formó una fila para intentar quedarse con la chica. —dice con tristeza.

Siento que la bebida empieza a hacer efecto en mi organismo, y las palabras de Konstantinos hacen que mi sangre corra como ácido por mis venas. ¡Malditos! ¡Malditos oportunistas miserables! Buitres en busca de la desgracia ajena.

— De todos modos, me duele por Mel. Siempre me ha gustado, no merece lo que su madre está haciendo.

Suspiro profundamente, sintiendo la tensión acumulándose en mis hombros. Tiene razón, por supuesto. No la soporto, aunque no me guste la idea de que alguien sea forzado a casarse en contra de su voluntad, sea quien sea.

— Bueno, estoy cansado. Pasé solo a recoger algunos documentos, porque mañana me reuniré con algunos inversores. —dice Konstantinos y luego toca mi hombro para despedirse.

Me quedo solo, perdido en mis pensamientos, con el sabor amargo del whisky irlandés aún en mis labios. La verdad es que no entiendo por qué la situación con Melina me irrita tanto. Tal vez sea simplemente la idea de que alguien sea privado de su libertad, o tal vez sea el efecto del whisky. De cualquier manera, no puedo negar que la noticia de la fiesta y la subasta de Melina es una pésima manera de comenzar mi día.

Me encuentro imaginando cómo debe ser para Melina, ser tratada como una mercancía subastada al mejor postor. Debe ser una abrumadora sensación de impotencia, especialmente para alguien con la personalidad que tiene. Tal vez, en algún rincón oscuro de mi corazón, siento más empatía por ella de lo que estaría dispuesto a admitir.

Pido otro vaso de whisky al camarero, que sirve la bebida sin hacer demasiadas preguntas. El calor del líquido que desciende por mi garganta es reconfortante, pero no es suficiente para disipar la inquietud que me acompaña.

Sacudo bruscamente la cabeza para despejar los pensamientos que intentan dominarme.

¡Ella no es tu problema, Lysandros!

CAPÍTULO 10

Melina

El sepulcral silencio que llena la mesa del desayuno no pasa desapercibido para Calíope, quien nos mira con recelo.

— ¿Están compitiendo a ver quién puede mantener la cara más seria por más tiempo? — bromea, sonriendo, pero su sonrisa desaparece al notar que no somos el público ideal para sus chistes.

— ¿Debería saber algo? ¿Ha muerto alguien de nuestra familia y no me he enterado? — insiste.

— Está bien, Cali, solo estamos agotadas por la fiesta de ayer. —respondo, tomando un sorbo del recién servido zumo.

Calíope es lo bastante astuta como para darse cuenta de que estoy mintiendo. Sus ojos escrutan la habitación, como si estuviera buscando alguna pista que confirme mis palabras. Sacude la cabeza con una mirada suspicaz, pero al mismo tiempo parece entender que no tengo intenciones de contar la verdad en ese momento. Después de todo, llega tarde a la escuela y no tiene tiempo para explicaciones detalladas.

— Está bien, las dejaré con sus secretos por ahora. Pero no crean que dejaré esto pasar, ¿vale? —se levanta rápidamente de la mesa, toma su mochila y nos lanza una mirada juguetona.

Calíope se va, y el silencio regresa. Mi madre corta pequeños trozos de papaya, como si nada anormal estuviera ocurriendo a nuestro alrededor. Siento que mi pecho podría ahogarse en lágrimas no derramadas ante todo lo que está sucediendo, pero mi madre permanece imperturbable, como si fuera solo otra mañana de jueves.

— No tenemos mucho tiempo, Melina. —dice seriamente.

— ¿De qué estás hablando, mamá?

Mi madre sostiene la taza de café en sus manos y toma un sorbo con calma antes de continuar:

— Debes decidir pronto; nos estamos quedando sin tiempo.

— No creo que estemos tan mal como para que me apresures de esta manera.

Ella sonríe a Mérida, nuestra ama de llaves, que acaba de entrar en la habitación para servirnos otra porción de fruta. Una vez que se va, mi madre sigue hablando.

— Habla más bajo, los empleados no necesitan saber sobre nuestra situación. —advierte suavemente. — Estamos en aprietos, Mel. No s  c unto tiempo podrá mantener nuestro nivel de vida.

Finalmente, mi madre me mira, sus ojos muestran ansiedad y miedo, una combinación que me eriza la piel.

— No quisiera pedirte esto, hice todo lo posible para mantenerte ajena a la situación. Calíope, tu hermana, es demasiado joven para casarse o llevar esa responsabilidad sobre sus hombros, al igual que t . Sin embargo, si te niegas, tendr  que contarle toda la verdad a ella.

— No. Deja a Calíope fuera de esto.

— He encontrado a los hombres más adecuados y financieramente atractivos y los he presentado como opciones para ti ayer. Elige uno. No me gusta esto tanto como a ti, pero no tenemos otra opción.

—  Y quién dijo que un matrimonio resolver  todo?  l se casar  conmigo, no con nuestra familia.

— Sabes muy bien cómo son los griegos. Si es un hombre honorable, nunca dejar  a la familia de su esposa desamparada.

—  Qu  les prometiste a estos hombres?  Por qué parecen tan interesados en mí?

Ella mira a su alrededor, asegurándose de que ningún empleado nos est  espiando antes de revelar los secretos que ha guardado tan bien.

— Les prometí una unión ventajosa, por supuesto. Les dije que eres una joven excepcional, de noble linaje y belleza inusual. Afirmó que eres la clave para la estabilidad financiera de sus familias, y eso parece ser suficiente para hacer que pasen por alto tu desagradable actitud.

—  Saben acerca de nuestra situación financiera? —pregunto.

— Algunos saben más que otros, pero todos tienen sus propias razones para aceptar esta propuesta. Algunos desean fortalecer sus conexiones sociales y políticas debido a nuestro linaje, otros, los nuevos ricos, ven esto como una oportunidad para ascender en la jerarquía social. Y seamos sinceras, Melina, eres una de las criaturas más bellas de la región, la mayoría te quiere solo por ser quien eres.

Recuerdo a los hombres que mi madre eligió, ahora los veo desde una perspectiva diferente. No son solo pretendientes en busca de una esposa; son hombres dispuestos a comprometerse con una situación compleja e incierta, solo para lograr sus objetivos personales. Un sentimiento de repulsión me invade.

— ¿Y qué quieres que haga, decida y me case con uno de ellos en los próximos días? — murmuro, sintiéndome atrapada y resignada.

— Albert Simund está más interesado en ti que ningún otro.

Aquí está. La revelación que he estado esperando desde que mi madre comenzó sus intentos de casarme. La revelación de su favorito entre tantos otros. Albert Simund.

— ¿Por qué él, mamá? ¿Por qué lo escogiste entre tantos otros? ¿Los demás eran demasiado astutos para ser manipulados por ti?

— No digas tonterías, Melina. Puede que sea un poco impulsivo, pero la familia tiene casi tanto dinero como Dios. Además, provienen de origen humilde, y sus padres harán lo que sea para ingresar en la alta sociedad, y ha demostrado un fuerte interés en ti. Si aceptas, puedo ocuparme de todo.

“Puedo ocuparme de todo.”

Qué frase tan deprimente.

Respiro profundamente y trago saliva, sintiendo un peso en el pecho y una sensación de angustia.

— Está bien, mamá. Me casaré con Albert Simund. —digo, levantándome bruscamente.

Miro a mi madre, quien parece aliviada por mi decisión, y trato de ocultar la tristeza que me consume. Ella no comprende la magnitud de esta elección para mí, la renuncia a mi propio corazón. Dejo el comedor y corro a mi habitación.

Las palabras salen de mi boca como un decreto de mi infelicidad. Albert está lejos de ser un hombre por el que me enamoraría. No hay nada en él que me encante, nada que haga que mi corazón lata más rápido. Sin embargo, aquí estoy, sacrificando mi propio destino en nombre de nuestra familia y la estabilidad que mi madre tanto anhela.

Mientras mis pensamientos se sumen en la melancolía, mi mente vuelve a una memoria de la noche anterior, recuerdo los besos, los toques, el escalofrío... recuerdo a Lysandros. El hombre cuyos ojos grises y penetrantes me hicieron temblar como nunca imaginé. Lysandros, a quien dediqué horas de odio, ahora ocupa un lugar diferente en mí. El beso robado, el delicioso sabor, el toque salvaje. Lysandros es mucho mejor de lo que podría haber imaginado. Y mientras

el destino me empuja hacia Albert Simund, me pregunto si algún día volveré a sentir algo parecido a lo que experimenté con Lysandros. Lo único que tengo seguro es que, a partir de ahora, mi vida será una fachada de felicidad mientras mi alma se ahoga en la oscuridad de la resignación.



— ¿Por qué pones esa cara, Mel? — dice Calíope mientras se acerca y se arroja bajo mis mantas, acomodándose en mi hombro.

— Nada, Cali, estoy simplemente cansada, exhausta hasta los huesos, como si el peso del mundo recayera sobre mí.

— Tendrás que inventar otra excusa, la misma de la mañana no servirá.

Sonrío, una mezcla de resignación y melancolía, y muevo la cabeza ligeramente.

— Pero es la verdad.

Calíope me mira, sus ojos perspicaces escudriñando mi expresión como si pudiera leer los secretos que oculto tras palabras evasivas, se acomoda en la cama y antes de preguntarme levanta una de sus cejas, desconfiada.

— Dime de una vez qué te pasa, Mel. No me gusta que me ocultes cosas.

A pesar de tener solo 17 años, Calíope es una joven llena de energía y deseos. Odia quedarse al margen, sea cual sea la situación, incluso las cosas que le resultan aburridas. Siempre le he contado todo, cada pedazo de mi vida. Pero ahora no puedo, no tengo derecho a decirle la verdad y perturbar su cabeza.

— Ya te he dicho que no es nada. Es simplemente insoportable toda la situación social de la fiesta, las formalidades, las conversaciones...

Calíope me observa con ojos perspicaces, como si pudiera ver a través de mis palabras evasivas. Es mi hermana menor, pero posee una sabiduría e intuición que superan sus 17 años.

— Siempre has sido mala ocultando cosas de mí, Mel. Puedes confiar en mí, ¿sabes? Sé que no te gustan las cenas con pretendientes de mamá, pero últimamente pareces diferente, y ella también está apresurada por casarte. Dile que no quieres y ya está.

Trago saliva, sintiendo un nudo en el pecho. ¿Cómo puedo contarle la verdad, la presión que mamá ha puesto sobre mí para salvar a nuestra familia de la ruina financiera? No puedo permitir que Calíope se sienta abrumada por esa responsabilidad.

— Cali, eres la luz de mi vida, mi mejor amiga, pero debes confiar en mí y respetar mi espacio.

Frunce el ceño, pareciendo insatisfecha con mi respuesta, pero finalmente asiente.

— Está bien, Mel. Si eso es lo que quieres. Pero prométeme que me contarás todo cuando estés lista.

Me prometo a mí misma que, cuando llegue el momento adecuado, compartiré todos los detalles con Calíope. Por ahora, debo mantener a nuestra familia unida, incluso si eso significa tomar decisiones difíciles y dolorosas.

— Te lo prometo, Cali. Ahora, intentemos dormir, ¿de acuerdo?

— ¿Como cuando éramos niñas?

Sonrío asintiendo con la cabeza, sumergiéndonos en recuerdos de tiempos más sencillos, cuando las preocupaciones eran mínimas y nuestros corazones estaban libres de cargas tan abrumadoras.

Ella sonrío, aceptando, y nos acostamos juntas en la oscuridad de la habitación. Sé que no lograré dormir pronto; mi cabeza da vueltas intentando encontrar cualquier otra solución que pueda sacarme de esto.



El día comienza con un cielo nublado ante mis ojos, pero debo decir que me agrada el susurro de la lluvia al tocar el suelo, una certeza reconfortante de que sus gotas se entregan exclusivamente a la tierra, esparciéndose y creando charcos y pequeñas ondulaciones; de alguna manera, resultan reconfortantes. Podría pasar horas mirándolos, escuchándolos.

Calíope duerme profundamente en mi cama, pero mi sueño ha decidido no visitarme esta noche. He pasado la noche en vela, con miles de pensamientos que empiezan a asfixiarme.

Toda mi vida acaba de venirse abajo, y aunque intento encontrar una solución, todo parece inútil. ¿Será que esto forma parte de un plan ideado por mamá? ¿Y si lo que realmente desea es convencerme de dar un rápido paso hacia el altar con el pretendiente de su elección? No obstante, mi intuición siempre me advertía que algo no estaba bien. Cada vez que le pedía ver las

finanzas de las empresas, ella se negaba rotundamente.

Pensándolo ahora, quizás nuestra situación financiera haya influido en esta actitud drástica de ella. Mi madre no es una mujer mala, aunque nuestra relación no sea la mejor; sé que me quiere y busca lo mejor para mí. Pero su mejor versión está lejos de ser mi mejor elección. También sé que, a pesar de todo, no es una mujer mentirosa ni maquinadora; todo lo contrario. El hecho es que tendré que casarme con un completo desconocido si quiero salvar a Calíope de esto y a mi familia. El dinero nunca ha sido tan importante para mí, pero nunca he sufrido por su falta; tal vez esa sea la razón por la que nunca le haya dado mucha importancia. Sin embargo, sé que sería un fuerte golpe para mi madre caer en la ruina delante de todos, es una mujer orgullosa y estoy segura de que eso la destruiría.

Ante este destino inevitable que me aguarda, una idea empieza a formarse en mi mente. Si estoy destinada a casarme por razones familiares, entonces al menos decidiré cómo afrontar la situación. No me casaré siendo virgen, eso está fuera de discusión. No permitiré que esta tradición anticuada determine mi destino íntimo. Decido que antes de dar ese paso hacia un matrimonio arreglado, viviré una noche de locura, una noche en la que seré dueña de mis elecciones y deseos. No me privaré de experimentar la pasión y el placer antes de entrar en un matrimonio sin amor.

Es hora de tomar las riendas de mi propia vida y explorar mis deseos, aunque sea solo por una noche. Merezco esa libertad, esa oportunidad de ser verdaderamente yo misma antes de convertirme en la esposa de cualquier adinerado. Recuerdo los besos y la pasión que Lysandros encendió en mí. Aunque haya sido un desastre y me haya sentido rechazada por él, experimenté algo que nunca antes había sentido, un placer y una pasión que ardían en mí. Quiero sentir eso de nuevo, antes de aceptar una vida que no he elegido.

El desafío ahora es encontrar la valentía y la oportunidad para emprender esta audaz búsqueda del placer, pero estoy decidida a no rendirme al destino sin luchar por un atisbo de felicidad propia. Cojo mi teléfono móvil y marco el número de mi amiga más animada, Lauren. Ella es la persona adecuada para ayudarme a encontrar un lugar divertido para mi noche de locura, ya que no conozco ninguno y me aterra buscar en internet y acabar en un lugar peligroso.

Lauren responde al teléfono con voz somnolienta y molesta.

— ¿Sabes qué hora es? — dice.

— ¡Ya es hora de que estés despierta! Necesito tu ayuda.

— ¿Qué puede ser tan importante a las 8 de la mañana, Melina?

— Lauren, quiero una noche de diversión y libertad. — voy directo al grano, sabiendo

que eso la animará de inmediato.

— ¡Dios mío, no puedo creer que esto finalmente esté sucediendo! — La voz de Lauren parece mucho más animada a través del teléfono.

— ¿Conoces algún lugar con gente mínimamente decente donde pueda divertirme sin miedo ni restricciones?

— Eres mi heroína, Melina. Tengo el lugar perfecto para ti. Es una discoteca llamada Velvet Lady.

— No. — la interrumpo rápidamente. — Ese lugar es de Lysandros Nikopoulos, y no quiero volver a verlo nunca más.

— Entiendo tu desacuerdo con él, no necesitas recordármelo, pero Lysandros no está siempre por allí. Y cuando lo está, se encierra en su oficina resolviendo los problemas que aquel lugar debe de darle. Sin embargo, es una discoteca exclusiva, los guardias vigilan todo como águilas bajo las órdenes de Lysandros, que tiene una obsesión por el orden; es el lugar más seguro y exclusivo para disfrutar la noche. Además, sirven un cóctel de uvas y albaricoque que es una explosión de sabores.

— ¿Estás segura de que tengo pocas posibilidades de encontrarlo allí?

— Todas las veces que he ido, y han sido muchas, nunca lo he visto.

— Está bien... — digo, todavía un poco indecisa.

— ¿Cuándo planeas ir? Iré contigo y celebraremos adecuadamente tu cumpleaños. Solo que no puedo este sábado, como sabes, tengo esa cirugía que he estado esperando desde hace meses.

— Ya veremos en qué día puedes.

— ¡Perfecto, estoy emocionada!

Cuelgo el teléfono con la certeza de que no iré con Lauren, sino sola. No es que no quiera su compañía, porque la deseo, pero esta vez quiero sentirme poderosa y valiente, quiero conquistar por mi cuenta lo que sea que surja esta noche. Estoy decidida a disfrutar de mi cumpleaños y de mi última noche de libertad antes de que todo empiece a desmoronarse a mi alrededor.

Solo espero no encontrarme con Lysandros; mis mejillas se sonrojan con la imagen que se proyecta en mi mente. Suplicándole sus besos, rogándole que me hiciera suya. A él, que declaradamente me odia. ¿Cómo pude hacerlo? ¿Cómo pude humillarme de esa manera ante él? Puedo culpar a la desesperación de mi destino o quizás a las pocas copas de champán que tomé.

Claro, eso ayudó, sin duda alguna. ¡Solo podía estar borracha! Si no tengo tolerancia al alcohol, ¿cómo la tendría? Las únicas bebidas alcohólicas que tomo son pequeñas copas de champán en ocasiones especiales en las fiestas de mi madre. Tomar tres superó ampliamente mi límite. Pero eso no volverá a suceder, ni él ni nadie me rechazará. Haré lo que planeo, tomaré mis decisiones al menos una vez, viviré intensamente, aprovecharé cada oportunidad que surja, porque seré dueña de mí misma y de cada paso que dé, al menos esta vez.

CAPÍTULO 11

Lysandros

Observo desde lo alto de la discoteca, en el balcón de mi sala, donde tengo una vista privilegiada de todo el entorno. La noche parece tranquila, a pesar de ser un sábado por la noche. Los habituales del lugar están en sus mesas, y los guardias que me traen informes cada treinta minutos están subiendo para entregarme el último. Sin embargo, mi atención se desvía momentáneamente cuando diviso a la mujer a la que reconocería en cualquier lugar: Melina Zephyra está en la barra del bar. Ella se sirve una copa, y por lo que veo, no es su primera bebida de la noche. Bajo las escaleras rápidamente, tropezando con Casmotto, que me mira ligeramente alarmado.

— ¿Ha ocurrido algo, señor? Estoy trayendo el informe.

— Déjalo en mi mesa, luego lo revisaré.

Parece sorprendido, porque sabe cuánto me preocupo por el control y nunca dejo de revisar los informes rigurosamente, pero no tengo tiempo para explicaciones. Estoy en medio de la pista, avanzando rápidamente hacia donde esa maldita muchacha está emborrachándose, y al girar, su mirada intensa y provocadora me encuentra a lo lejos. Melina sonríe antes de tragar de un solo golpe todo el contenido de su pequeño vaso. ¡Maldición! ¿Qué demonios está haciendo esta chica aquí?

Me acerco a ella con pasos medidos, manteniendo mi rostro impassible. La música vibrante que nos rodea parece crear una barrera sonora que nos aísla en nuestro propio pequeño mundo.

— Melina — pronuncio su nombre con calma y autoridad. — Sabes que no deberías estar bebiendo aquí.

Ella levanta una ceja, sus labios curvándose en una sonrisa insolente.

— ¿Decidiste hablarme ahora? Pensé que todavía me estabas dando la espalda. ¿Qué tal un saludo primero? — dice con desdén.

Nuestras miradas se encuentran y libran una batalla silenciosa de voluntades. Hay algo salvaje e indomable en Melina que me perturba profundamente. Es como si desafiara constantemente al mundo, incluyéndome a mí.

— Eres menor de edad, Melina — le respondo con firmeza, aunque no puedo evitar que mi mirada vagabundee por el contorno de sus sensuales labios. — Sé que la maldita fiesta que organizó tu madre era solo una fachada, aún no has alcanzado la mayoría de edad. No puedes quedarte aquí, ¿quién te permitió entrar?

Ella inclina la cabeza hacia un lado, exponiendo su suave y delicado cuello.

— Dindon, Lysandros, ¿no te enteraste? Hoy es mi cumpleaños. Finalmente tengo veintiún años.

— Eso no significa nada para mí, sigues siendo solo una mocosa, e imagino que tu madre no tiene idea de que estás aquí, y no quiero problemas con esa mujer, mucho menos con Anton.

— Pero está bien besarme en la oscuridad, en secreto, ¿verdad?

Melina es más aguda que los tragos de whisky que suelo tomar. Cada vez que he tenido el desagrado de estar en su compañía, se ha destacado por sus respuestas afiladas, insinuaciones e incluso provocaciones sensuales, solo para hacerme sentir incómodo. La última vez, pareció más acorralada y dócil, pero debí saber que eso no duraría mucho.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — digo, ligeramente irritado.

— Oh, ¿qué más podría ser? Vine a divertirme, ¿no es para eso que sirve este lugar?

La miro, mis ojos se posan en sus labios, Melina los muerde ligeramente y sus ojos me miran seductores. Logra hacer que mi sangre hierva, tan rápido que llega a ser molesto.

Lo que comenzó como una enemistad después de conocerla en medio del caos en el que perdí un gran negocio, y por su culpa tuve que reorganizar todos mis planes, se convirtió en furia con los años y la convivencia forzada. Nuestras familias son amigas desde hace años, y a pesar de que trato de evitarla por una razón u otra, siempre acabamos encontrándonos. Pero la furia no impide que malditamente mi cuerpo la desee; mi mente no piensa con claridad, solo ve su belleza maldita, su desafío, su cuerpo delicioso y la urgencia de someterla por completo.

Ella es joven, hermosa y tiene una presencia que inevitablemente atrae la atención de cualquier hombre. A pesar de su apariencia dulce y angelical, irradia audacia y desafío, y lo que más destaca es su mirada intensa y desafiante. Sus ojos color esmeralda contrastan con sus cejas gruesas, dándole un magnetismo innegable; es imposible no sentirse hipnotizado por ellos. Ella sabe cuán hermosa es y lo deja en claro por la forma en que camina, mira y se enfrenta a cualquiera que se atreve a hablarle. Desprende una energía sensual como una diosa salvaje, pero es su personalidad, su franqueza al decir lo que piensa y su comportamiento caprichoso lo que me irrita.

— En realidad, retiro mi pregunta. No me importa en absoluto lo que creas que has venido a hacer aquí, solo sé que vas a salir ahora mismo. — le digo mientras agarro su brazo.

— ¿No puedes echarme?

— Dime, ¿cómo no podría? Esta discoteca es mía.

— Aun así, si pretendes sacarme, tendrás que hacerlo por la fuerza y traer a los seguratas.
— dice mientras bebe todo el contenido de su copa y toma su pequeño bolso del borde de la barra.

Melina gira bruscamente, sus tacones resonando en el suelo de mármol mientras se aleja del bar. Se mueve con confianza, como si se dirigiera directamente hacia la tormenta que planea crear.

Melina Zephyra huele a problemas. Siempre que la veo, estoy seguro de que una catástrofe la sigue, y sinceramente, no tengo tiempo para eso.

La observo alejarse, la sensación de aversión mezclada con atracción aún pulsando en mí. No es alguien a quien pueda ignorar, no cuando desafía mi autoridad e invade mi espacio como si fuera la dueña del lugar.

Me apoyo en la barra y la observo.

No es mi problema.

Melina está en el centro de la pista de baile, moviéndose con gracia desafiante, sus caderas balanceándose al ritmo de la música. Su cabello oscuro cae en ondas sensuales sobre sus hombros, y me lanza una mirada fugaz, con una sonrisa provocadora en sus labios.

No es mi problema.

Melina es la única en medio de la pista; la Velvet Lady no es conocida por ser un lugar para bailar como las discotecas normales. Pero eso no la intimida, Melina sigue bailando, atrayendo miradas y admiradores. Su movimiento es hipnotizante, pero la tensión que siento solo aumenta.

No es mi problema.

Mientras la observo, veo que Mathias y William Truman se acercan a la pista en dirección a Melina. Me alejo de la barra, ignorando la música pulsante a mi alrededor, y me dirijo hacia ella. A medida que me acerco, veo que parece no estar prestando mucha atención a los malditos a su alrededor. Sin embargo, eso no alivia mi preocupación. No permitiré que le suceda nada bajo mi mirada. Los ignoro para no acabar por agredir a los dos y agarro el brazo de Melina con firmeza.

— Melina, vámonos de aquí. Ahora.

Ella me mira con los ojos entrecerrados, molesta por la interrupción.

— Déjame divertirme un poco. — Su voz suena arrastrada.

— ¡Maldición, Melina, ¿estás borracha?! — gruño.

— Deja de estropear la diversión de la señorita, Lysandros. — dice Mathias.

Me giro bruscamente, mis ojos deben mostrar la rabia que siento correr por mis venas antes de gruñir entre dientes:

— Lárguense los dos de aquí o los echaré yo mismo, pero saldrán sin algunos de sus malditos dientes.

Ambos levantan las manos en señal de rendición y se alejan con una sonrisa amarilla.

— Vámonos de aquí ahora, Melina. — ordeno.

Ella parece sorprendida por mi determinación, pero algo en sus ojos indica que no va a resistirse. Cruzamos el inmenso salón de la Velvet Lady, ignorando las miradas curiosas y los murmullos que nos siguen. Fuera, el aire nocturno es un alivio, y me vuelvo para encararla.

— ¿Qué demonios crees que estás haciendo? — pregunto, furioso.

Ella frunce el ceño, pero también parece un poco desafiante.

— ¿Por qué te importa, Lysandros? Siempre dejaste claro que me detestas.

— No se trata de que me gustes o no. Se trata de tu seguridad. Eres una mocosa, imprudente, pero no permitiré que te pase algo aquí, en mis dominios.

— Entonces me iré a otro lugar.

— ¡Maldición, Melina! ¿Estás loca? — gruño, irritado.

— ¡Déjame! — grita. — Este es mi último día de libertad.

Melina parece molesta, y la bebida que ha tomado comienza a afectar su equilibrio.

— ¿De qué diablos estás hablando?

— No es asunto tuyo. — continúa con su insolencia, y eso comienza a irritarme.

Respiro profundamente para controlar la rabia que empieza a apoderarse de mi cuerpo por la actitud insolente de Melina. Paso la mano por mi cabello mientras pienso en lo que haré con esta mocosa. ¿Por qué demonios eligió venir a mi discoteca? ¡Maldición!

— Vamos, te llevaré a casa. — Digo, agarrando de nuevo su brazo, pero esta vez siento

que se suelta bruscamente y empuja su cuerpo hacia atrás.

Melina resiste, empujándome con más fuerza de la que esperaba de alguien con su estructura frágil.

— No. No iré a ninguna parte. — Su voz está quebrada, y su rabia se mezcla con la tristeza en sus ojos, que parecen más oscuros.

— Estás bajo mi responsabilidad, y no permitiré que te pase algo malo.

Ella sonríe amargamente, los labios entreabiertos por la provocación.

— ¿Quién dijo que necesitas preocuparte por mí? No te pedí ayuda. De hecho, no quiero nada de ti.

Tiene razón. No quiero preocuparme por ella. No quiero importarme. Pero, por alguna razón que no puedo entender, estoy aquí teniendo esta discusión cuando debería estar cuidando de mis propios asuntos.

— No estoy haciendo esto porque lo desee. Si quieres emborracharte hasta caer, hazlo bajo la supervisión de tu madre, no aquí en mis dominios.

— Ya no soy una niña.

— Puede ser cierto, pero tus actitudes parecen las de una consentida y caprichosa.

— Tú... tú...

Siento la cercanía de Melina y recuerdo claramente aquella vez en que estuvo tan cerca y enfadada, golpeándome en el medio de las piernas; esa maldita me dejó adolorido durante semanas.

— No te atrevas. — afirmo con firmeza.

Mi mirada la hace retroceder. Ella sacude la cabeza, sus ojos volviéndose más oscuros.

— Tú no comprendes. Nadie comprende. Este es mi último día de libertad antes de que todo cambie. Y no lo desperdiciaré siendo controlada ni por ti ni por nadie más.

— ¿Qué ha sucedido? — pregunto con desprecio. ¿Vas a deshacerte de tus muñecas ahora que cumples veintiún años?

Sus rasgos se enfurecen nuevamente y parece a punto de atacarme, levantando las manos en mi dirección, pero las detengo antes de que me alcancen. Para mi sorpresa, Melina reacciona por un instante y luego su cuerpo parece perder fuerzas, una niebla de temor se refleja en sus ojos ahora llorosos.

— Me han vendido, Lysandros... me casaré con un hombre que apenas conozco. — dice, permitiendo que las lágrimas rueden por su rostro.

Las palabras me golpean como un puñetazo. Melina está en mis brazos, veo las lágrimas deslizándose lentamente por su rostro, y aunque sé que la bebida tiene la culpa de su evidente descontrol emocional, sé que está sufriendo, lo percibo solo por el tono de su voz que denota una profunda tristeza.

Toda la rabia parece disiparse de mi cuerpo, Melina me mira, y lo único que puedo hacer es entrelazar mis manos en su cabello y sentir cómo apoya su rostro en mi pecho que respira de manera controlada.

¿Qué está ocurriendo? En un breve instante, siento el deseo de compartir su dolor, de decirle algo que la reconforte.

CAPÍTULO 12

Melina

Siento cómo mi cabeza latea, y los rayos de sol que entran por la ventana hacen que mis ojos ardan. Intento recordar qué sucedió la noche anterior, pero todo parece una confusa maraña. Las bebidas, la música alta, la discusión con Lysandros. Lo último que recuerdo es estar en sus brazos, con lágrimas en los ojos, contándole sobre mi matrimonio forzado.

Dios mío, Melina, te vuelves una tonta cuando estás borracha.

Un escalofrío recorre mi espalda cuando me doy cuenta de que estoy en un lugar desconocido. Las paredes, los muebles, todo es extraño para mí. Observo a mi alrededor y me doy cuenta de que estoy en una habitación, y siento una incómoda sensación de vulnerabilidad.

Con cuidado, me siento en la cama y examino mi entorno. ¿Dónde estoy? Dios mío, este es un apartamento masculino, ¿podría ser de Lysandros? Esto no tiene sentido. ¿Por qué me habría traído aquí? Y ¿por qué estoy en su cama?

Los sentimientos empiezan a agitarse en mi interior, una confusa mezcla de miedo, enojo y ansiedad. Lysandros es conocido por tener una larga lista de mujeres, y después de lo que le pedí la noche de mi fiesta... ¿habrá pasado algo más? Siento que mis mejillas arden y el calor de la vergüenza me abruma. Dios mío, ¿qué he hecho?

Decido levantarme y buscar al propietario de este apartamento. Aún llevo la ropa de la noche anterior, lo cual me brinda un alivio momentáneo. Si algo más hubiera sucedido, estaría vestida de otra manera, o mejor dicho, no estaría vestida.

Al explorar el apartamento, encuentro una cocina vacía y una sala de estar que parece poco habitada. No veo rastro de Lysandros en ninguna parte. Esto me desconcierta aún más. Regreso a la habitación y me enfrento a un espejo. Mi reflejo me mira de vuelta, con los ojos hinchados y el pelo desordenado, soy un desastre ambulante.

Mientras me observo en el espejo, oigo un ruido proveniente del baño de la habitación. Mi corazón se acelera cuando la puerta se abre, y Lysandros emerge, con una toalla alrededor de la cintura, está mojado, su pecho reluciendo con sus músculos perfectos mientras se seca el pelo con la toalla y me mira sin muchas expresiones.

— Te dejé en la otra habitación, ¿qué haces aquí?

Ni siquiera noté la diferencia entre las habitaciones, son tan parecidas y las puertas están una al lado de la otra. Pero no permito que eso me afecte, respiro hondo para responderle:

— ¿Qué demonios está pasando aquí, Lysandros? ¿Por qué estoy en este apartamento? — digo, ignorando su pregunta.

— Bueno, realmente no recuerdas, ¿verdad? Supongo que era de esperar después de la cantidad de alcohol que consumiste.

Mis mejillas se enrojecen de vergüenza cuando los recuerdos de la noche anterior comienzan a regresar. Estaba borracha, emocional y me había abierto sobre mi matrimonio forzado a la última persona en la Tierra a la que debería haberle contado mis penas.

— ¿Y qué pasó después de eso?

Lysandros camina por la habitación con calma, su silencio aumenta mi ansiedad, mientras entra en su vestidor en busca de una prenda. Lo sigo y me planto frente a él, impidiendo que dé un paso más antes de que me responda.

— ¡Dímelo! ¿Qué pasó aquí anoche?

Lysandros me mira, sus ojos grises bajo la luz de la mañana son aún más intensos y magnéticos. Veo una sonrisa despectiva comenzar a aparecer en sus labios.

— No te preocupes. No soy del tipo que se aprovecha de mujeres borrachas y lloronas. No pasó nada entre nosotros.

La respuesta de Lysandros me irrita hasta los huesos. No sé si debo sentir alivio o humillación. Él sigue mirándome con una expresión crítica, como si me estuviera evaluando.

— Deberías controlarte mejor, Melina. No es la primera vez que te veo en este lamentable estado.

Levanto la mano lista para abofetear al maldito presumido con todas mis fuerzas. El odio y una sensación de vergüenza inflaman mi sangre.

— Eres un maldito...

— Shhhh. — me dice, sujetando mi brazo con cierta presión. — Deberías agradecerme por no haberte llevado a tu madre en el estado en que estabas, seguramente te habría desheredado.

Desheredar... oh cielos, si al menos tuviéramos riqueza para eso.

— ¡No te pedí ayuda! — le espeto entre dientes.

— ¿Qué crees que soy? ¿Que te habría dejado en medio de los leones? Considero

demasiado a Anton como para dejar sola a su prima tan imprudente.

Anton, cielos...

— No le cuentes nada, por favor.

Lysandros se aparta con sus amplios hombros y me suelta el brazo, ni siquiera se molesta en responder antes de volver a buscar ropa en el vestidor.

— Dime que no le contarás nada a él.

— Tengo cosas más importantes que hacer que chismear sobre las tonterías de una niñata por la noche." — dijo mientras se anudaba una corbata.

Continuó seleccionando su ropa con una irritante calma. Yo permanecí inmóvil, con el corazón latiendo de rabia en el pecho. Lysandros tiene algo que me saca de quicio, me irrita, me enloquece.

— Bien, mi querida Melina, me voy a cambiar ahora. Si no quieres ver nada que no debas, te aconsejo que salgas de esta habitación. Pero, por supuesto, si deseas quedarte y apreciar la vista...

Le encanta verme incómoda, y eso solo aumenta mi deseo de golpear su rostro perfecto. Él quiere provocarme, pero no voy a darle el placer de verme avergonzada.

— No te preocupes, Lysandros, no tengo el menor interés en ver tus miserias. Esperaré afuera.

Salí del vestidor y cerré la puerta con un poco más de fuerza de la necesaria, mostrando mi frustración. ¿Qué demonios me está pasando? ¿Por qué estoy actuando como una adolescente enfadada? Respiro profundamente, tratando de calmarme.

Lysandros finalmente salió del vestidor completamente vestido, mientras yo intentaba ignorar el hecho de que se veía increíblemente atractivo, como un dios griego oscuro, con su traje de tres piezas negro y un delicioso aroma que haría que cualquier mujer se derritiera. Al mirarlo, noté que no parecía afectado en absoluto por nuestra situación embarazosa.

Se acercó a mí con su habitual sonrisa burlona, como si se estuviera divirtiendo a mi costa. Respiro profundamente, tratando de mantener mi dignidad.

— Llévame a casa inmediatamente. — Mi voz sonó más firme de lo que esperaba, y eso me sorprendió un poco.

Él soltó una risa irónica.

— ¿Ah, sí? ¿Me he convertido en tu sirviente ahora? Pero dime, estoy curioso, ¿cómo

planeas explicar tu ausencia a tu madre? Después de todo, supongo que no es de tu estilo salir escondida por la noche y regresar con cualquier hombre por la mañana.

Escapar en secreto no fue precisamente lo más fácil de hacer, pero mi deseo de huir era más fuerte que cualquier otra cosa, así que soborné a algunos empleados y me fui sigilosamente por la puerta trasera. En este momento, mi madre debe estar despertando, y espero llegar antes del desayuno; ella nunca lo sabrá.

— Arreglaré las cosas. Y no es asunto tuyo. — Mi respuesta sonó más brusca de lo que pretendía.

— Sin duda, eres una mujer decidida. — Se acercó, quedando peligrosamente cerca. — Pero, como el caballero que soy, te llevaré de regreso al trabajo. Después de todo, no quiero que te ataque algún maníaco mientras intentas tomar un taxi.

Revuelvo los ojos. Claramente se está burlando de mí. Pero, por mucho que quiera negarlo, la idea de volver a casa sola no parece atractiva en este momento.

— Haz lo que quieras, Lysandros. Solo sácame de aquí lo más rápido posible.

Se alejó, dirigiéndose hacia la puerta.

— Vamos, no tengo tiempo que perder. — Dijo.

Salimos del apartamento y entramos en el ascensor en un incómodo silencio. Intento no mirar mucho a su lado, pero es difícil no notar cómo irradia confianza y encanto. Parece tener el mundo a sus pies, y eso me molesta, todo en él me irrita. La cadencia lenta y deliciosa de su voz, la forma en que me mira con desdén, su sonrisa de mujeriego, sus cejas gruesas y su mirada magnética. Odio todo eso de él, y odio aún más el hecho de que encuentre cada uno de esos aspectos atractivos. ¿Por qué no podría ser menos atractivo? ¿O al menos un poco menos encantador? ¿Y ese perfume que emana? Cielos, odio sentir todas estas cosas en su presencia.

Finalmente, llegamos a la planta baja, y él me lleva al estacionamiento. Su coche es impresionante, como todo lo demás en su vida, y no puedo evitar sentir un pequeño nerviosismo cuando me abre la puerta.

Subo al coche sin decir una palabra, y él se pone al volante. Permanecemos en silencio durante todo el trayecto, no parece tener ningún interés en entablar una conversación y ni siquiera parece recordar que estoy sentada a su lado.

Cuando finalmente llegamos a mi destino, él detiene el coche y se gira para mirarme con sus malditos ojos grises seductores.

— Hemos llegado. Buena suerte con tu madre. — Sonríe de forma irónica.

Salgo del coche sin decir una palabra, pero antes de cerrar la puerta, me vuelvo para mirarlo.

— Deberías intentar ser más agradable.

Él se ríe, encontrando gracia en mis palabras.

— No lo necesito, querida Melina.

Con eso, arranca y me deja sola en la acera, con la cabeza latiendo y el corazón en conflicto. ¿Qué diablos me está pasando? ¿Cómo me volví tan imprudente? No obtuve nada de lo que quería, solo fui humillada una vez más por este maldito, solo me sentí aún más atraída por él.

¡Maldición! ¿Por qué me siento tan atraída por él, por qué? ¿Soy masoquista o algo así?

Claramente solo quiere jugar y disfruta tratándome con desprecio, así que ¿por qué me siento tan atraída por él? ¿Fue por el beso que me dio? ¿Es porque sentí lo hábil que era y me hizo imaginar cómo sería si avanzara aún más? De hecho, no podría ser por eso, me he sentido atraída por él desde el día en que puse los ojos en la figura confiada y sexy que es, todas las pullas, las puyas y las molestias que siguieron fueron solo yo tratando de ocultar lo atraída que me sentía por un hombre mayor, experimentado y que me consideraba nada más que una niña incómoda. Todo parece más claro frente a mis ojos ahora... lamentablemente.

CAPÍTULO 13

Melina

La mañana pasó velozmente, y a pesar de mi rostro cansado, el dolor de cabeza y mi falta de palabras, mi madre ni siquiera notó que me fui y que tenía la resaca más grande que alguien haya experimentado. Tal vez sea mucho pedir de la imaginación de la señora Zephyra, ya que ni en sus peores pesadillas imaginaria a su hija, comprometida con un joven rico que salvará a su familia de la bancarrota, embriagándose en un bar en plena madrugada.

— Señorita, su primo Anton está en la sala esperándola. — Mérida, nuestra ama de llaves, me avisa al entrar en mi habitación.

— Gracias, Mer. Voy a bajar. — Digo mientras sonrío y la veo despedirse con un pequeño gesto, dejándome sola de nuevo.

No esperaba a Anton, ¿qué hace aquí? ¿Habrá descubierto algo? ¿Lysandros le contó? No, no creo que haya hecho eso, él no sería capaz. Bueno, en realidad, ese maldito sería capaz, pero no creo que lo haya hecho tan rápido, ¿y si Anton lo descubrió por alguien que estuvo en el Velvet Lady anoche? Cielos, eso sí sería rápido; los chismes como ese se propagan como el viento.

Trago saliva, me observo en el espejo, analizo mi rostro buscando signos de resaca, retoco el corrector para ocultar las ojeras profundas que han aparecido y me preparo mentalmente para lo que Anton tenga que decir.

Bajo las escaleras, sintiendo el peso de la noche anterior en mis sienes, y encuentro a Anton en la sala de estar. Su cálido abrazo ilumina la habitación con su sonrisa, a pesar de las cortinas pesadas que intentan bloquear el brillo del sol de la tarde.

— ¡Melina! ¿Cómo estás, mi querida? — Se levanta y me abraza con fuerza, soltando una risa. — Vaya, parece que tuviste una noche agitada.

Intento sonreír a pesar de la ansiedad que me consume por dentro.

— Hola, Anton. Estoy bien, gracias. ¿Y tú?

Él encoge los hombros y hace un gesto exagerado con las manos.

— Igual que siempre, aunque debo admitir que extraño Santorini, el sol de América del Norte no es el mismo. Pero dejemos de hablar; vine aquí para sacarte de esta mansión durante unas horas para almorzar juntos.

Mi mente empieza a correr, pensando en cómo negar su solicitud. Aunque quiera pasar tiempo con Anton, hoy, con mi resaca actual, no es el mejor momento. Y aunque Anton parece no saber nada por lo que he notado, sospechará cuando casi vomite en la mesa del restaurante. Pero antes de que pueda encontrar una excusa, Anton sigue hablando.

— ¿Qué te parece invitar a Calíope para unirse a nosotros? Sabes, ha pasado tanto tiempo desde que los tres pasamos un buen rato juntos.

Mi corazón se aprieta al pensar en cuánto le gustaría a Cali pasar tiempo con Anton, pero sé que hoy es imposible. Los horarios escolares rígidos y la firmeza de nuestra madre en cuanto a la educación de Calíope hacen que esa idea sea inviable.

— Oh, Anton, me encantaría, pero los horarios escolares de Cali son muy ajustados, y mamá no quiere que la hagamos faltar a clases.

Anton hace un puchero exagerado, pero parece entender.

— Qué lástima. Pero está bien, entonces seremos solo nosotros dos hoy. Vamos, aprovechemos nuestro tiempo juntos.

No pasa mucho tiempo antes de que lleguemos al restaurante, Anton me llevó a un restaurante de comida italiana, mi preferida. Trato de mantener la conversación ligera, a pesar de la preocupación que pesa en mi mente.

Anton me observa atentamente mientras toma el menú.

— Siempre supe que tenías ambiciones, Mel. Recuerdo que siempre quisiste seguir los pasos de tu padre en la empresa.

Siento un nudo en la garganta. ¿Sabrá Anton cuánto han cambiado las cosas? Sé que sabe que mamá quiere encontrar un buen esposo para mí para que ayude con las finanzas, pero tengo la impresión de que no sabe cuán primordial es esto y cómo, de hecho, tendré que elegir a cualquiera para que nos ayude.

— Las cosas han cambiado, Anton. Con el matrimonio y la situación financiera de la familia, no sé si podré seguir los pasos de mi padre. Tal vez sea solo un sueño distante ahora.

— Mel... no seas tonta. Un matrimonio no es razón para que no logres tus objetivos, y estoy seguro de que la empresa se recuperará.

Me gusta el pensamiento positivo de Anton, es del tipo de persona que siempre ve el vaso

medio lleno. El único problema es que en nuestra situación, el vaso ya se vació, se rompió y se convirtió en polvo hace tiempo.

— Pero cambiemos de tema. ¿Cómo están tus pretendientes? Sé que debes romper muchos corazones por ahí.

Anton ríe con sus dientes perfectos sonoramente.

— No seas tonta, Mel. Sabes que solo tengo ojos para Brittany.

Brittany, uf.

Hace años que Anton está saliendo con ella, y como él no la mencionó desde que llegó, albergaba la esperanza de que hubieran terminado. Y no es porque sienta un celo irracional por mi primo, no es por eso.

Anton es un hombre increíble, es protector, leal, honesto, tiene un gran sentido del humor y, además, es guapo de morirle. Sé que merece algo mejor que Brittany. Siempre está fuera, viajando por trabajo, pero ese no es el problema real, ya que está viviendo su propio sueño como modelo, desfilando por todo el mundo. El problema es que una fuerte intuición me dice que no es fiel a Anton. He escuchado historias y rumores circulando, pero nunca he tenido el valor de profundizar y descubrirlo, porque tendría que contárselo a él, y preferiría no tener que hacerlo. Anton la ama, lo sé, y eso lo destrozaría.

— ¿Dónde está ella ahora?

— Está en Estocolmo en el lanzamiento de la colección de invierno.

El camarero llega para tomar nuestras órdenes, y me siento aliviada porque no quiero seguir hablando de ella. Soy muy expresiva y Anton pronto notaría que tengo cosas que decir sobre ella.

— Dime, Mel. ¿Dónde está tu móvil? Te llamé para avisarte que iba a recogerte para almorzar y solo sonó insistentemente.

¡Mi móvil! Ni siquiera me había dado cuenta... ¡cielos, ¿está en casa?! ¿O lo olvidé en casa de Lysandros? No... no puede ser.

Anton sigue mirándome, y mi palidez debe haberse hecho evidente, así que trato de explicarlo antes de que surjan más preguntas.

— Debo haber olvidado cargarlo... lo siento, Anton.

— Está bien, Mel, solo me preocupé. Pero cambiando de tema, ¿me dices si viste a Lysandros en su fiesta? —dice, despreocupadamente, y todo mi cuerpo entra en estado de alerta.

Siento que mi corazón se acelera y un escalofrío recorre mi espalda.

¿Por qué está preguntando por él? No parezcas demasiado asustada, Melina, mantén la calma.

— Lo vi brevemente, pero pronto se fue.

— Sí, Lysandros siempre está ocupado.

— Y de mal humor —completo, con cierta irritación.

Anton se ríe.

— Sí, eso es cierto. Pero tiene un buen corazón a pesar de su apariencia de fiera.

— ¿Buen corazón? Es despreciable, arrogante, pretencioso...

— Tranquilízate, Mel. Sé que no te llevas bien con él, pero no es para tanto.

— Lo siento, Anton... simplemente no lo soporto.

— Lo sé, por eso lo invité.

— No entiendo, ¿por qué?

— Lysandros es un buen amigo, y siempre he sabido de esa rivalidad gratuita que tienen entre ustedes dos, ya que cada vez que les he preguntado cómo comenzó, ninguno de los dos ha dado una explicación razonable. Así que quería acercarlos para que vieran que todo esto no es más que un conflicto infantil.

— No es necesario tener una razón para eso, simplemente no soporto su actitud arrogante. Y creo que estás perdiendo el tiempo, Anton. Nunca nos llevaremos bien.

Él suspira con un aire de resignación.

— De todos modos, Lysandros es uno de los hombres mejor conectados en Manhattan, gracias a Velvet Lady. Tiene contactos importantes en todos los ámbitos, y probablemente necesitaré su ayuda con los asuntos del Grupo Zephyra.

— ¿Qué? ¡No! No te atrevas a pedirle ayuda a ese narcisista para resolver los problemas de la empresa de mi familia. Créeme, es una pérdida de tiempo.

Anton se ríe, parece encontrar gracia en mi irritación.

— Mel, sé que no te agrada, pero a veces debemos hacer alianzas inesperadas para alcanzar nuestros objetivos. No estoy diciendo que le contaré todos los detalles sobre lo que está sucediendo entre ustedes, pero puedo pedirle algunos consejos puntuales. Créeme, es por un bien mayor, por el futuro de nuestra familia, el tuyo y el de Cali.

Suspiro profundamente, cediendo a la lógica de Anton, aunque vaya en contra de todo lo que siento por Lysandros.

— Está bien, Anton, entiendo la necesidad de esto. Solo no quiero estar presente cuando estén juntos.

Él sonrío agradecido, apreciando mi concesión.

El almuerzo transcurre de manera tranquila. Anton y yo compartimos las novedades más recientes de nuestras vidas, y veo cómo sus ojos brillan al hablar de Brittany y sus planes de formar una familia con ella. Me alegro por él y rezaré para que todas mis sospechas sean solo rumores de personas que no tienen nada mejor que hacer. Me siento agradecida de tener a mi primo a mi lado, aunque sea por unas horas. Es la única persona en la que puedo confiar plenamente, la única que me hace sentir mínimamente comprendida y cómoda en medio de todo esto.

CAPÍTULO 14

Lysandros

Después de dejar a la niña mimada en su casa, me dirijo a la Velvet Lady. No permito que mi mente divague en pensamientos que insisten en invadirme. No pienso en Melina, ¡no tengo razón para hacerlo! Melina es una joven a la que salvé de la vergüenza inminente que habría experimentado si la hubiera dejado sola en ese estado. ¡Fue solo eso! Estaba haciendo un favor a mi amigo Anton, nada más.

Al llegar, subo las escaleras hacia mi despacho, situado en el piso de arriba del club, y comienzo de inmediato a analizar detenidamente los informes de la noche anterior. Soy meticuloso en cuanto al control, y la Velvet Lady es mi imperio.

Examinar cada detalle, desde la lista de invitados, el tiempo que pasaron, los gastos e incluso las bebidas que consumieron. En mi club, la élite de Manhattan revela sus secretos, y yo soy el guardián de todos ellos. Estudio cada pequeño hábito, reuniones, nuevas alianzas con precisión quirúrgica y, por supuesto, el funcionamiento general del lugar. No sería tan prestigioso si no fuera por mi mano firme detrás de todo esto. La discoteca es mi mundo, y me gusta que todo funcione como un reloj suizo.

Mientras estoy inmerso en mi trabajo, la puerta de la oficina se abre y aparece Konstantinos, y solo por su expresión puedo adivinar de qué trata el asunto. Kostas es más sensato y reflexivo en comparación con mi temperamento impulsivo, y puedo percibir que se avecina una reprimenda.

Él cierra la puerta tras de sí y me mira seriamente.

— Necesitamos hablar sobre Albert Simund.

Levanto la vista de los informes y fijo la mirada en Konstantinos.

— ¿Qué ocurre con él? —pregunto, manteniendo la voz tranquila y fría.

— Sabes que exiliarlo puede traernos graves problemas.

Fruncio el ceño, endureciendo aún más mi expresión.

— Pensé que este asunto ya estaba resuelto. Estaba causando problemas en la discoteca. Y ya he tolerado sus caprichos, maldito niño bien.

— No seas imprudente, hermano. Podemos abordarlo de una manera más... diplomática.

— Tú eres el diplomático, no yo. Albert no es una excepción. No importa quién sea. Rompió las reglas, y las reglas son las mismas para todos. No tiene sentido insistir, Kostas.

Konstantinos suspira, visiblemente frustrado por mi intransigencia. Murmura algunas palabras de desaprobación, pero ya estoy volviendo mi atención a los informes en mi escritorio. No tengo tiempo para discusiones en este momento.

— Siempre haces lo que quieres, Lysandros —murmura antes de salir de la oficina, dejándome solo con mi papeleo.

Respiro profundamente y me concentro de nuevo en mi trabajo. Pero esos malditos pensamientos empiezan a invadir mi mente, ¿por qué me enfadé tanto con Albert? ¿Fue porque anunció a los cuatro vientos que se casaría con Melina? ¡Es ridículo! No tengo motivo para preocuparme por la vida de esa niña petulante.

Sin embargo, a medida que repaso los eventos en mi mente, empiezo a darme cuenta de que tal vez esa sea la razón subyacente de mi enojo. La idea de que Melina se case con Albert, un hombre que considero, como mínimo, insoportable, me molesta más de lo que quisiera admitir. ¿Por qué diablos me afecta tanto?

Alejo los pensamientos incómodos y trato de encontrar una excusa más racional para mi decisión de exiliar a Albert. Rompió las reglas de la discoteca, eso es un hecho. Independientemente de quién sea o lo que represente, debo mantener el orden y la disciplina en la Velvet Lady. No puedo permitir que nadie desafíe mi autoridad.

Vuelvo a mis ojos a los informes, decidido a seguir con normalidad mi día, pero mi mente sigue regresando a la escena de la noche anterior. Melina, su imagen llorando, la noticia de su matrimonio concertado.

Siento una oleada intensa de rabia ante la situación que toma mi cuerpo y, de manera instintiva, golpeo la mesa, escuchando el estruendo resonar en la habitación.

¡Maldición! ¿Por qué no puedo dejar de pensar en esto? ¡Melina no es mi problema!

Las imágenes vuelven a mi mente, Melina con lágrimas corriendo por su delicado rostro, en contraste con su expresión desafiante. Siempre fue una contradicción ambulante, con rasgos que desafiaban cualquier lógica. Su cabello oscuro caía en ondas revoltosas sobre sus hombros, como si desafiara cualquier intento de dominio.

Pero eso es exactamente lo que sucederá, será dominada. Dominada por un maldito chico que nunca podría satisfacer a alguien como Melina.

Recuerdo lo cerca que estaba su cuerpo, su perfume dulce y provocador, todavía parece

flotar en el aire a mi alrededor. Sus labios, sensuales y tentadores, son una tentación que nunca debería permitir que me afecte. Y, sin embargo, en ese momento, cuando nuestros rostros estaban tan cerca, algo dentro de mí deseó romper todas las barreras y saborear de nuevo la dulzura prohibida de sus labios.

Soy un hombre sin sentimientos, conocido por mi rudeza y frialdad. Los sentimientos no tienen cabida en mi mundo, pero esta atracción inexplicable por Melina comienza a irritarme. Tal vez debería pasar una noche con ella, solo una... para aplacar todo este deseo que arde dentro de mí y seguir adelante con mi vida.

Vuelvo a sacudir la cabeza, tratando de apartar todos estos pensamientos no deseados. Tengo trabajo que hacer, y eso es en lo que debo concentrarme ahora.



Decido finalmente que es hora de volver a casa. Me levanto de la silla de cuero, estirando la espalda adolorida después de una larga jornada de trabajo. Mis manos están tensas, pero mi mente parece más tranquila ahora, centrada en las tareas realizadas durante el día. Salgo de mi despacho y empiezo a bajar las escaleras de la discoteca, ignorando la música suave y las risas que aún resuenan en el lugar. La Velvet Lady nunca se detiene, pero necesito un poco de paz de vez en cuando.

Al llegar a mi apartamento, no puedo evitar sentir alivio. Me quito el traje, desabrocho la camisa mientras camino por el apartamento en busca de una bebida. Estoy a punto de sentarme en uno de los sofás de cuero cuando escucho un ruido suave procedente de la puerta de entrada. Mis sentidos se alertan al instante. Nadie debería estar aquí, y ciertamente nadie entra en mi espacio sin ser anunciado.

Me pongo de pie y me acerco a la puerta, mirando por la mirilla. Para mi sorpresa, veo a Melina al otro lado. Una oleada de perplejidad e irritación recorre mi cuerpo.

¿Qué demonios hace aquí a esta hora?

Abro la puerta, sin ocultar mi expresión de desagrado.

— ¿Qué haces aquí, Melina? ¿Y cómo diablos conseguiste subir?

Ella sonríe de manera insolente y casual, como si entrar en mi apartamento fuera lo más natural del mundo.

— Oh, Lysandros, es tan agradable verte también. Le dije al portero que era tu novia y

me dejó pasar sin problemas.

Revuelvo los ojos y suelto un gruñido de frustración. Esta mujer realmente no tiene límites.

— ¡No puedes simplemente entrar así!

Ella se encoge de hombros, ignorando completamente mi irritación.

— No pareció inusual, creo que dejas entrar a cualquiera aquí, ya que el portero me liberó con rapidez, como si fuera una costumbre. Pero no te preocupes, no me quedará mucho tiempo, solo vine a buscar mi móvil. Lo olvidé aquí más temprano.

Melina comienza a moverse por mi apartamento como si fuera suyo, dirigiéndose hacia la sala de estar. Yo la sigo, todavía tratando de procesar la situación. La irritación se mezcla con una extraña sensación que no puedo identificar, ¿felicidad? ¿Me alegra ver a Melina? ¡No, eso es imposible! Quizás sea el hecho de que está tan cómoda en mi espacio personal, una especie de irritación diferente.

Ella se agacha para mirar debajo de la mesa de centro, y al instante mis ojos se fijan en su trasero redondeado, apenas cubierto por una pequeña falda que casi revela lo que hay debajo.

¡Maldita sea, qué tentación!

Aparto la mirada, apretando los dientes, y doy un trago de mi copa para alejar los pensamientos que comienzan a surgir en mi mente.

— ¿Qué estás haciendo? No vas a encontrar nada ahí abajo.

Ella se levanta y me mira, su desvergüenza no la abandona ni por un segundo.

— Me pareció que oí algo caer cuando estuve aquí, pensé que podría haber sido mi móvil.

— Mira en el dormitorio de invitados, debe estar allí. —digo sin mirarla.

Melina asiente y se dirige al dormitorio de invitados, su cadera balanceándose de manera provocativa mientras se aleja. La veo alejarse, lleva una minifalda holgada que se ajusta a su cuerpo, una blusa pegada que resalta todas sus curvas, ¡una delicia! Tengo que controlarme para no imaginarla sin ninguna de esas prendas. Es una tentación ambulante, y por supuesto, ella lo sabe.

Ella entra en la habitación y comienza a buscar, inclinándose sobre la cama para mirar debajo. La falda sube ligeramente, revelando más de sus piernas de lo que debería y el inicio de su trasero redondo. Me siento tenso, atraído por su provocación, pero también enfadado conmigo

mismo por reaccionar de esta manera.

¿Te has vuelto blando, Lysandros? ¡Recupérate!

— ¿No crees que estás exagerando con esta provocación, Melina? —gruño, con la voz cargada de irritación.

Ella se gira para mirarme, sonriendo de manera desafiante.

— Eres tan arrogante, Lysandros. No estoy haciendo nada más que buscar mi móvil.

Estoy a punto de responder con algún comentario cortante, pero sé que Melina responderá a la altura y nunca terminaremos la discusión.

Melina finalmente encuentra su móvil, sale de la cama y se acerca a mí. Cuando se acerca, siento su perfume dulce y provocador llenar el aire a mi alrededor, y lucho contra la tentación de tocarla. Melina siempre ha sido provocativa desde el momento en que la conocí. Desde entonces, juega con fuego, sin comprender realmente las consecuencias de lo que está haciendo. Pero ahora, aquí, en mi propio espacio personal, está cruzando límites.

Ella me mira, está a centímetros de mí con su sonrisa desafiante, consciente del efecto que tiene sobre mí. La tensión sexual entre nosotros es intensa, y sé que ella también la siente. No es tan experimentada como cree, pero es lo suficientemente astuta como para saber que me atrae. Y no tiene miedo de jugar con eso.

Sus juegos sensuales me afectan de una manera que me vuelve loco por meter las manos en su cabello, tirarla en la cama y devorarla con pasión.

La hallo más cerca de mí y sus senos chocan contra mi pecho. Nuestras miradas se encuentran, chispeando de deseo y desafío. Ella no retrocede, no muestra miedo. Por el contrario, me desafía aún más con su mirada altiva.

— No me provoques, Melina. —susurro, mi voz ronca de deseo.

Ella sonrío, sus labios se acercan peligrosamente a los míos.

— ¿Y si continúo, qué harás?

Dejo que una sonrisa se dibuje en mi rostro. Melina es tan desafiante, y eso solo me provoca aún más. Entrelazo mis dedos en su cabello y tiro suavemente, inclinando su cuello hacia mí para depositar un beso húmedo en él antes de decir:

— Si continúas, te haré gritar mi nombre hasta que te quedes ronca.

La piel de Melina reacciona al beso, erizándose por completo, sus ojos se cierran y su labio inferior es ligeramente mordido.

— Hazlo. — susurra.

Sus ojos se abren y se encuentran con los míos. Melina es la criatura más hermosa y exquisita que jamás he visto. La deseo con cada parte de mi cuerpo, pero aunque sea tan provocativa, sé que no sabe en lo que se está metiendo, y sería un maldito si continuara.

— No sabes en lo que te estás metiendo, Melina. — digo, intentando dejar que la razón hable, a pesar de que el calor y el aroma de Melina nublan mi mente.

Sus carnosos labios rojos están entreabiertos, y sus intensos ojos están clavados en mí.

— Sí lo sé, bésame, Lysandros, hazme tuya, solo por una noche, hazme mujer... — ruega, ansiosa de pasión.

Ya no puedo contener el deseo que hierve en mi interior. El juego de seducción ha alcanzado un punto sin retorno, y el magnetismo entre nosotros es irresistible. En un movimiento rápido y feroz, la tomo por la cintura y la beso apasionadamente. Nuestras bocas se encuentran en un frenesí ardiente, como si nos estuviéramos devorando mutuamente. Siento su cálida y acogedora lengua entrelazándose con la mía, mientras sus manos recorren mi espalda, arañándome levemente. Mis manos exploran sus curvas, deslizándose por los costados de su cuerpo hasta encontrar el broche de su sujetador, que se desabrocha fácilmente bajo mis ágiles dedos.

Melina gime contra mis labios cuando nuestros cuerpos se presionan aún más el uno contra el otro. Su piel es suave y sedosa, y mi boca hambrienta no puede tener suficiente de ella. Desciendo mis besos por su cuello, succionando y mordisqueando su piel sensible, haciéndola gemir alto.

La levanto y enredo sus piernas alrededor de mi cuerpo sin romper el beso, y me dirijo hacia la cama para depositarla, mientras ella protesta por que nuestro contacto se rompa mínimamente. Melina me mira, con los labios entreabiertos, ansiosa de más. Pero lo único que quiero ahora es verla completamente desnuda para mí.

Desabrocho las tirantas de su blusa, dejándolas caer junto con el sujetador que ya estaba suelto. Sus redondos y deliciosos pechos se muestran ante mí, con los pezones duros de excitación. No puedo controlar el deseo que domina mi cuerpo. Me acuesto sobre Melina, y mi excitación roza entre sus piernas, haciendo que gima. Mis labios tocan su cuello y bajan, dejando un rastro de deseo hasta que encuentran sus pechos, y tomo un delicioso pezón en mi boca, chupando y mordisqueando, sintiéndola retorcerse de placer debajo de mí.

No puedo evitarlo, no puedo dejar de desear a Melina. Es un fuego que me consume, una conexión visceral que trasciende cualquier cosa que haya experimentado. La tomaré para mí,

devoraré cada parte de su exquisito cuerpo.

CAPÍTULO 15

Melina

Cuando mi pecho se vio presionado por la solidez de su pecho y una ola de calor me inundó, supe que deseaba ser suya. Cada rincón de mi cuerpo anhelaba su presencia y el torrente de sensaciones me dejó sumida en el deseo. Ahora siento a Lysandros mordisquear y lamer uno de mis senos mientras acaricia el otro con pasión desbordante, y sé que podría entregarme al placer bajo su cuerpo musculoso y firme. Es completamente extraño sentir esta atracción, esta necesidad de que su piel siga rozando la mía, que sus labios continúen explorándome de esa manera. No puedo evitar soltar un gemido alto cuando siento su erección presionando contra mí. Estoy perdida... completamente perdida en el deseo por él.

Veo a Lysandros separar sus labios de mis senos, y no puedo evitar sentir que todo mi cuerpo anhela ese contacto. Él me mira, sus ojos grises clavados en mí, y siento un terremoto recorriendo mi cuerpo. Toco la cremallera de su pantalón, desabrocho su cinturón y lo bajo, despojándolo de su camisa que ya estaba desabrochada. En mi mente, todo lo que quiero es sentirlo entre mis piernas, que me posea.

Lysandros me acomoda en la cama con una mano y abre mis piernas, luego sube mi falda dejándome expuesta para él. La forma en que me mira, el deseo que emana de sus ojos, provoca escalofríos de excitación. Retira lentamente mis bragas como si estuviera saboreando el momento, y yo muerdo mis labios para contener mi deseo. Lysandros deposita un beso al comienzo de mi pierna y luego sube con sus labios húmedos y expertos, dejando un rastro de calor por donde pasa hasta llegar cerca de mi centro de placer. Abre mis piernas con determinación y comienza a besar el interior de mis muslos, haciéndome temblar de deseo y excitación, jugando con mi resistencia, tocándome de una manera íntima como nunca antes lo habían hecho.

— Por favor... Lysandros... — suplico.

— Pide, Melina, dime qué deseas que haga...

— Yo... q-quiero que seas mío...

No logro terminar la frase y siento la lengua de Lysandros chupándome como si fuera la cosa más deliciosa que ha probado, como si fuera una necesidad. Mis uñas se clavan en las sábanas mientras gimo de placer. Él continúa lamiéndome con movimientos rápidos y lujuriosos, y no pasa mucho tiempo antes de que mi cuerpo empiece a temblar y una ola de deseo me deje aturdida.

— Hazme tuya, Lysandros... — susurro, aún jadeante.

Lysandros se baja los calzoncillos y puedo verlo en toda su gloria. Acaricia mis piernas, levantándolas y poniéndolas sobre sus hombros, y luego roza su miembro completamente en mi intimidad, que está empapada por él. Lo veo apretar los dientes. Noto que ha tomado precauciones, aunque ni siquiera me percaté de cuándo lo hizo, lo que demuestra su destreza.

— Intentaré ser cuidadoso. — dice, pero puedo ver lo difícil que le resulta controlarse.

Lysandros desliza su miembro dentro de mí algunas veces, haciéndome delirar. Luego se acomoda mejor y me penetra profundamente. Esta vez, gimo alto, pero no por placer, sino debido al intenso dolor que atraviesa mi cuerpo. Sabía que perder mi virginidad sería doloroso, pero ese pensamiento estaba muy lejano hasta ahora, cuando siento la pulsación y el tamaño de Lysandros adentrándose en mí.

— ¿Te hice daño? — pregunta preocupado.

Niego con la cabeza, decidida a no revelarle que aún soy virgen.

— Continúa... — digo, recuperando el aliento.

Lysandros se retira lentamente antes de penetrarme de nuevo. La segunda vez, el dolor es menos intenso, y con cada embestida, el dolor disminuye, y el placer regresa. Lysandros se retira de mí y, con un movimiento rápido y preciso, me levanta, llevando mis caderas para que cabalgue sobre él. Siento su miembro profundamente dentro de mí y gimo alto, arqueando la espalda hacia atrás cuando siento que toma mis senos con sus labios. Múltiples sensaciones de placer se acumulan en mí, haciéndome suspirar sin control. Mi cuerpo podría explotar de lujuria en cualquier momento, especialmente cuando siento que el orgasmo se avecina de nuevo, dejándome completamente satisfecha.

Siento cuando Lysandros me acuesta nuevamente en la cama y, al instante, siento su embestida, esta vez más rápida y fuerte. Sus labios se unen a los míos mientras me penetra, y sus manos sujetan mi rostro mientras siento que me posee cada vez más. Gimo contra sus labios mientras él me mira, permitiéndome entregarme por completo a él. Lysandros intensifica sus movimientos, haciéndolos cada vez más rápidos y fuertes, y no pasa mucho tiempo antes de escuchar su rugido alto contra mi piel. Nuestros cuerpos están completamente sudorosos,

fusionándose el uno con el otro. Ambos jadeamos, aún sintiendo el calor del delicioso encuentro sexual que acabamos de tener. Lysandros toca mi rostro, sosteniéndolo firmemente antes de besarme.

— Eres deliciosa, Melina.

Aunque no tengo fuerzas para responder, seguramente él puede ver en mi mirada la satisfacción. Finalmente conseguí lo que más deseaba, finalmente experimenté todo lo que una mujer debería sentir en su primera vez. No puedo quejarme, estoy completamente satisfecha.

CAPÍTULO 16

Melina

Abro los ojos en mi habitación y dejo que la luz del sol me bañe. Todavía puedo sentir en mi piel el calor que experimenté anoche, todavía puedo sentir los besos de Lysandros, pero eso no dura mucho porque mi madre entra en mi habitación con una expresión temerosa, y sé de inmediato que no está aquí para una conversación trivial. La noticia cae sobre mí como un rayo en cielo despejado, golpeándome con una fuerza que me deja sin palabras.

— Melina, ya hemos resuelto todo, y la boda está programada para dentro de cuatro semanas —dice ella, su voz cortante como una cuchilla.

La miro atónita. ¿Cuatro semanas? ¿Cómo es posible? Apenas he tenido tiempo de procesar la idea de casarme con Albert, y ahora ella está diciendo que el gran evento tendrá lugar tan pronto.

— ¿Qué? —logro balbucear finalmente, mi voz temblando de sorpresa y enojo.

Mi madre, inmune a mis emociones, continúa como si estuviera hablando del clima:

— Las cosas deben ser así, Melina. No podemos permitirnos esperar. La familia de Albert es muy importante para nosotros, y necesitan saber que estamos comprometidos con este matrimonio.

Estoy incrédula. ¿Cómo puede mi madre ser tan insensible? ¿No soy yo quien está a punto de ser forzada a casarse con un completo desconocido?

— Pero madre, ni siquiera he hablado adecuadamente con Albert. Apenas lo conozco. ¿Cómo puedo casarme con alguien a quien apenas he visto en tan poco tiempo?

Mi madre suspira, pareciendo impaciente con mi resistencia.

— Tendrás mucho tiempo para conocerlo después de la boda. Lo que importa ahora es que esta unión se oficialice lo más rápido posible. No podemos correr el riesgo de que la familia de Albert se retracte de este acuerdo.

Siento que mi rostro arde de indignación. Los sentimientos, el amor, mi propia felicidad parecen no tener ningún valor para ella.

— Madre, ¡esto es una locura! No puedo hacerlo. No puedo casarme en cuatro semanas. ¡Es imposible!

Ella baja los ojos por un momento, pareciendo reflexionar sobre las palabras. Aparentemente, la decisión acaba de pesar sobre sus hombros también, aunque intente no mostrarlo.

— Sé que esto es difícil, Melina. Sé que es injusto para ti. Pero a veces, la vida nos coloca en situaciones difíciles y debemos tomar decisiones que no nos gustaría tomar. Si realmente habrá una boda, que se haga pronto. Es lo mejor para todos.

Sus palabras duelen y una sensación de impotencia se apodera de mí.

— Él vendrá aquí esta tarde para oficializar todo —dice al salir de la habitación y dejarme.

Ojalá las cosas fueran diferentes, Dios mío, cómo desearía que lo fueran.



La tarde llega rápidamente y con ella, Albert. Caminamos hasta el jardín de la mansión para tomar un té. El escenario es idílico, con las flores en plena floración y el sol lanzando sus rayos dorados sobre nosotros. Albert, a primera vista, es un joven apuesto de rasgos elegantes, pero hay algo en su belleza que me resulta incómodo, como la de un muñeco demasiado perfecto.

Mientras tomamos el té, lo observo atentamente, buscando cualquier señal de conexión o atracción entre nosotros. Es educado, sus modales son impecables, pero parece ocultar algo detrás de esa máscara de amabilidad, algo que no está dispuesto a revelar. Por alguna razón, esta sensación me provoca escalofríos.

Intento encontrar un tema de conversación que nos acerque, pero nuestras palabras parecen vacías, superficiales, y ningún tema parece conectarnos. Bebo el té más lentamente para tener una excusa ante el silencio que nos envuelve.

Y Lysandros viene a mi mente, escenas de la noche anterior, las sensaciones, el placer... pero esto llega en un momento completamente inoportuno. Empiezo a pensar en cómo sería si

fuera él quien está frente a mí, si fuera él a quien me están forzando a casar. ¿Cómo me sentiría? ¿Qué sentimientos surgirían en mí?

Lysandros es rudo, es cierto, pero es innegablemente atractivo. Su presencia es imponente, sus ojos tienen un magnetismo que me atrae de manera inexplicable, su aroma... cielos, qué bien huele, cómo sus besos me descolocan, cómo su toque es irresistible. Él me desafía, me provoca, despierta todos los sentimientos posibles en mí, me hace sentir viva. ¿Sentiré algo así con Albert? ¿Experimentaré al menos la mitad de lo que sentí en la cama de Lysandros? Odio pensar en él, no quiero hacer esta comparación, pero parece que mi mente solo puede hacer eso. Pensar en cómo sería si él fuera mi prometido.

¡Qué tontería!

Lysandros nunca se casará, y mucho menos conmigo. Seguramente vivirá su vida siendo un mujeriego y acostándose con cualquier mujer que tenga dos pechos y un trasero. No fui diferente de las otras que han estado en su cama, pero tampoco pedí más de lo que tuve; quería sentirme mujer, y eso es exactamente lo que él me dio, con muchos extras, y eso debería ser más que suficiente para mí.

Respiro profundamente, intentando apartar los pensamientos intrusivos, y me concentro en Albert, que está frente a mí.

— ¿Por qué quieres casarte conmigo? — le pregunto abiertamente.

Parece sorprendido por mi pregunta y tarda unos segundos en responder, buscando una respuesta convincente. Sé que, al igual que yo, está siendo forzado de alguna manera por sus padres.

— Porque eres hermosa —dice finalmente.

Dejo escapar una risa.

— De todas las respuestas que podrías haber dado, elegiste esa.

— ¿Por qué te ríes? —suena brusco—. Estoy diciendo lo que pienso.

La sonrisa desaparece de mis labios al notar su irritación. No entiendo por qué se ha enfadado tan fácilmente.

— Solo me pareció una respuesta demasiado simple, pensé que habría otras razones.

— ¿Como cuáles?

— Que tus padres te estén obligando, por ejemplo.

— Eso no está ocurriendo —dice bruscamente, y comienzo a sentir cierta aversión hacia

su forma de hablar—. Un hombre siempre pondrá la belleza de una mujer en primer lugar para elegirla, y fue por eso que te elegí.

El té se revuelve en mi estómago con sus palabras. ¡Y acabo de darme cuenta de que Albert es un idiota!

— ¿Cómo que me elegiste? —murmuro finalmente.

Albert me mira con una sonrisa arrogante que solo empeora la situación.

— Siempre te he encontrado hermosa, Melina. Desde el momento en que te vi por primera vez —dice esto como si me hiciera un gran favor al elegirme—. Y cuando me enteré de la bancarrota de tu familia, me apresuré a asegurarme de que fueras mía.

Siento cómo mi rostro arde de rabia. ¿Quién se cree que es? ¿Cómo se atreve a hablar de mí de esta manera? Siento que mi puño se cierra involuntariamente.

— ¿Estás diciendo que me compraste? —Mi voz tiembla de indignación.

Él encoge los hombros, como si fuera lo más natural del mundo.

— Llámalo como quieras, Melina. El hecho es que necesitabas un marido rico para mantener a tu familia. Solo estoy cumpliendo mi papel.

Me ve como un simple trofeo, un objeto para presumir ante los demás. La rabia hierve en mi interior, y es difícil contener mis palabras.

— Eres repugnante, Albert. —Mi voz sale más alta de lo que pretendía—. ¿Crees que puedes comprarme y tratarme como si fuera tu propiedad?

Él se levanta, claramente irritado por mi reacción.

— ¿No puedes aceptar la verdad, Melina? Sabías en lo que te estabas metiendo. Este es el trato.

Lo miro con desprecio.

— Sí, es el trato, pero eso no significa que tenga que aceptar tu arrogancia y falta de respeto.

— Tú lo eres. —Dice con ironía.

— No lo soy, puedo encontrar a otro hombre para casarme, o ¿no viste la cantidad de ellos que estaban aquí en la fiesta, deseando tener mi mano? No dependo de ti, idiota.

— Las invitaciones ya se enviaron, el trato está sellado.

— ¿Qué? ¿Cómo es eso? ¡Nadie me informó!

— No hacía falta, pero la realidad es que ahora todos lo saben y deben estar abriendo nuestros hermosos sobres de invitación en este mismo momento. No puedes retractarte, o avergonzarías a tu madre de tal manera que la haría sufrir.

Siento que voy a vomitar, mi cabeza empieza a dar vueltas y mi autocontrol me abandona. Me levanto, lista para abandonar la mesa cuando lo escucho:

— El té aún no ha terminado, siéntate.

— Siéntete afortunado de que no haya derramado el té en tus pantalones —digo entre dientes, recuperando mínimamente mi compostura, mirándolo con furia en mis ojos.

Sin esperar su respuesta, me levanto y abandono el jardín de la mansión, dejando atrás al hombre que ha revelado su verdadera naturaleza, el hombre despreciable con el que me uniré para siempre.

CAPÍTULO 17

Lysandros

Konstantinos está sentado frente a mí mientras discutimos las próximas reformas de Velvet Lady y el proyecto del club de la isla, pero mi mente no podría estar más lejos. Melina y la noche pasada ocupan mi cabeza cuando llega la correspondencia. Un sobre elegante con el escudo de la familia de Melina grabado en dorado.

— ¿Qué demonios es esto?

— ¿Qué ocurre? — pregunta Konstantinos.

Él sabe que algo no va bien, ya que raramente dejo que se me note alguna emoción. Trato de abrirlo rápidamente y una sensación de incomodidad recorre mi cuerpo mientras leo en letras cursivas:

"Con la bendición de sus padres, Albert y Melina le invitan a su boda."

Es la maldita invitación de Melina, la boda está programada para dentro de un plazo sorprendentemente corto. Realmente lo está haciendo, Melina se va a casar con el maldito Albert.

Mientras sostengo la invitación en mis manos, mi mente regresa a la noche anterior, un momento en el que Melina y yo nos perdimos en un abismo de deseo prohibido. Su piel suave y los suspiros que escapaban de sus labios resonaban en mis oídos. La forma en que se entregó a mí, sin reservas, como si el mundo no existiera más allá del calor que compartíamos, me consumió. Era una diosa de la sensualidad y la tenía en mis brazos, incapaz de resistir a su tentación.

Siempre la consideré una niña mimada e irritante, y mi paciencia con ella era mínima. Pero la noche pasada, algo cambió, algo que me tomó por sorpresa y que nunca admitiría en voz alta. Pero ahora, al mirar la invitación en mis manos, todo el calor y la lujuria parecen una broma cruel. Melina está a punto de casarse con Albert, un hombre frío que seguramente no le dará ni el mínimo placer en la cama.

Konstantinos seguía mirándome, esperando una respuesta.

— Dime ya, Lysandros, ¿qué pasa?

— ¿Viste esto? — le digo mientras le muestro la invitación.

— Sí, la recibí esta mañana.

— ¿Ya se van a casar? ¿Tan rápido?

— Te dije que ella estaba subastando a su hija, no me sorprende que sea rápido, es un matrimonio arreglado.

— Vamos, en qué maldita época vivimos. Esto es primitivo. — protesto.

— Hablando así, parece que te importa la chica.

— No me importa. — contesto bruscamente. — Pero nadie debería casarse con Albert, el tipo es un patán.

— Bueno, ¿y tú irás?

— Claro que no, no tengo nada que hacer en esa boda.

— Quizás mamá quiera que vayas, ya sabes cuánto le gusta la familia.

— Esta vez tendré que decepcionarla.

Konstantinos me mira con sospecha durante unos segundos antes de decir:

— Te veo afectado por la noticia.

— Vamos, deja de decir tonterías.

No puedo explicárselo a él ni a mí mismo por qué estoy tan molesto con la noticia. Tal vez sea la idea de que Melina se está casando con otro hombre, un hombre que considero desagradable. Tal vez sea el hecho de que la están empujando hacia un matrimonio que parece tener motivos más oscuros que el amor. O tal vez sea porque la noche anterior fue una de las mejores que he tenido en toda mi vida. ¡Maldición! Debería haber sido suficiente, la tuve en mis brazos, saqué todos mis deseos, pero parece que no lo fue, ya que el simple hecho de mirar el maldito sobre me causa incomodidad física.

¡Maldición! ¿Qué me está pasando? ¿Qué?



Cuatro semanas después.

Han transcurrido cuatro semanas desde aquella noche prohibida con Melina, y lucho por

enterrar esos recuerdos profundamente en mi interior. Cada vez que se acerca la fecha de su boda, siento un vacío en mi pecho. Es un sentimiento incómodo, casi irritante, y me enoja por permitir que esta situación me afecte. Melina es simplemente una mujer irritante, aunque hermosa, que parece vivir para incomodarme, y debería sentir alivio por su inminente matrimonio. Esto debería poner fin a su petulancia en mi presencia. Después de todo, ¿qué fue aquella noche sino una aventura pasajera para satisfacer mis deseos carnales? No debería significar más que eso.

Pero la verdad es que cada vez que cierro los ojos, veo su rostro, siento el tacto de su piel suave y los suspiros que escapaban de sus labios. Su entrega total, como si el mundo entero no importara, todavía resuena en mis oídos. Perdida en el placer, y la tenía entre mis brazos. Debía ser solo una noche, pero el hecho de que esté a punto de casarse con otro hombre, especialmente alguien como Albert, me perturba profundamente.

Intento convencerme de que esto no es asunto mío, que no debería importarme, pero parece como si el destino se estuviera burlando de mí. ¿Por qué diablos debería preocuparme por lo que Melina haga con su vida? Su boda es mañana, y aunque trato de ignorar ese hecho, no puedo. Respiro profundamente mientras observo desde mi sala hacia la discoteca. La atmósfera en Velvet Lady comienza a transformarse. Las luces se atenúan, la música suave llena el ambiente y los clientes empiezan a ocupar las mesas. Bajo las escaleras hacia el salón principal, veo caras conocidas preparándose para la noche que acaba de comenzar.

Mientras saludo a algunos clientes habituales, escucho la voz estridente de Albert Simund resonando en el salón. Está rodeado de un grupo de hombres, riendo alto.

¿Qué demonios hace este tipo aquí?

Sin pensarlo dos veces, dejo la conversación inacabada y me acerco a ellos. Albert no nota mi inminente llegada, y sus palabras solo empeoran las cosas. Está haciendo comentarios vulgares sobre Melina. Mi sangre hierve instantáneamente.

Casmotto, mi jefe de seguridad, está a pocos pasos de distancia, listo para intervenir, pero lo detengo con un gesto. No quiero que nadie más se involucre en esto. Mi ira es solo mía y de nadie más. Me acerco lo suficiente para que todos puedan verme y escucharme. Mis ojos se encuentran con los de Albert, y mi voz es firme y llena de ira contenida.

— ¿No te han informado que ya no eres bienvenido aquí? ¿O simplemente no entiendes lo que eso significa?

Sus amigos quedan en silencio, sorprendidos por mi intervención. Albert, por su parte, mantiene una expresión despectiva que me hace desear aún más golpear su rostro. Albert me

mira con una sonrisa cínica, desafiando mi autoridad. Da un trago a su vaso de whisky antes de responder, su voz llena de desprecio:

— Lysandros, mi viejo amigo. Parece que estás perdiendo la perspectiva. No necesito una invitación para entrar donde quiera, especialmente en este tugurio. Y, ¿quién eres tú para decirme dónde puedo o no estar?

Siento mi puño apretarse, pero respiro profundamente, tratando de mantener la calma. No quiero convertir esta situación en un espectáculo para todos.

— Yo decido quién puede estar o no aquí. Y tú ya no eres bienvenido — mi voz ruge como un trueno, resonando en Velvet Lady.

— Lysandros, Lysandros, siempre has sido un controlador. ¿Crees que puedes expulsarme de cualquier lugar? En cuanto hable con mi padre, se encargará de todo — se burla, pero sus ojos traicionan cierto nerviosismo.

— No me sorprende que corras bajo el ala de tu padre — digo con una sonrisa satisfecha en el rostro. — Un hombre de poca monta como tú solo podría recurrir a tales medios.

Los ojos de Albert brillan desafiante, y me acerco, quedando a centímetros de su rostro, lo miro con una mirada que probablemente es asesina, agarro su cuello con cierta presión. Siento cada gota de mi sangre correr por mis venas antes de decir entre dientes:

— Sal de Velvet Lady ahora y no vuelvas. Ya no eres bienvenido aquí, y si insistes en ignorarlo, habrá consecuencias.

— Cálmate y celebra conmigo. Solo estoy celebrando mi nueva adquisición, Lysandros. Finalmente desfloraré a la dulce Melina Zephyra mañana.

Sus palabras son tan vulgares como sus miradas insinuantes, mi autocontrol se pone a prueba al límite. Siento que la sangre hierve en mis venas y mi ira se vuelve insoportable.

— Relájate, Lysandros — continúa con un tono de voz molesto. — Incluso podría grabar un video y compartirlo contigo.

Esta provocación supera todos los límites. Mi puño se mueve antes de que pueda pensar, y mi golpe golpea el rostro de Albert con fuerza. Lo toma por sorpresa y retrocede. Sus amigos quedan atónitos, al igual que otros clientes del club, pero no me importa, todo lo que quiero es romper cada pedazo de la cara de este maldito niño rico. Casmotto intenta intervenir, pero estoy cegado por la ira y golpeo nuevamente al maldito que se tambalea y cae al suelo.

— Levántate, maldito, y reacciona.

Albert sostiene su dolorido rostro mientras se levanta del suelo, su expresión de desprecio

reemplazada por sorpresa y furia. Mira a su alrededor, dándose cuenta de que está en minoría, y, a regañadientes, sale de Velvet Lady, sus amigos lo siguen como un rebaño de ovejas perdidas. Casmotto permanece a mi lado, listo para actuar si es necesario, pero la crisis parece haberse evitado, aunque mi ira está lejos de desaparecer, siento que en cualquier momento estallaré con el odio que quema mi alma. No puedo permitir que Melina se case con este maldito, ¡no puedo!

CAPÍTULO 18

Melina

Una semana antes

Siento que mi corazón se aprieta a medida que los minutos avanzan, esperando ansiosamente el resultado en la pequeña tira, ahora húmeda con mi orina.

¡Dios mío, solo una línea rosa, solo una!

Nunca deseé tanto que mi menstruación hubiera llegado. A pesar de mis fervientes súplicas, sigue retrasada. Tomé la decisión de hacer la prueba para disipar mis dudas. Sin embargo, ahora, al borde de conocer el veredicto, apenas puedo abrir los ojos.

Una línea rosa, solo una línea...

Finalmente, reúno valor para enfrentar el resultado. Mis manos encuentran mi boca involuntariamente, y una sensación punzante recorre mi cuerpo como un rayo. Han aparecido dos líneas.

Esto no puede estar sucediendo... ¡no puede!

Dejo que mi cuerpo caiga al suelo y algunas lágrimas se acumulan en mis ojos. Anhele ser madre, es uno de mis mayores deseos en la vida, pero ¿será así? ¿Cómo pude ser tan ingenua? ¿Cómo explicaré este embarazo a Albert, especialmente cuando nunca hemos dormido juntos? Y para ser honesta, ¡nunca dormiremos juntos!

Pero él se asegurará de arruinar mi reputación, sé que lo hará y eso destrozará a mi madre. Veo la puerta abrirse y Cali salir de ella, sus ojos se encuentran con los míos y, aunque desearía disimular lo que está sucediendo, no puedo.

Cali se sienta a mi lado y apoya mi cabeza en su hombro, no dice una palabra, aunque sé que ha visto la prueba en mis manos.

— ¿Le contarás a Albert? — pregunta.

— No es de Albert — digo y siento que mi corazón se rompe.

Cali guarda silencio durante un momento, absorbiendo la información, pero no parece alarmada, solo sorprendida.

— Entonces, ¿de quién es?

— Lysandros Nikopoulos.

— ¡Dios mío! — exclama, ahora genuinamente sorprendida. — ¿Cómo sucedió esto?

— Simplemente sucedió, Cali — digo, sin energía para entrar en detalles.

— ¡Está bien! — se levanta y me ayuda a ponerme de pie. — Sentarse en el suelo del baño no ayudará a nadie. Vamos a pensar en algo. No hay nada que sea imposible de resolver, excepto la muerte.

Me gusta la forma en que Cali aborda las cosas. Aunque intenta transmitir una tranquilidad reconfortante, sé que estoy enredada en un lío terrible. Sin embargo, ella nunca dejará de apoyarme y mostrar calma para no perturbarme.

Cali me ayuda a levantarme del suelo del baño y juntas vamos a la cama. Me hace sentar y se acomoda a mi lado, con una mirada preocupada en su rostro.

— ¿No usaron protección? — Cali finalmente pregunta.

— Él la usó, pero no sé qué pasó.

Cali respira profundamente.

— Siempre hay una pequeña posibilidad, incluso usando protección. Pero lo que está hecho, está hecho. Necesitamos pedir ayuda a alguien. Ya sea a Lysandros, a Anton o incluso a mamá. No podemos enfrentar esto solas — sugiere sinceramente.

Pero yo resisto. Mi mente está llena de confusión y miedo, y no veo una solución clara para este problema.

— No, Cali, no podemos hacer eso. No quiero involucrar a nadie en esto. Voy a pensar en algo, de alguna manera.

— ¿Estás pensando en hacer creer que el hijo es de Albert?

— ¡No! No podría vivir una mentira así — respondo con firmeza, aunque mi voz sigue temblorosa.

Cali respira profundamente, como si estuviera tratando de encontrar otra alternativa. Finalmente, rompe el tenso silencio entre nosotras.

— Melina, sabes que no necesitas casarte con Albert, ¿verdad? Claramente no lo amas, y para ser sincera, no entiendo por qué sigues adelante con esto.

La tristeza se apodera de mí porque Cali no conoce las razones detrás de este matrimonio.

Ella no sabe que estamos siendo forzadas a esto para salvar a nuestra familia de la ruina. Pero mantengo el silencio, no quiero contarle la verdad, aunque estuve a punto de revelarla. Es una carga que llevo sola y no quiero que Cali sufra por eso.

— Quiero casarme con él, Cali — digo, pero ni siquiera yo creo en las palabras que salen de mi boca, y mucho menos Cali.

Ella niega con la cabeza en desaprobación.

— No lo quieres, Mel. Si lo quisieras, no habrías dormido con Lysandros.

Lysandros. Cielos. Lysandros. ¿Qué hará si descubre que estoy esperando un hijo suyo? ¿Cuál será la reacción de un hombre como él ante esta situación? Y si se entera de la situación de nuestra familia, ¿pensará que lo seduje a propósito con el único propósito de obligarlo a casarse conmigo?

— ¿Le contarás a Lysandros? — pregunta Cali, como si leyera mis pensamientos.

— No lo sé.

Cali me mira con preocupación en los ojos y dice suavemente:

— Mel, necesitamos al menos contarle a nuestro primo Anton. Él puede ayudarnos en esta situación, tal vez tenga algún consejo o recursos que desconocemos.

Suspiro profundamente, sintiéndome triste y derrotada. La idea de contarle a alguien de la familia sobre este embrollo es lo último que quiero, especialmente a Anton. ¿Qué pensará de mí? Cielos, ¿qué dirá cuando se entere de que es de Lysandros? Siento un nudo en el estómago y un dolor agudo me invade.

— Sé que es difícil, Melina — continúa Cali — Pero debemos pensar en lo que es mejor para ti y el bebé. No podemos hacer esto solas, y Anton es alguien en quien podemos confiar.

Asiento con la cabeza, a regañadientes.

— Está bien, hablemos con Anton, pero dame tiempo para procesar todo esto — digo, tocando mi estómago que latea.

— Como quieras, Mel, pero recuerda que la boda es en menos de una semana, tenemos que apurarnos.

Hago una mueca al sentir otra punzada en el estómago. Tiene razón, no tengo tiempo.

— ¿Tienes dolor?

Asiento con la cabeza afirmativamente.

— Voy a buscar tu medicina con Mer y vuelvo enseguida — dice Cali, y sale de la habitación, dejándome sola.

¿Qué dirá mamá cuando descubra? Ni siquiera quiero pensarlo. Todo recae sobre mis hombros, la responsabilidad de proveer y sacar adelante a mi familia, y lo tiré todo a la basura por una noche de diversión. Lysandros seguramente no querrá al bebé, Albert cancelará la boda, y seremos noticia durante meses, sin mencionar la bancarrota inminente. Cielos, qué lío. ¿Cómo saldré de esto?

La soledad de la habitación me envuelve, y las incertidumbres parecen abrumadoras. Me pregunto si alguna vez podré superar esta situación. ¿Encontraré la fuerza para enfrentar todos los desafíos que se avecinan? Es difícil ver una salida, pero una cosa es segura: no puedo huir de esta realidad. Debo enfrentarla de frente, por aterradora que sea.

Con todo el caos a mi alrededor y debido a la situación, no he tenido tiempo de detenerme a pensar en el aspecto positivo.

Estoy dando vida, hay una semillita dentro de mí que se convertirá en un hermoso bebé... mi bebé. Acaricio mi barriga y siento, por primera vez, que todo el miedo se disipa.

¡Estoy embarazada! Hay una vida creciendo dentro de mí.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero esta vez son lágrimas de alegría y esperanza. La situación sigue siendo complicada, pero por un momento, me concentro en el milagro que está ocurriendo en mi interior. Este bebé es parte de mí, una pequeña luz en medio de toda la oscuridad que me rodea.

Mientras acaricio mi barriga, comienzo a imaginar cómo será sostener a mi hijo en mis brazos, sentir el calor de su cuerpo contra el mío, escuchar su risa y verlo crecer. Es un pensamiento reconfortante, y una tímida sonrisa se forma en mis labios.

Dios mío, estoy embarazada.

Cali regresa con la medicina y la tomo agradecida. Se sienta a mi lado nuevamente, y ambas nos miramos en silencio, sin decir una palabra. Ella abre una sonrisa reconfortante.

— Tendré un sobrino o sobrina — sonrío y toco mi barriga—. Y a juzgar por tu belleza y la de Lysandros, este bebé será tan hermoso como un ángel.

Las dos reímos, aunque las lágrimas aún llenan mis ojos. Es una mezcla confusa de emociones que se apoderan de mi cuerpo: felicidad, miedo, angustia... todo en un revoltijo que brota en mí. Abrazo a Cali, dejo que mi rostro descansa en su hombro y respiro profundamente. Ella responde al abrazo, apretándome con fuerza, y agradezco a Dios por tenerla, por poder

contar con ella en este momento y no sentirme sola. Mi hermana es mi mejor amiga, y agradezco tenerla aquí y ahora.

Cali rompe el silencio una vez más, mirándome con empatía en sus ojos.

— Melina, eres más fuerte de lo que imaginas. Superaremos esto juntas, pase lo que pase. Y recuerda, la verdad siempre es la mejor opción, por dolorosa que sea.

Tiene razón. Es hora de enfrentar la verdad y las consecuencias de mis acciones. No será fácil, pero es la única manera de seguir adelante.

CAPÍTULO 19

Melina

En la mañana siguiente, con el sol derramando sus tímidos rayos a través de la ventana de mi habitación, siento que es hora de enfrentar a mi madre. La noche fue larga, llena de pensamientos inquietantes y dudas sobre cómo reaccionaré. Pero no puedo posponerlo más. Necesito contarle sobre el embarazo. Decidí no involucrar a Anton en esto, aunque sé que me ayudaría en todas las formas posibles. Sin embargo, sé que afectaría su amistad con Lysandros, y no quiero más consecuencias de este suceso.

Cali está a mi lado, como siempre, apoyándose. Me mira con preocupación mientras me preparo para bajar y enfrentar a mi madre.

— ¿Estás segura de que quieres hacer esto, Melina? Mamá se volverá loca. — Cali pregunta, tocando mi hombro con cariño.

Respiro profundamente y asiento con la cabeza. Tengo que enfrentar a mi madre, sin importar lo difícil que sea. Ella merece saber la verdad.

Bajo las escaleras, con el corazón latiendo fuertemente en el pecho. Mi madre ya está sentada a la mesa, esperándonos. Su cabello castaño está recogido en un moño, y parece tan serena como siempre. ¿Mantendrá esa expresión tranquila después de escuchar lo que tengo que decir?

— Mamá... — comienzo, con la voz temblorosa.

Ella me mira, y sus ojos castaños se encuentran con los míos. Hay algo en ellos, algo que no puedo descifrar.

— ¿Qué sucede, Melina? — pregunta, pareciendo impaciente.

Trato de reunir coraje para continuar.

— Yo... Necesito contarte algo. Es importante.

Mi madre respira hondo, cruza los brazos y me presta más atención. Siento que está esperando una explicación, y entonces decido decir la verdad, sin rodeos.

— Mamá, estoy embarazada.

El silencio en la habitación es ensordecedor. No reacciona de inmediato, solo me mira fijamente como si estuviera procesando mis palabras.

Finalmente, rompe el silencio con una frialdad que me sorprende.

— ¿Embarazada, dijiste?

Asiento, sintiendo un nudo en la garganta. Mi madre levanta una ceja, como si dudara de mí.

— No pensé que tú y Albert estuvieran en esa etapa. No es convencional, pero con la boda tan cerca, no creo que sea un problema. Tal vez sea incluso mejor, comenzar una familia de inmediato y fortalecer aún más los lazos.

Abro la boca, pero no sale mi voz. Respiro profundamente, tratando de controlar la avalancha de emociones que siento en este momento, y murmuro casi inaudiblemente:

— No es de Albert.

Las palabras suenan como una puñalada para ella, a juzgar por sus expresiones de sorpresa y enojo.

— ¿Qué estás diciendo?

Permanezco en silencio, la mirada enojada de mi madre corta mis palabras antes de que lleguen a mi boca.

— ¿Y cómo sucedió esto, Melina? ¿Quién es el maldito que te embarazó?

— No importa, mamá, fue un error, una noche que no debería haber sucedido.

Ella sacude la cabeza con desaprobación y se lleva las manos al rostro.

— No puedes permitirte cometer errores de este tipo, Melina. ¿En qué estabas pensando? — exclama. — ¿No pensaste en tu familia? ¿En cómo esto va a terminar para nosotros?

Las palabras de ella me golpean como un puñetazo en el corazón. No esperaba compasión, pero tampoco esperaba tanta frialdad.

— Sé que fue un error, mamá, y estoy tratando de encontrar una solución.

Ella suspira, pareciendo cansada.

— No hay otra solución más que te cases con Albert, Melina. Y agradece que la boda esté tan cerca. Después de la luna de miel, él nunca sospechará. Los bebés nacen prematuros todo el tiempo, y no se dará cuenta de que el hijo no es suyo.

Me horrorizo ante su respuesta. ¿Cómo puede ser tan insensible?

— Mamá, eso no es justo para Albert. No merece ser engañado.

Ella se levanta bruscamente y se coloca frente a mí, con una mirada de desprecio en los

ojos.

— ¿Crees que esto se trata de justicia, Melina? No podemos hundir a nuestra familia en la vergüenza. Tú eres la culpable de esto, y ahora debes enfrentar las consecuencias.

Sus palabras son duras. Mi madre nunca fue así, nunca fue tan fría e insensible. Siempre fue mi roca, mi protectora, incluso con sus maneras estrictas, pero ahora parece haberse convertido en alguien a quien apenas reconozco.

Las lágrimas comienzan a llenar mis ojos, pero me obligo a no llorar delante de ella.

— No la trates así, mamá. Mel necesita nuestro apoyo. — Cali, quien estuvo observando nuestra discusión todo el tiempo, se hace notar.

— Cállate, Calíope. Tu hermana ya es adulta y tiene que enfrentar las consecuencias de sus actos.

— Pensé que me apoyarías, mamá. Pensé que podía contar contigo. — finalmente reúno fuerzas para decir.

Ella toma su taza y se sirve té, como si nuestra conversación hubiera terminado.

— Deberías haber pensado en las consecuencias antes, Melina. Ahora, ve a verificar los últimos preparativos para la boda. Nada cambiará. No podemos manchar nuestra reputación.

Permanezco ahí, quieta, sintiéndome perdida y desamparada. Mi madre no está dispuesta a ayudarme o entenderme. Ha decidido que casarse con Albert es más importante que todo lo demás. Está ciega, totalmente enfocada en la reputación y en nuestra bancarrota. Aunque quiero comprenderla, porque sé que ha sido difícil mantener todo después de la muerte de mi padre, sé que lo que está haciendo conmigo no es justo, sé que debería comprenderme, o al menos intentarlo.

Los brazos de Cali rodean mi cuerpo y me guían hacia las escaleras mientras subo de nuevo a mi habitación, finalmente las lágrimas comienzan a rodar por mi rostro.

— Vamos a resolver esto, Mel. — Cali me reconforta, pero apenas escucho sus palabras.

Estoy perdida en mi propia mente. Entramos en mi habitación y siento que mi pecho se llena de agua, como si me estuviera ahogando.

— No quiero, Cali. No quiero casarme con ese hombre horrible, no quiero tener que dormir con él y mucho menos fingir que este hijo es suyo. — digo, dejando que el llanto me inunde.

Cali simplemente me abraza y permite que lllore sobre su hombro. Había aceptado

casarme con Albert, me había resignado a tener que convivir con él, pero no a compartir mi cama con él. Pero ahora... con el hijo...

Oh cielos, ¿qué haré?

CAPÍTULO 20

Lysandros

La mañana de la boda

Las imágenes de la cena de anoche siguen reproduciéndose en mi mente como una película de pesadilla interminable. Albert, ese maldito, presumiendo de manera vulgar sobre Melina. Mi rabia parece que va a ahogarme, y aun en mi amplio y lujoso apartamento, me siento atrapado en una jaula, como si las paredes se estuvieran cerrando a mi alrededor.

No puedo permitir que esto continúe. ¡No puedo!

Me siento como un idiota mientras revuelvo la sala, con papeles esparcidos y cajones abiertos, buscando la invitación de boda de Melina. Sé que la boda está programada para esta mañana, pero mi mente racional parece haberse esfumado. No puedo recordar dónde será la ceremonia. No tengo idea de lo que pretendo hacer en su boda, pero necesito calmar esta inquietud que me atormenta, al menos advertirla de lo que le espera. Gruño y resoplo mientras reviso otro cajón, pero la maldita invitación simplemente no aparece. Entonces, de repente, como un relámpago, recuerdo que la tiré a la basura en el calor del momento.

Mientras me atormento por mi acto impulsivo, oigo que suena el timbre del interfono. ¿Quién demonios me está molestando ahora? Respiro hondo, intentando calmarme mientras me dirijo al interfono. Presiono el botón para escuchar la voz del portero.

— Señor Nikopoulos, una joven llamada Calíope está aquí para visitarlo, ¿puedo dejarla subir?

¿Calíope? ¿La hermana de Melina? ¿Qué hace aquí? Especialmente el día de la boda de su hermana.

— Claro, déjala subir.

Tan pronto como abro la puerta, veo la preocupación en su rostro. Parece nerviosa, lo que solo aumenta mi inquietud.

— ¿Qué haces aquí? — le pregunto, tratando de no mostrar cuánto me afecta su visita.

Calíope entra, mirando a su alrededor en mi apartamento como si estuviera buscando algo.

— Necesitaba hablar contigo, Lysandros. Es importante.

Mi curiosidad aumenta. ¿Qué puede ser tan importante que la hermana de Melina necesita decirme en este momento?

— ¿Qué está pasando? — insisto, tratando de mantener mi voz firme.

Finalmente se gira para mirarme, con una mirada seria en sus ojos.

— Lysandros, Melina no quiere casarse con Albert, nuestra madre la está obligando... sé que esto no te concierne, pero me siento impotente frente a todo esto y sé que tienes la fuerza suficiente para hacer algo que impida este matrimonio.

No entiendo por qué Calíope pediría ayuda a mí en lugar de a Anton. ¿Melina le habrá contado acerca de nuestra noche juntos?

— ¿Por qué yo? ¿Por qué no su primo? O cualquier otra persona.

— Ella tiene miedo, está insegura sobre lo que Anton pensará, y Melina me lo contó...

Hace una pausa por unos segundos, visiblemente avergonzada.

— Sobre la noche que pasaron juntos. Pensé que podría ayudarla, nos conocemos desde hace años, y sé que aunque puedas parecer insensible, eres un buen hombre. Ella no quería seguir adelante con la boda, pero nuestra madre la presionó para hacerlo. Melina no sabe que estoy aquí, pero no sabía a quién acudir... ayúdala, te lo ruego.

Miro a Calíope, notando que está vestida con ropa de fiesta para la boda.

— ¿Dónde se celebra la ceremonia? — pregunto, mi mente corriendo para resolver esta situación, incluso cuando ni siquiera sé por qué lo estoy haciendo.

Calíope duda por un momento, como si estuviera decidiendo si debería o no revelar esa información.

— En la Catedral de St. Patrick.

No pierdo tiempo. Salgo del apartamento apresuradamente, sin decir una palabra más a Calíope. Mi mente corre a toda velocidad, no sé qué pensar.

¿Por qué estoy tan ansioso por resolver esto? ¿Por qué siento que mi corazón late tan fuerte ante la posibilidad de llegar y encontrarla ya casada con el maldito?

No permito que nada de esto domine mis pensamientos. La sacaré de allí, no permitiré que esto suceda. Un sentimiento de protección se apodera de mi cuerpo y siento casi hervir la sangre bajo mi piel. ¿Qué tipo de madre obliga a su hija a casarse de esta manera?

La rescataré de allí, de alguna manera, a cualquier costo.

No pasa mucho tiempo antes de llegar a mi destino, entro rápidamente, todavía sintiendo el calor del nerviosismo en mi piel. Ocupa uno de los bancos vacíos al fondo, la iglesia está completamente decorada con flores y arreglos. Busco a Melina, que aún no está en el altar, y veo que llegué justo en el momento de su entrada.

Mi corazón late rápido, y la visión de Melina, vestida de blanco, caminando por el pasillo junto a Anton, es impresionante. Está deslumbrante, como un ángel enviado del cielo. Sus ojos están fijos al frente, pero puedo ver la duda y la tristeza que trata de ocultar.

Entonces, mi mirada se dirige hacia Albert, ese maldito, con una sonrisa arrogante en sus labios. La rabia me consume mientras lo observo.

Melina llega al altar, y todos los invitados se preparan para sentarse.

No puedo mantener una conversación razonable con Melina, no puedo hacer más que lo que estoy a punto de hacer. Me levanto con pasos decididos y avanzo por la alfombra roja, dejando a Melina como único punto de enfoque, el resto del mundo desaparece.

Ella me mira sorprendida, sus ojos se agrandan. Un ruido unísono emana de los invitados y se extiende por toda la iglesia cuando la tomo en brazos.

— Disculpen la molestia. — digo, mi voz cargada de ironía, mientras la acomodo sobre mis hombros.

El murmullo en la iglesia se hace más alto, las voces indignadas de los invitados llenan el espacio. Albert exclama y balbucea, pero los ignoro a todos. Estoy completamente enfocado en Melina, en sacarla de esta pesadilla que estuvo a punto de convertirse en una boda.

— ¿Qué diablos estás haciendo? — Melina se retuerce sobre mí.

La sostengo firmemente antes de responder:

— Salvándote.

— Suelta, déjame bajar.

— Cálmate o terminaré por dejarte en el suelo.

— ¡Déjame salir! — exclama mientras sigue forcejeando.

El murmullo a nuestro alrededor desaparece cuando llegamos a la calle. Trato de abrir la puerta de mi coche y la meto dentro, tomo rápidamente el volante, viendo a la multitud salir de la iglesia y quedando atrás.

Melina está jadeando, sus mejillas están sonrojadas. Y está furiosa, bellamente furiosa, debo decir.

— ¿Qué? ¿Qué crees que estás haciendo?

— Salvándote, ya lo dije. — digo de manera irónica. — ¿O pensaste que te dejaría casarte con ese maldito?

Palidece. Todo el color de su rostro parece desvanecerse al escuchar mis palabras.

— ¿Por qué... por qué te importa?

— Porque sí, ¿necesito una razón para hacer lo que quiero?

El silencio llena el coche por un momento, solo se escuchan los neumáticos cortando el asfalto y nuestras respiraciones agitadas. Melina finalmente rompe el silencio con una mezcla de incredulidad y rabia en su tono.

— No tenías derecho a hacer esto, Lysandros. Era mi boda, mi vida.

Mantengo la vista en la carretera, decidido a llevarla a un lugar donde podamos hablar con más calma.

— Tu boda era una farsa, Melina. No merecías eso.

Ella suspira profundamente, tratando de contener la explosión de emociones que debe estar sintiendo.

— Ahora... todo es un desastre.

Yo también suspiro, mirándola brevemente antes de volver mi atención a la carretera.

— Necesitabas a alguien que te sacara de esta pesadilla, Melina. No podía dejarte seguir con esto.

Ella parece menos furiosa ahora y más abatida. Su mirada está perdida, y puedo ver las lágrimas amenazando con caer.

— No sé qué hacer ahora, Lysandros. Mi madre... se enojará, arruiné todo.

Extiendo mi mano y la sostengo suavemente, pero con firmeza.

— Escucha lo que te voy a decir, porque solo lo diré una vez. No tienes la culpa de absolutamente nada de lo que está sucediendo. Tu madre es una maniática que te vendió a un ricachón asqueroso y maldito, y te robaron en el altar. ¡La culpa es mía! Y debo disculparme por eso, de hecho. Ahora, recomponte y vuelve a ser la maldita chica que me saca de quicio.

Ella me mira, con gratitud y vulnerabilidad en sus ojos. Es la primera vez que la veo de esta manera; siempre es tan altiva y provocadora, pero ahora parece solo una mujer que necesita protección, y eso es exactamente lo que haré, protegerla. Me sorprenden las palabras que acabo

de decir, pero no me arrepiento de expresarlas, porque son completamente sinceras.

— Ahora dime, ¿por qué demonios hiciste esa escena llevándome de la iglesia si podías hablar conmigo antes? — dice después de un tiempo.

— Debo decir que me informaron demasiado tarde sobre algunos eventos. — Miro rápidamente hacia ella. — Pero de todos modos, saliste indemne de esta situación, fuiste secuestrada, impedida de casarte. Sé que toda la maldita alta sociedad se hubiera volcado sobre ti si hubieras dicho no en el altar o desistido minutos antes por alguna razón. De esta manera, lo que todos dirán es que Lysandros Nikopoulos, el maldito libertino dueño de Velvet Lady, se llevó a la dulce y joven en contra de su voluntad. Así, puedes resurgir y contar la versión que prefieras.

— No te difamaré.

Río divertido.

— Como si me importara... pero, oye, ¿no me odiabas? ¿Cuál es el problema?

— Esto es diferente. — Dice antes de suspirar y mirar por la ventana. — ¿A dónde me llevas?

— Necesitas desaparecer por un tiempo, alejarte de todo esto, y ya sé exactamente a dónde llevarte.

— ¿Dejar Manhattan? ¿Te has vuelto loco, Lysandros? No puedo simplemente desaparecer. Tengo responsabilidades con mi familia, con la empresa. Además, mi madre...

La interrumpo con un suspiro.

— Conozco la situación financiera de tu familia, Melina. También sé que tu madre está dispuesta a sacrificarte en nombre de un matrimonio ventajoso, lo saben todos...

— ¿Todos?

— Desafortunadamente, sí. Y puedes regresar a ese mundo y a esa realidad cuando quieras, pero no ahora. Ahora necesitas alejarte de todo esto, y yo puedo proporcionarte esa escapada.

— ¿Por qué estás haciendo esto, Lysandros? ¿Qué quieres de mí? — pregunta, su voz llena de dudas y un toque de enfado. — Siempre me has odiado, y aunque pasamos una noche juntos, sé que lo hiciste solo porque te lo rogué. Fue como un acto de caridad hacia una chica que simplemente toleraste durante años. — continúa.

Melina me mira con desconfianza y una pizca de amargura en sus ojos. Al parecer, mi

acto benévolo de rescatarla de la iglesia no borró los años de desconfianza que habíamos construido entre nosotros.

¿Cómo se atreve a pensar que la llevé a la cama por lástima? Mi sangre hierve, y siento una ola de indignación crecer en mi interior. Respiro profundamente para controlar mi enfado, pero no puedo evitar que mis palabras suenen cortantes.

— ¿De veras crees que haría todo esto por lástima, Melina? — suelto una risa amarga. — No soy el héroe de una historia romántica, no me acuesto con chicas por lástima; te poseí porque tenía ganas de hacerlo desde hace tiempo, maldita sea. Aun odiándote, te deseaba.

Respiro profundamente, tratando de controlar mis nervios.

— Y, por cierto, no es el mejor momento para tener esta conversación, vestida de novia, recién salida del altar. Te llevaré a mi yate; está anclado cerca de aquí, y así podremos hablar con calma, sin riesgo de que atropelle a alguien si vuelves a decir alguna tontería como esa.

Arruga el entrecejo, claramente molesta por mi respuesta.

¡Esta es la Melina que conozco!

CAPÍTULO 21

Melina

Observo a través de la ventana, intentando procesar todo lo que ha ocurrido. Toqueteo el vestido de novia blanco, que contrasta con el coche deportivo de Lysandros, y me siento como una fugitiva al margen de la ley. ¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo ha dado mi vida un giro tan brusco en tan poco tiempo? No puedo dar marcha atrás, no quiero dar marcha atrás, pero tampoco quiero marcharme, no quiero abandonar mis responsabilidades. Mi mente da vueltas con miles de pensamientos abrumándome. No puedo evitar sentir que estoy soñando, que despertaré en cualquier momento y descubriré que todo esto fue solo una pesadilla.

Lysandros conduce con confianza, su expresión seria y decidida. Está atractivo, con la barba ligeramente por hacer, lo que le confiere un atractivo irresistible. Pero sé que no puedo permitirme desear a este hombre ahora, no cuando mi vida se ha vuelto del revés en cuestión de minutos.

Me siento acorralada y vulnerable, pero no puedo permitir que Lysandros se dé cuenta. Necesito mantener mi guardia alta, incluso si me rescató de esa terrible situación. Siempre ha sido tan seguro de sí mismo, tan arrogante. No puedo permitir que piense que estoy a su merced.

Finalmente, llegamos al yate, y me sorprende que sea diferente, no es el mismo que visité el día en que él dio una fiesta. Es lujoso e impresionante, como todo lo que posee Lysandros. Estaciona el coche y se baja, acercándose a la puerta de mi lado para ayudarme a bajar. Me siento extraña al pisar el yate, aún vestida de novia. No es así como imaginé que seguiría este día. Sus ojos están fijos en mí, como si estuviera tratando de descifrar mis pensamientos. Me siento como una presa ante un depredador, pero al mismo tiempo, sé que me ha rescatado, y eso me llena de gratitud y, al mismo tiempo, de incomodidad.

Lysandros me guía al interior de la embarcación, igualmente elegante. Es difícil de creer que esté aquí con él, en lugar de estar en el altar con otro hombre. La realidad de los eventos comienza a pesar sobre mí, pero lucho por mantener mi compostura.

Mientras caminamos por la cubierta del yate, no puedo evitar pensar en cómo mi vida se ha vuelto del revés en cuestión de minutos. Estaba a punto de casarme, de seguir el plan

cuidadosamente elaborado por mi madre para asegurar el futuro financiero de nuestra familia. Ahora estoy huyendo de ese matrimonio, y la única persona en quien puedo confiar es el hombre que siempre me ha tratado con desprecio.

Lysandros me conduce a una zona cómoda, donde podemos hablar en privado. Él parece serio, y sé que tenemos mucho de qué hablar. Me siento en un sillón, manteniendo una distancia segura entre nosotros.

— Entonces, ¿qué planeas hacer ahora, Lysandros? — pregunto, tratando de mantener mi voz firme.

Él suspira, pareciendo menos irritado que antes.

— En primer lugar, necesitamos asegurarnos de que estés a salvo y lejos de cualquier repercusión de todo esto. Después, podemos discutir los detalles. Necesitarás tiempo lejos de Manhattan y de tu madre.

Asiento con la cabeza. Tiene razón, y no puedo negarlo.

— Lo siento, no quería involucrarte en todo esto. — digo suspirando.

Él me mira, sus ojos grises intensos muestran una mezcla de emociones que no puedo descifrar completamente. Se sienta a mi lado, siento el calor de su cuerpo cerca del mío. Lysandros tiene una expresión suave en el rostro, lo que contrasta con sus habituales miradas serias y arrogantes. Toma mi barbilla y me hace mirarlo. Veo cómo sus ojos bajan a mis labios y siento el brillo del deseo apoderarse de él antes de decir:

— No sé qué está pasando aquí, Melina. — comienza y dirige su mirada a mis ojos con una intensidad que me estremece. — Pero desde que estuvimos juntos, incluso si luché mucho, solo puedo pensar en ti y en tus labios, en tu aroma, en tu sabor...

Se acerca un poco más, e instintivamente cierro los ojos para sentir su aliento en mí.

— Sé que puede ser una locura, no soy el tipo de hombre que salva damiselas en apuros, pero solo sé que quiero cuidarte, protegerte. — Su aliento fresco inunda mis sentidos, y siento su boca acercándose a la mía. — Permíteme protegerte, Melina.

Apenas tengo fuerzas para asentir ligeramente con la cabeza, aturdida por la intensidad del momento. Lysandros toca mi rostro con ambas manos y sella un cálido beso en nuestros labios, y siento que cada parte de mi cuerpo responde.

Dios mío, ¿qué es esto?

Es como si mi pecho estallara dentro de mí, como si pudiera volar, como si pudiera hacer cualquier cosa, solo porque Lysandros tiene su cuerpo pegado al mío, dejando su delicioso sabor

en mis labios.

No puedes, Melina. No puedes enamorarte de este hombre... ¡no puedes!

Lysandros separa nuestros labios, y abro los ojos lentamente para verlo mirándome. No sé en qué está pensando, no sé qué vendrá después; lo único en lo que puedo concentrarme son sus ojos y la intensidad de su mirada dirigida hacia mí. Es lo más especial y impactante que he experimentado en mi vida.

Siendo inexperta, esto es algo especial para mí, pero para Lysandros, debe ser solo otro día común.

— Y bien, ¿qué te parece si huimos a una isla?

Mi mente está en un torbellino, debatiéndose entre la prudencia y el deseo. Todo en mí me dice que rechace la propuesta de Lysandros, que piense en las consecuencias y las responsabilidades que he dejado atrás. Pero aquí, en este momento, con sus ojos fijos en mí y el sabor de ese ardiente beso, el deseo habla más alto.

Sé que no puedo simplemente escapar a una isla con él, dejar atrás mi vida y mis obligaciones. Sería irresponsable, impulsivo y loco. Pero también es tentador, una oportunidad para escapar de esa vida que se ha convertido en una pesadilla.

Respiro profundamente, tratando de encontrar las palabras adecuadas, pero antes de que pueda articular una respuesta sensata, mi boca actúa por sí sola, guiada por los sentimientos que Lysandros ha despertado en mí.

— Sí, vamos a escapar a una isla. — Mi voz sale más suave de lo que pretendía, pero es lo que siento en lo más profundo de mi corazón. — Pero solo por un corto tiempo, solo para poner mis pensamientos en orden.

Lysandros sonrío de manera sexy y atrevida.

Dios, ¡qué guapo es!

— Como quieras, Melina.

Siempre me llama Melina. Es una de las pocas personas que me llaman por mi nombre en lugar de por mi apodo, y me gusta mucho, me gusta cómo suena mi nombre en sus labios, me gusta cómo entona su voz, me gusta... Lysandros.

CAPÍTULO 22

Melina

Bajo del barco de Lysandros y mis ojos se llenan de asombro y admiración al contemplar la isla privada ante mí. El viaje no ha durado más de una hora, y me sorprende por su rapidez. El sol brilla intensamente en el cielo, reflejando sus dorados colores en las cristalinas aguas que rodean la costa. Es un escenario paradisíaco, algo que solo había visto en postales o en películas. La suave y blanca arena se extiende hasta donde alcanza la vista, y altas palmeras se balancean suavemente con el viento, proporcionando sombras acogedoras. El exuberante verde de la vegetación tropical contrasta con el profundo azul del océano, creando una impresionante paleta de colores. No puedo evitar sentir que he entrado en un mundo completamente distinto, un refugio secreto y lujoso.

Lysandros me ofrece su mano para ayudarme a desembarcar, y yo acepto, sintiéndome un poco insegura en medio de tanta belleza y opulencia. Todavía llevo puesto mi vestido de novia blanco, que ahora parece un poco fuera de lugar en este entorno tropical. Pero Lysandros, con su inquebrantable confianza, me guía por la playa como si fuera lo más natural del mundo. La vista es, como mínimo, divertida. Lysandros está vestido de manera menos formal de lo que suelo verlo. Lleva solo una camisa negra ligeramente abierta, dejando entrever su pecho. Me cuesta concentrarme al verlo de esa manera, mientras yo llevo el vestido de novia con la falda rozando la arena.

Respiro profundamente, absorbiendo todo el entorno; hay lujosos bungalós esparcidos por la costa, cada uno con su propia vista impresionante al mar. El exclusivo club aún está en construcción, pero ya puedo vislumbrar su potencial para convertirse en un lugar de reunión exclusivo y sofisticado.

— ¿Cuándo estará todo listo? — pregunto con curiosidad.

— Aún falta tiempo para la inauguración.

— Pero las obras comenzaron hace meses, pensé que ya estaría terminado.

— Lo que planeo para este lugar es grandioso, y Roma no se construyó en un día.

De repente, un pensamiento me asalta, y la desesperación se refleja en mi rostro.

— ¿Hay señal de teléfono aquí? Dios, necesito avisar a mi madre, a Anton, a Cali... — digo, ligeramente angustiada.

Lysandros suelta una risa, como si encontrara gracioso mi desesperación. Sus dientes hermosos y blancos aparecen, haciendo que mi corazón se entibie ligeramente. Es una risa sincera, una que nunca le he visto.

No debería estar disfrutando tanto de verlo sonreír.

— Tranquila, Melina. Claro que hay señal de teléfono. Pero primero necesitamos conseguir ropa más adecuada para ti y un baño caliente para que puedas relajarte. Después de eso, tendrás todo el tiempo del mundo para llamar a quien quieras.

Me mira con una sonrisa tranquilizadora, y me siento un poco más aliviada. Al menos no estoy completamente desconectada del resto del mundo en esta isla paradisíaca. Estoy de acuerdo con Lysandros, dándome cuenta de que tiene razón. El peso del vestido lleno de pedrería comienza a hacerse notar, y me siento como si estuviera atada en medio de tantos cierres y el corsé.

Respiro profundamente mientras considero que no me gusta nada de este vestido. Él me guía hacia uno de los lujosos bungalós que se extienden por la costa, y el interior es aún más increíble. La decoración combina elegancia y comodidad, con muebles de madera oscura que contrastan con suaves tonos de azul y blanco.

Lysandros hace un pequeño recorrido conmigo y me muestra el cuarto de baño antes de dejarme a solas para que pueda relajarme. Entro en la ducha y me deshago de cada una de las piezas que componen el extravagante vestido. A medida que me deshago de los tejidos, los recuerdos de cuando me vestía con él vuelven a mi mente. Esta mañana, al amanecer, sentía una angustia que se apoderaba de mi alma. La idea de pasar el resto de mi vida con Albert me resulta repugnante, y pensar que tendría que mentir acerca de la paternidad de mi bebé me atormenta aún más.

Siempre he sido una chica testaruda, y cuando mi padre aún estaba vivo, me permitía tomar mis decisiones y seguir mi propio camino como un pájaro libre que podía volar a donde quisiera. Y eso era precisamente lo que hacía, vivía como un pájaro, disfrutando, divirtiéndome, estudiando lo que quería, vistiendo como me apetecía, yendo a donde me gustaba... Porque él confiaba en mí, en mis elecciones, y yo no lo decepcionaba. Pero luego se fue, se fue y yo solo tenía dieciséis años, y aunque deseaba seguir siendo esa atrevida niña llena de deseos, ya no podía.

Enciendo la ducha y me sumerjo bajo el agua caliente. A medida que cae sobre mí, siento

cómo todos los miedos desaparecen. Dejo que el agua lave todos los sentimientos negativos que han invadido mi mente desde que supe de mi compromiso con mi familia. Aunque no sé qué haré ahora, al menos tengo tiempo para pensar y poner mis ideas en orden. Tengo tiempo para decidir... y necesito agradecer a Lysandros por ello.

No entiendo por qué hizo esto, y sé que no es precisamente un hombre romántico ni altruista, al contrario. Lysandros es impulsivo, audaz, y nunca lo he visto en una relación con nadie, y no será ahora cuando lo haga. Por eso necesito proteger mi corazón. Sé que me está ayudando, sé que siente atracción por mí... pero nada más, y debo mantener mis defensas en alto.

Después de la ducha, encuentro un lujoso albornoz esperándome, y Lysandros está sentado en la cama, con una pierna cruzada, disfrutando de un vaso de whisky. Tiene una sonrisa pícaro en el rostro al verme con una toalla, y siento un escalofrío recorrer mi cuerpo solo con su mirada. Esa mirada... con esos ojos grises que solo él tiene, esa forma de sonreír, esa mezcla de desenfado y arrogancia en su mirada que lo hace increíblemente atractivo y al mismo tiempo me dan ganas de darle un bofetón en la cara.

Se levanta y me ayuda a elegir un conjunto de ropa más adecuado para el entorno tropical, que está dispuesto en las perchas y que deben haber traído mientras yo estaba en la ducha.

— Este te quedará genial —dice mientras coge uno de los vestidos.

Le cojo la mano y lo miro fijamente.

— Lo llevaré, pero no te acostumbres a que vista lo que tú quieres.

Él sonríe. Lysandros me hace sentir como una niña en su presencia. Es imponente, maduro. Su aura irradia fuerza y sensualidad, como si cada palabra que sale de su boca fuera de extrema relevancia. Es un hombre acostumbrado a liderar, a dar órdenes, y eso se nota en cada gesto, en cada mirada penetrante que dirige hacia mí. Aunque es desconcertante, es difícil negar la atracción que siento por él. Sus ojos grises, profundos como el océano que rodea esta isla paradisíaca, capturan mi atención de manera irresistible.

Me retiro para cambiarme, tratando de fingir que su presencia no me afecta. Cuando vuelvo, lo encuentro mirando por la ventana y luego se gira para mirarme.

— Como dije... te queda genial —dice con una sonrisa pícaro, observándome de arriba abajo.

¿Por qué? ¿Por qué es tan atractivo?

— Ahora puedes llamar a quien quieras, Melina. Y si lo prefieres, luego podemos dar un

paseo por la isla y explorar todo lo que tiene para ofrecer —continúa.

Me acomodo en la cama y marco el número de Cali en el teléfono. Lysandros sale de la habitación para darme privacidad mientras escucho el sonido del timbre al otro lado de la línea, lo que me pone nerviosa cada vez que vuelve a sonar, hasta que finalmente oigo la voz de Cali.

— Cali, soy yo, Mel —digo un poco ansiosa.

— ¡Dios mío, Mel! ¿Dónde estás? Te hemos estado buscando como locos, ¿sigues con Lysandros?

— Sí, Cali, estoy con él. Llamé para avisarles, para que no se preocupen. ¿Y cómo va todo por ahí? ¿Y mamá?

— Está furiosa, completamente enfurecida con Lysandros. Llamó a Athina, su madre, y a Stefanos, su hermano mayor, para que resolvieran la situación. Ha causado un gran revuelo.

— Oh, cielos. Necesito advertir a Lysandros sobre el caos que lo espera.

— ¿Dónde están ustedes? —pregunta Cali, curiosa.

— En la isla de Lysandros, él me trajo aquí hasta que la situación se calme.

— ¿Ya le has contado?

— ¡No! Y, por favor, Cali, sé discreta. Mamá no puede sospechar que el hijo que espero es suyo.

— No te preocupes, no diré ni una palabra. Si yo fuera tú, no volvería nunca más, porque mamá está volviendo locos incluso a los empleados —dice Cali con su característico sentido del humor.

— Estoy sin teléfono, pero puedes comunicarte conmigo a través de este número al que te he llamado.

— De acuerdo, Mel. Cuídate y trata de olvidar y relajarte un poco por allá en compañía de ese dios griego que es Lysandros.

— ¡Cali! —la reprendo.

— ¿Qué? Aprovecha, tienes una segunda oportunidad. Ahora debo irme, mamá se acerca y si sospecha que eres tú en la línea, te matará por teléfono.

— Está bien, cuídate, Cali. Te quiero.

— Yo también te quiero, hermana.

Ella cuelga. Respiro profundamente, observando los detalles de la habitación en la que

me encuentro. Una extraña sensación se apodera de mi cuerpo; sé que debería estar asustada, con miedo e incluso desesperada por todo el caos que está ocurriendo en mi vida. Pero lo único que siento es una mezcla deliciosa de aventura y de posibilidades a mi alrededor.

Lysandros reaparece en la puerta del bungalow, se apoya en la entrada y me mira.

— ¿Estás lista? —pregunta, y me levanto para acercarme a él.

Al acercarme, siento su mano firme y segura envolviendo mi cuerpo, transmitiendo una sensación de protección como si estuviera dispuesto a cuidar de mí, incluso si es por interés propio. Me siento pequeña y vulnerable a su lado, pero al mismo tiempo, tengo una extraña confianza en su presencia. Es como si supiera exactamente lo que está haciendo, como si estuviera jugando un juego en el que es un maestro, y yo solo una pieza en su tablero.

— Estás espectacular, Melina —comenta, su tono de voz lleno de elogios, pero también de un tipo de posesividad que no pasa desapercibido.

¿Qué pretende Lysandros? ¿Qué juego está jugando? Y lo más importante, ¿cómo reaccionará cuando descubra que estoy esperando un hijo suyo? Sacudo la cabeza bruscamente, tratando de alejar mis pensamientos.

— ¿Qué sucede, Melina?

— Nada, solo... todo es muy... confuso. —digo, sin saber exactamente qué decir para evadir su pregunta.

— De hecho, no todos los días se roba a una novia de la iglesia. —ríe.

— Por cierto, Cali me dijo que mi madre ha convocado a tu hermano Stefanos y a tu madre para que resuelvan la situación; está furiosa contigo.

— Bueno, qué maravilla. —dice, y no entiendo.

— ¿Cómo es eso?

— Mi plan funcionó, ella está enojada conmigo, no contigo.

— ¿No te preocupan las consecuencias?

— Vamos, Melina, ¿crees que soy un hombre que da explicaciones de sus actos a su madre y su hermano? Tu pobre madre está hablando al viento. Stefanos no se meterá en nada, mucho menos mi madre. Ambos me conocen perfectamente.

Continuamos caminando por la isla bajo el abrasador sol, mientras mi mente se llena de pensamientos tumultuosos. Lysandros parece tan cómodo aquí, un refugio que domina con maestría. Mientras caminamos por la playa, siento la suave arena bajo mis pies descalzos y

escucho el suave sonido de las olas rompiendo en la costa. Es un escenario idílico, pero incluso si quisiera, no puedo olvidar los problemas que me rodean.

Lysandros me guía por un sendero que lleva a la cima de una pequeña colina, donde hay una construcción deslumbrante que supongo que es una de las dependencias del complejo, con una amplia terraza elegantemente decorada con cómodos muebles de mimbre y suaves cojines que invitan a los huéspedes a relajarse y disfrutar de las vistas espectaculares. Grandes sombrillas blancas proporcionan sombra suave, mientras las linternas colgantes iluminan el espacio a medida que se acerca la noche. La vista panorámica que se abre ante nosotros es impresionante.

La isla se extiende hasta donde alcanza la vista, con sus playas de arena blanca, altas palmeras y la exuberante vegetación tropical. El océano se extiende hasta el horizonte, un azul profundo que se funde con el cielo claro. Nos sentamos en una de las mesas con una de las mejores vistas del lugar.

— Necesitas relajarte, Melina. —dice, después de que sus empleados sirven bebidas tropicales y aperitivos y desaparecen, dejándonos solos.

— ¡Es fácil para ti decirlo! No es tu vida la que acaba de desmoronarse.

Lysandros se ríe y coge su copa de vino y la bebe.

— Sabes, Melina... nunca has tenido el lenguaje de una dama de alta sociedad.

Tiene razón, nunca lo he tenido. Mi padre nunca me obligó a tomar clases de etiqueta, aunque mi madre quisiera hacerlo a toda costa para mí y Cali, él nos dejó la elección y, obviamente, no lo hicimos.

— ¿Qué estás haciendo conmigo aquí, Lysandros? ¿Por qué me trajiste? ¿Por qué me salvaste? ¿Qué ganas con esto?

CAPÍTULO 23

Lysandros

Melina me está mirando con una determinación que me atrae. Está aquí, sentada frente a mí, en una isla que me pertenece, después de haber tenido su vida patas arriba, pero aún así, es intrépida y desafiante como siempre. Melina, en realidad, es una mujer rara, no puedo fingir que no lo es.

— Melina, debes dejar de cuestionarte tanto. Relájate y disfruta del momento. No te hace bien buscar respuestas para todo. A veces, es mejor simplemente vivir el presente. —respondo a su pregunta con calma.

Sus cejas se fruncen, y deja ver la inquietud que se apodera de sus sentidos.

— Es fácil para ti decirlo, ¡tú no asumes las consecuencias de nada! Volverás y seguirás con tu vida como antes, mientras que yo...

— Mientras yo, ¿qué, Melina? ¿Querías casarte por la fuerza con un maldito como Albert Simund?

Ella baja la cabeza y respira profundamente, contrariada.

— No. —responde finalmente.

Melina se queda en silencio durante unos segundos, pero no parece satisfecha con cómo terminó la conversación. Le gusta tener la última palabra, eso es completamente evidente.

— ¡Pero no pienses que me entregaré de nuevo a ti! Si me trajiste aquí pensando que sería fácil, solo porque era inexperta cuando estuvimos juntos y lo seré de nuevo, ¡no te equivoques! Eso no sucederá.

— ¿Inexperta? —levanto una ceja intrigado. — ¿Qué quieres decir con eso?

Melina aparta la mirada como si hubiera dicho algo sin pensar y permanece en silencio.

— Dime, Melina. ¿Eras virgen? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Su rostro se sonroja instantáneamente, y aunque no responde, puedo prever su respuesta solo por sus expresiones.

Me levanto rápidamente, mirándola con perplejidad.

— ¡Maldición! —gruño, dando pequeños pasos por la habitación.

— ¿Por qué no me lo contaste, Melina? ¿Por qué? —pregunto, dejando que la furia sea evidente.

— Porque pensé que si lo supieras, podrías considerarme demasiado inexperta y renunciar. —su respuesta sale casi como un susurro.

— Eso estuvo mal, Melina. —vocifero. — Si lo hubiera sabido, ¡nunca habría hecho esto!

Ella se levanta para enfrentarme, como si pudiera, como si tuviera derecho. ¡Maldición! Qué mujer tan presuntuosa.

— Fue mi elección, Lysandros. Yo quise. —responde de manera altiva.

¡Maldición!

Respiro profundamente e intento controlar mi creciente furia. No es así como quería que esta conversación se desarrollara, pero la revelación de su virginidad, o más bien, el hecho de que no me lo contó antes, me afectó de manera inesperada.

Con un suspiro, me acerco a ella, tratando de encontrar las palabras adecuadas para expresar mi frustración sin empeorar la situación.

— Melina —comienzo, con mi voz ahora más tranquila. — Debería haber sido más gentil contigo. La primera vez de una mujer es algo especial, y yo... al menos debería haberlo sabido.

Sus ojos altivos cambian ligeramente a una expresión de sorpresa. Es evidente que no esperaba esta respuesta mía. Tal vez esperaba que la reprendiera aún más, pero no puedo dejar de sentir que la culpa no es solo suya. Debería haber sido más atento, más sensible a las señales. Y ahora me pregunto si todos sus gemidos eran de placer o si hubo alguno de dolor. ¡Maldición! ¿Por qué no me lo contó? ¿Por qué?

Respiro profundamente y toco su rostro con ambas manos, sintiéndome tentado a besarla, a sentir el calor de sus labios en los míos. Las emociones, deseos, ira, cariño, todo está surgiendo en mí por Melina en este momento, y es una mezcla de cosas que no puedo procesar ni entender.

Miro profundamente en los ojos de ella, una oleada de emociones y deseos barriendo mi interior. El deseo entre nosotros es tan fuerte que siento que corta el aire. Observo sus labios, y una atracción magnética que va más allá de cualquier enojo o frustración me envuelve. Mantenemos nuestra mirada mutua durante unos valiosos segundos, como si estuviéramos comunicando nuestros deseos solo a través de la mirada.

Finalmente, no puedo resistir más la atracción que siento por Melina. Me acerco a ella lentamente, sosteniendo su rostro con delicadeza entre mis manos, y nuestros labios se

encuentran en un beso apasionado y ardiente.

Siento una descarga eléctrica recorrer todo mi cuerpo cuando beso los labios de Melina. Es un beso lleno de pasión reprimida, una mezcla abrumadora de deseo y confusión. Después de todo, hasta hace poco la odiaba fervorosamente. Entonces, ¿por qué ahora la deseo con tanta intensidad? Porque necesito tanto el sabor de su beso, su aroma impregnándose, porque anhelo sus suspiros contra mí.

Melina no ofrece resistencia. Por el contrario, corresponde al beso con una entrega total. Nuestras lenguas danzan en una coreografía íntima, explorando cada rincón de la boca del otro. El sabor de sus labios es adictivo, y la sensación de su piel suave bajo mis manos me enloquece.

Con cuidado, guío a Melina hasta un pequeño sofá en la terraza. Ella se deja llevar, como si estuviera tan perdida en el momento como yo. Con cada segundo que pasa, las barreras que construimos entre nosotros parecen desmoronarse, y la atracción entre nosotros se vuelve irresistible. Nuestros besos se vuelven más intensos, más hambrientos. Mis manos se deslizan por su cuerpo, explorando sus curvas delicadas, mientras ella suspira contra mi boca. Cada toque, cada caricia, es una promesa de placer compartido.

Melina permite que mis manos sigan el contorno de su cintura y se pierdan en su cabello, manteniéndola cerca de mí. Inclino mi cuerpo sobre el suyo, acomodándola en el sofá, y la veo separar nuestros labios repentinamente.

Melina recobra mínimamente la conciencia de los hechos y, con los labios entreabiertos, pregunta con voz temblorosa:

— Lysandros, ¿qué estamos haciendo?

Sonrío, mirándola a los ojos, mis dedos aún acariciando su rostro.

— Estoy haciendo las cosas de la manera correcta esta vez, Melina. —respondo suavemente.

Ella frunce el ceño, confundida.

— ¿Qué quieres decir con 'de la manera correcta'?

Mi respuesta es una sonrisa maliciosa.

— Quiero hacerte una mujer de verdad, Melina. Esta vez con cariño y cuidado...

Veo que sus mejillas se sonrojan.

— Pero alguien podría venir aquí, Lysandros. Este es un lugar público.

— No te preocupes, Melina. He dado órdenes para que todos los empleados desaparezcan

y solo vuelvan si son llamados. —aún sonriendo, la tranquilizo.

Ella suspira, reacia, pero con deseo en sus ojos.

— Si estás haciendo esto por culpa, por querer recompensar, es mejor que te detengas, Lysandros.

Muevo la cabeza ligeramente y río.

— ¿No puedes verlo? ¿No puedes sentir el deseo que me quema solo con mirarte? Te deseo, Melina... quiero enterrarme en ti, hacerte gemir, hacerte...

Antes de que termine de hablar, Melina me besa apasionadamente, llena de deseo, como si quisiera consumir cada centímetro de mi ser. Siento que mi cuerpo la desea con una hambre profunda y primitiva que trasciende la realidad. Que trasciende la decencia. La boca de Melina es suave, y ahora puedo sentir la inexperiencia de su toque, pero me vuelve loco.

He estado dentro de ella, he probado su dulce néctar, pero de alguna manera, siento que ahora tengo los ojos más abiertos, incluso dominado por la pasión, saboreo cada detalle como si fuera precioso.

Dios mío, es tan deliciosa, está tan entregada a mí.

Ella es una mezcla de inocencia y pecado. Melina toma mis labios y juega con mi lengua con un desespero delicioso que trasciende su inexperiencia. Se mueve contra mi cuerpo mientras besamos, entregada, absorta, suspirando alto. ¿Alguna mujer me ha besado así? ¿Con esta intensidad? ¿Con esta entrega? Si es así, no puedo recordarlo.

Deslizo mis labios hacia el cuello de Melina, que gime con mi toque. Con las manos, bajo las tiras de su vestido, revelando el inicio de sus redondos senos cubiertos por encaje de su sujetador blanco.

Melina es mía. Solo mía.

Nunca antes la han tocado así, nunca antes la han acariciado de esta manera, y esta es una experiencia nueva para mí. Nunca he sido el primero para nadie, y ahora estoy a punto de poseer nuevamente a la mujer que hizo hervir mi sangre durante tantos años.

De repente, una desesperación se apodera de mí, necesito tenerla, necesito sentirla. Abro la cremallera de su vestido y termino de deslizarlo, revelando sus curvas voluptuosas y tentadoras, cubiertas por un conjunto de lencería a juego.

— Me estás mirando como si quisieras devorarme. — dice, con malicia en su voz.

— Es porque lo voy a hacer. — respondo, entre dientes. — Desnúdate completamente

para mí, Melina.

Ella obedece, se sienta y comienza a retirar lentamente el resto de las prendas que la cubren, mostrando su cuerpo sin pudor. Melina muerde su labio inferior y se acomoda en el sofá, presionando sus senos con su brazo después de quitarse la última prenda. Ella lo sostiene con la punta de los dedos y lo deja caer al suelo mientras me mira, llena de malicia. Melina me empuja suavemente con uno de sus pies, y me alejo un poco, teniendo una vista completa de su cuerpo desnudo. Abre las piernas lentamente, comenzando a revelar el delicioso triángulo entre sus muslos. Melina se abre de manera desinhibida, y siento cómo me tiembla la mandíbula al verla.

¡Qué mujer tan sensual!

Mi respiración se vuelve más pesada y trato de controlarme, sabiendo que esta vez quiero ser más gentil, pero ella no ayuda actuando de esta manera. Doy un paso adelante para tomarla, pero ella vuelve a levantar el pie, impidiéndome.

— Desnúdate primero, Lysandros. — dice.

Sonrío, el juego que ha comenzado Melina me excita aún más. Comienzo a desabrochar mi camisa lentamente, manteniendo mis ojos fijos en los suyos todo el tiempo. Su mirada hambrienta permanece fija en mí mientras revelo mi pecho bien definido. Ella muerde su labio inferior, un gesto que aumenta mi deseo. Cuando finalmente me quito la camisa, la dejo caer al suelo con deliberación. Abro mi pantalón y lo quito rápidamente, dejando ver mi erección que ya está latente a través de mi ropa interior.

Melina suspira y veo cómo su mirada se ilumina al mirar. Me acerco rápidamente, incapaz de contenerme. A pesar de mi deseo de ser cuidadoso con ella, la atracción feroz que siento por Melina amenaza con dominar cualquier autocontrol que pueda tener. Su cuerpo suave roza el mío, y puedo sentir el calor que emana de ella.

— Me vuelves loco, Melina.

Melina parece satisfecha con el poder que ejerce sobre mí. Sus ojos chispean con una mezcla de poder y deseo. Ya no puedo esperar. Con movimientos rápidos y decididos, la tomo por la cintura y la hago sentarse sobre mí. Ella emite un suave gemido cuando nuestros cuerpos se encuentran, y atrapo sus labios en un beso apasionado. Siento su humedad rozar mi erección, que late de deseo por ella. Melina se mueve sobre mí, su cuerpo no encaja completamente en el mío, parece estar probando su nivel de placer, usándome de manera deliciosa.

— ¿Te está gustando? — pregunto mientras interrumpo el beso.

Ella gime en respuesta, perdida en el placer. Inclina la cabeza hacia atrás, moviendo sus caderas sobre mí mientras chupo su pezón duro. Se estremece sobre mí. La combinación de su

intimidad rozando la mía, moviéndose de manera desenfrenada mientras sujeto su pecho, hace que todo mi cuerpo se incendie.

— No quiero que seas amable, Lysandros. — Melina me mira con ojos deseo y susurra. — Quiero que hagas exactamente lo mismo que la última vez.

No hay espacio para suavidad o gentileza ahora; Melina está salvaje, ansiosa. Y le daré exactamente lo que quiere. La elevo sobre mí y la acomodo, penetrando su cuerpo suave y cálido, escucho sus gemidos de placer. Ella sujeta mi espalda con ambas manos y las araña mientras se sienta sobre mí. Melina mueve sus caderas con su trasero perfecto mientras siento todo su cuerpo delicioso.

Nuestros cuerpos se mueven a un ritmo frenético, con el sol poniéndose detrás de nosotros; ella gime mientras toma mi boca, y siento que está cerca de su clímax cuando me retiro de su interior y la vuelvo a poner en el sofá. Ella se queja con un gemido alto de desaprobación, pero me arrojo y, en un movimiento rápido, tomo su centro de placer con mi boca, haciéndola estremecer de placer. Saboreo su delicioso sabor y ella se retuerce contra mi boca mientras tira de mi pelo descontroladamente.

— Necesitaba probar tu sabor. — digo, antes de levantarla y colocarla sobre una de las mesas de la terraza.

Ella está aturdida por el movimiento, pero la acomodo con las piernas abiertas para mí.

— Ahora es mi turno. — digo, con la mandíbula tensa de deseo al verla completamente expuesta para mí en esta posición.

La penetro profundamente y la escucho gemir alto.

— Lysandros... Cielos... — gime sin poder terminar la frase cuando me sumerjo completamente en su interior.

Ella se mueve contra mí, aumentando el ritmo, buscando más, lo que me vuelve aún más loco. Comienzo a moverme rápidamente, y ella gime alto y entrecortadamente. Ya no hay espacio para pensamientos racionales; solo existe la búsqueda desesperada del clímax que sabemos que está al alcance de nuestras manos. La veo arquear la espalda y retorcerse contra mí, en una de las vistas más hermosas que he tenido en mi vida; veo a Melina tener un orgasmo intenso y delicioso y luego me retiro de ella, dejándome llevar con un rugido salvaje por la intensidad de mi propio clímax.

Dejo que mi cuerpo caiga sobre el de Melina, nuestros corazones latiendo uno contra el otro, nuestros cuerpos sudorosos, nuestra respiración entrecortada. Es como si solo existiéramos los dos en el centro de un huracán, exhaustos de placer. Melina sonríe, satisfecha con lo que ha

despertado en mí, y me pregunto si alguna vez podré resistir a esta mujer que se ha convertido en un vicio, una necesidad...

¿Qué me está pasando?

CAPÍTULO 24

Melina

Lysandros me abraza mientras contemplamos el paisaje en silencio, tumbados en una tumbona en la terraza. Él está sin camisa, solo lleva sus boxers recién puestas, mientras que yo estoy cubierta únicamente con su camiseta. No parece necesario pronunciar palabra alguna; de hecho, creo que no existen palabras suficientes para expresar lo que siento en este momento. Experimento una sensación de plenitud en el pecho, algo que nunca antes había sentido.

Mientras respiro profundamente, inhalando todo el aire de la noche en mis pulmones, no puedo evitar maravillarme ante la vista que se despliega ante nosotros. La luna brilla en el cielo, arrojando una suave luz plateada sobre las tranquilas aguas del océano. Las estrellas centellean como diamantes en un manto de terciopelo negro, y el viento fresco acaricia mi piel, haciendo que mi cabello baile suavemente alrededor de mi rostro.

Pero lo que más me envuelve es el aroma de Lysandros. Es una mezcla embriagadora que emana de su piel, una combinación del sudor que permanece en su cuerpo después del intenso momento que acabamos de compartir y el tenue rastro de su colonia. Este aroma es tan familiar y, al mismo tiempo, tan único, que me hace perder un poco la noción del tiempo y el espacio.

Siento su cuerpo detrás del mío, fuerte y musculoso, presionando suavemente contra el mío. No puedo describir adecuadamente esta sensación que me embriaga el pecho; simplemente puedo decir que es asombrosa.

Deseo profundamente que este momento no termine nunca, que podamos quedarnos así durante un tiempo indefinido. El caos que llenaba mi mente ahora parece inexistente, como si todo encajara y me dejara en paz. Quiero continuar de esta manera con Lysandros, juntos y en silencio, compartiendo esta sensación de plenitud que es tan nueva y, al mismo tiempo, tan increíblemente adecuada. Es como si todas las piezas del rompecabezas de mi vida finalmente encajaran, y yo estuviera exactamente donde debería estar, en los brazos de Lysandros, con el mundo a nuestros pies.

Siento las manos de Lysandros, grandes y fuertes, trazar un suave camino por mi piel, erizándome con cada toque. Su caricia comienza en mis brazos y sube lentamente por mi cuello, enviando ondas de placer por todo mi cuerpo. Disfruto de su contacto, de cómo mi piel responde a su caricia, y de todas las sensaciones que surgen de un simple roce.

¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué disfruto tanto de su contacto? ¿Por qué? Sé que él romperá mi corazón, lo sé.

— ¿Qué estamos haciendo, Lysandros? — pregunto directamente, sintiendo su suave caricia en mi piel.

Lysandros me mira a los ojos con su característica seguridad y masculinidad. Responde con confianza:

— Estamos disfrutando el uno del otro, Melina. Como dos adultos que se desean.

— ¿Siempre es así? ¿Siempre tratas a las mujeres de esta manera? — le pregunto con altivez.

Lysandros sonríe, una sonrisa seductora que acelera mi corazón.

Me encanta verlo sonreír, como me encanta verlo sonreír...

— Melina, nunca he sido célibe, y tú lo sabes. Pero eso no significa que trate a las mujeres como objetos. Al contrario, amo a las mujeres.

Siento un nudo en el pecho, un celo inexplicable se apodera de mí. Sé que no debería, sé que no tengo derechos, sé que es imprudente, pero el celo está aquí, latiendo, haciendo que la sangre me suba a la cabeza.

Me levanto bruscamente, avanzando decididamente alejándome de él. Lysandros me sigue, y en cuestión de segundos, sin pensar adecuadamente, siento sus manos tirando de mí y nuestros cuerpos chocan.

— Quiero... quiero irme. Quiero irme ahora. — digo, con furia en mis palabras.

Lo miro, respirando agitadamente, con el corazón latiendo descontroladamente. Su mirada es intensa y sensual, y acaricia un mechón de mi cabello con ternura, mientras mira mis labios con deseo.

— No sé qué tenemos, Melina. Solo sé que te quiero cerca, pegada a mí. — susurra con la voz ronca.

— ¿Por qué? ¿Por qué quieres que esté pegada a ti?

— Porque estoy enganchado a esta sensación. — dice y me aprieta con más fuerza contra

su cuerpo. — Estoy enganchado a ese aroma que desprendes, a la forma en que te entregas, a tus gemidos, a tu cuerpo, a tu sabor...

Sus labios rozan los míos antes de que él inicie un beso; solo siento el calor de sus labios en los míos.

— Estoy enganchado a ti, Melina. — dice al morder mi labio inferior, provocando una oleada de deseo en mí. — Enganchado a enterrarme en ti.

Jadeo en sus brazos.

— Lysandros... — mi voz sale casi como un gemido.

Siento cómo sonrío contra mis labios y luego toma mi boca con pasión. Lysandros me levanta como si no pesara nada y enreda mis piernas alrededor de su cuerpo antes de depositarme en uno de los amplios sofás de la habitación. Lysandros se separa ligeramente para mirarme, su mirada llena de deseo y sin pudor. Está tan sexy; cada vez que lo miro, me parece aún más atractivo que la última vez que lo vi.

Lysandros se inclina y se acerca un poco más. Estoy completamente desnuda, a su merced, anhelando tocar su cuerpo, sentirlo en mí de nuevo. Su aliento está en mi rostro; cierro los ojos para absorber la intensidad de lo que me está sucediendo en un solo segundo. Él besa suavemente mi cuello, y no puedo evitar suspirar al sentir sus labios.

— Me encanta cómo te entregas a mí —susurra, y mi cuerpo se eriza en respuesta.

Continúa dejando besos largos y húmedos, y lo aprieto contra mí por reflejo. Finalmente, Lysandros sube sus labios y encuentra los míos entreabiertos, comenzando con un beso húmedo y lento. En los primeros segundos, siento que todo mi cuerpo se derrite al saborear su boca. Su beso es diferente de alguna manera, me besa con una pasión que no había sentido antes, algo único, con una entrega distinta. Su beso tiene un sabor de intimidad, como si estuviera revelando una parte más profunda de sí mismo. Está lleno de una intensidad que me deja sin aliento. Es como si estuviéramos comunicándonos de una manera que las palabras nunca podrían expresar.

— No quiero que te vayas, Melina —finalmente dice, con un tono suplicante en su voz —. Quédate conmigo.

Quedarme con él.

Es todo lo que quiero hacer... quiero quedarme con Lysandros, en contra de todo lo que imaginaba, en contra de todo lo que pensaba que quería, lo quiero. Quiero quedarme con él...



Abro los ojos lentamente, sintiendo el suave calor del sol invadir la habitación. La brisa fresca del mar acaricia las cortinas. La vista de la playa es simplemente espectacular, con sus aguas cristalinas y sus arenas doradas. No puedo evitar sonreír al darme cuenta de dónde estoy. Es como un sueño, como si estuviera en un sueño del que no quiero despertar. En el balcón del bungalow, veo a Lysandros terminando de preparar la mesa del desayuno en la terraza. Está tan diferente de la imagen arrogante que suele proyectar. Lleva una camisa clara y ligera, lo cual me sorprende, ya que siempre lo veo vestido de negro y muy elegante. Ahora está más informal y relajado. Me acerco a la mesa. Lysandros me ve y sonríe, sus ojos brillando con un calor que nunca antes había visto.

— Buenos días, Melina. Espero que hayas dormido bien —dice mientras tira de una silla para que me siente.

— Estás sorprendentemente amable hoy. ¿Es parte de algún plan? ¿Quieres mantenerme prisionera en esta isla por mucho tiempo? —pregunto mientras me acomodo en la silla.

Él me mira y se inclina para darme un rápido beso en los labios.

— El tiempo que yo quiera.

Lysandros sirve café fresco en una taza y coloca un plato de frutas frescas frente a mí. Le agradezco y comienzo a comer, pero él está extrañamente callado, observándome atentamente.

— ¿Por qué me miras así? —pregunto, levantando la mirada para encontrarme con la suya.

— Porque eres preciosa, Melina.

El cumplido me toma por sorpresa y no sé qué decir. La mayoría de las veces, Lysandros es seguro de sí mismo y un poco arrogante, pero ahora parece vulnerable de alguna manera. Como si se estuviera permitiendo ser él mismo, y no puedo entender, no puedo entender cómo nuestra dinámica cambió tan rápidamente. Las discusiones, la irritación, las pullas siempre estaban presentes entre nosotros, pero ahora hay algo diferente.

Lysandros sonríe, aparentemente satisfecho con mi reacción al cumplido, y sigue ocupándose del desayuno. Se dirige a la pequeña estación de bar que ha montado en el balcón y comienza a preparar un cóctel mimosa.

— ¿Qué te parece un mimosa para empezar el día con estilo? —pregunta, levantando una botella de champán.

Sonrío emocionada ante la idea de un cóctel refrescante. Llena una copa con la mezcla de jugo de naranja y champán y está a punto de dármela cuando me doy cuenta de algo importante. Sostengo la copa cerca de mis labios y miro a Lysandros.

— Esto tiene champán... no puedo beberlo —mi voz vacila y veo una expresión de curiosidad en su rostro.

Frunce el ceño.

— ¿Por qué no? ¿Qué pasa?

¡Qué chismoso!

Respiro profundamente tratando de pensar en una excusa creíble.

— Es que estaba pensando en hacer snorkel más tarde, y he oído que el alcohol y el buceo no son una buena combinación —sonrío, tratando de parecer convincente.

Lysandros parece aceptar mi explicación, aunque todavía está intrigado.

— Podemos guardar el mimosa para más tarde, entonces.

Me siento aliviada por haber evitado la situación, pero también un poco culpable por ocultar la verdad a Lysandros. Quizás sea hora de contarle sobre el embarazo después de todo. Pero antes de que pueda reunir el valor para hacerlo, él cambia abruptamente de tema y comienza a hablar de otra cosa.

— Estaba pensando en dar un paseo en barco después del desayuno. ¿Qué te parece?

Miro a Lysandros, que está más relajado y acogedor que nunca. ¿En qué está pensando? ¿Qué cree que estamos haciendo? Lo único que sé es que quiero quedarme aquí, con él, como si el mundo exterior no existiera. En una especie de limbo temporal, donde nada ni nadie nos afecte.

— Suena genial —respondo, sin permitirme pensar demasiado al respecto.

Terminamos el desayuno y nos dirigimos al barco. El día es increíblemente hermoso, con el sol brillando en un cielo azul y la brisa del mar acariciando nuestro rostro mientras navegamos por aguas cristalinas. Me siento feliz de una manera que no recuerdo haber sentido en años. La brisa parece más fresca, e incluso el sol parece más hermoso.

Lysandros toma las riendas del barco con confianza, manejando el timón con destreza, como si hubiera nacido para hacerlo.

— ¿Dónde aprendiste a hacer esto? —pregunto, admirando su habilidad.

Él sonríe, una sonrisa genuina que ilumina su rostro.

— Mi padre, el viejo Pavlos, solía llevar a mis hermanos y a mí en paseos en barco cuando éramos niños. Aprendí de él. No sé exactamente cuándo, pero es algo que siempre ha estado presente en mi vida.

Lo observo mientras habla, y parece como si se abriera una ventana a su verdadera esencia ante mí. Parece más humano y menos arrogante, y es un vistazo raro a esta faceta de él que estoy empezando a conocer.

Mientras navegamos, me siento arrullada por el suave balanceo de las olas y el calor del sol en mi piel. Lysandros permanece a mi lado, con la mirada fija en el horizonte, y el silencio entre nosotros es cómodo, no incómodo ni tenso, sino sereno y apropiado. No recuerdo haberme sentido tan cómoda en presencia de otra persona antes, y eso me intriga, dado nuestro historial de roces y odio mutuo. Pero la verdad es que todo cambió, cambió desde que dormimos juntos por primera vez; parece que nuestras almas se entrelazaron y se unieron de una manera inexplicable. Lysandros es diferente, sé que lo es... puedo sentirlo.

De repente, sintiendo la brisa jugar con nuestros cabellos y el sol calentando nuestra piel, vuelvo a sentir la voluntad de contárselo, de hablarle sobre el hijo que esperamos. Aunque no aspire a que quiera formar una familia conmigo, algo me dice que no lo rechazará...

Pero Lysandros rompe el silencio y, casi de inmediato, mi valentía se desvanece.

— ¿Cómo te va en la universidad? — Pregunta con su voz suave.

Suspiro, pensando en todo el estrés y los desafíos que la universidad ha traído.

— Este fue mi último semestre. — Respondo, sintiendo una mezcla de alivio y ansiedad.

Lysandros parece sorprendido.

— Y, ¿qué planeas hacer a partir de ahora?

Contemplo la pregunta por un momento antes de responder sinceramente.

— Mi sueño siempre fue asumir las empresas de mi familia, pero mi madre nunca lo permitió.

Frunce el ceño, pareciendo intrigado.

— ¿Por qué no?

Suspiro de nuevo, pensando en la complicada relación que tengo con mi madre.

— No estoy segura. Creo que es un poco conservadora y cree que una mujer no debería ocupar un cargo tan importante.

Lysandros niega con la cabeza, pareciendo pensar profundamente.

— Eso no debería impedirte hacer lo que quieras.

— De la forma en que lo dices, parece fácil.

— Estoy seguro de que para ti lo es. Eres la persona más obstinada y determinada que conozco, y sé que si realmente quisieras asumir las empresas, lo harías. Entonces, ¿qué te detiene?

Lysandros me desafía, y lo miro, reflexionando sobre la respuesta. La verdad es que lo que me detiene es el miedo a decepcionar a mi madre y dañar la frágil relación que tenemos. Aunque no esté de acuerdo con sus opiniones conservadoras, todavía la quiero y no quiero herirla.

Pero miro a Lysandros y no puedo evitar pensar que hay verdad en sus palabras. No puedo vivir mi vida basándome en las expectativas de los demás. Si realmente quiero asumir las empresas de mi familia, tengo que encontrar una manera de hacerlo, incluso si eso significa desafiar las expectativas de mi madre.

De repente, un desánimo me invade.

— ¿Qué empresas? Todo se ha derrumbado... estamos en quiebra, lo sabes bien —digo al respirar profundamente.

Lysandros mira el horizonte por un momento antes de responder.

— Eso es solo un detalle, Melina. Y un detalle que se puede resolver.

— Es fácil para ti hablar, Lysandros. Tienes tanto dinero que podrías comprar una isla como esta todos los días.

Él sonríe, pero esta vez su sonrisa es amable.

— No se trata solo de dinero, Melina. Se trata de determinación, visión y trabajo duro. Y tengo la sensación de que tienes todo lo necesario para superar cualquier obstáculo, incluyendo a tu madre.

Mientras el barco se desliza por las aguas tranquilas, miro al hombre que pasó de ser mi mayor antagonista a un amante apasionado y ahora un motivador. ¿Cómo sucedió esto entre Lysandros y yo? ¿Cuándo llegamos a este punto? No podría decirlo.

— Deberías darte más crédito. Supe que eras la mejor de tu clase en la universidad. El

rector me confió una vez que eras extremadamente capaz y tenías un futuro brillante por delante.

Lo miro, sorprendida por el elogio inesperado.

— ¿Pero por qué te lo habría mencionado a ti? — Lysandros sonríe enigmáticamente.

— Bueno, como sabes, solía ir a la universidad de vez en cuando para discutir negocios con él. Y siempre quise mantenerme informado sobre los nuevos prodigios que se estaban formando, y así fue como él te mencionó.

— ¿Para qué diablos necesitarías nuevos prodigios si eres el dueño de Velvet Lady? Sé que necesitabas contratar a alguien para el proyecto de la isla, pero, ¿y antes de eso?

Él ríe, su risa resuena en el entorno. Sigo encontrándolo atractivo cuando sonríe, cada vez más cautivada por él.

— Bueno, necesito un equipo de abogados para mis negocios, y no solo Velvet Lady. Requiero consultores, administradores, y soy alguien al que todos recurren en busca de consejos sólidos. Muchos de los clientes de Velvet Lady confían en mi criterio y en mis recomendaciones. Saben que tengo una visión estratégica y precisa.

Mientras él habla, no puedo evitar sentirme impresionada por la red de influencia que Lysandros ha construido a lo largo de los años. Es mucho más que un simple empresario rico; es un astuto estratega y un líder respetado en el mundo de los negocios.

— Entiendo — respondo, aún procesando esta nueva perspectiva sobre él.

Lysandros sonríe nuevamente, esta vez con un brillo en los ojos que revela su confianza en sí mismo y en mí.

— Si deseas asumir las empresas de tu familia, estoy dispuesto a ayudarte a encontrar la forma de hacerlo realidad. Solo necesitas dar el primer paso y creer en ti misma.

— ¿Por qué harías eso?

— No lo sé. — responde rápidamente.

— ¿Qué significa eso?

Él se encoge de hombros.

— Parte de mi encanto radica en no cuestionar demasiado las cosas a mi alrededor, Melina. Simplemente hago lo que quiero, de la manera en que mis instintos me guían. Y así construí un imperio fuera del ámbito de mi familia, que odiaba. Hoy en día, soy respetado y tengo mucha influencia en mi entorno. Y todo esto sucedió porque no me quedé cuestionando el por qué, simplemente lo hice. Siempre vi la determinación en ti, Melina, y si tuviera que apostar,

apostarí a que te irá muy bien.

— ¿Siempre viste la determinación? ¿Es tu forma de decir que soy insoportable?

— En efecto. — afirma mientras me mira y levanta una de sus cejas.

Hago un mohín y le doy un golpecito en el pecho.

— Tranquilo, ¿o quieres que navegue hacia aguas desconocidas?

— Estoy seguro de que conoces los caminos por aquí perfectamente.

— En realidad, los conozco muy bien.

Respiro profundamente, sintiendo el aire, el olor del mar, la brisa que entra en mí, y me siento en paz, me siento tranquila. Sin embargo, aún hay algo que no le he contado a Lysandros, algo que guardo como un preciado secreto: el embarazo. Aunque sé que eventualmente tendré que compartir esta noticia con él, decido que este no es el momento adecuado. Este es un momento especial, un raro vislumbre de complicidad y tranquilidad entre nosotros, y quiero aprovecharlo al máximo.

Contemplo el mar que se extiende hasta donde alcanza la vista, el sol brillando sobre las aguas, y siento la brisa acariciar mi rostro. Lysandros permanece a mi lado, con una suave sonrisa en los labios. Ahora no hay necesidad de prisa.

Me prometo a mí misma que, en algún momento, encontraré el coraje para compartir la noticia con él. Pero por ahora, quiero sumergirme en este momento de calma y conexión que se ha formado entre nosotros. Es delicioso, y me llena de una manera que no podría explicar.

CAPÍTULO 25

Lysandros

Terminaba de tomar mi copa en el bar del restaurante, esperando a Melina. Era extraño, pues ya había pasado todo el día con ella, pero aún sentía ese nerviosismo, esa expectación que nunca había sentido al esperar a una mujer.

El restaurante que elegí era uno de los once que teníamos en la isla, el más acogedor de todos, con una vista impresionante al mar. Las velas distribuidas por la mesa creaban una atmósfera romántica, y la suave brisa del océano hacía que todo pareciera perfecto. Me sentía un poco cursi por haberlo elegido, pero fue lo primero que se me vino a la mente para esta noche.

Y entonces, ella apareció. Melina entró al restaurante con un vestido morado que se ajustaba irresistiblemente a su cuerpo. Su cabello caía en suaves ondas sobre sus hombros, y sus ojos brillaban con una mezcla de confianza y misterio. Simplemente era deslumbrante.

El bar estaba a pocos pasos del bungalow donde Melina se encontraba, y aunque me había ofrecido a recogerla, ella se negó, argumentando que quería hacer una entrada triunfal en el restaurante, y vaya si lo estaba haciendo. Bebí todo el líquido de mi copa de un solo trago y tuve que concentrarme para que mi miembro no comenzara a mostrar signos de vida mientras la miraba. Estaba sencillamente maravillosa.

Se sentó frente a mí, y nuestros ojos se encontraron. Por un momento, solo nos miramos, como si estuviéramos en nuestra propia burbuja, ajenos al mundo que nos rodeaba.

— Estás deslumbrante esta noche, Melina —dije finalmente, encontrando mi voz.

Ella sonrió, una sonrisa tímida y agradecida, como si no estuviera acostumbrada a recibir cumplidos.

— Gracias, Lysandros. Tú también luces increíble.

Le respondí con una sonrisa, pero en mi interior, estaba extasiado. Me dejaba sin palabras, algo que rara vez sucedía. Observé a Melina detenidamente, sus rasgos delicados, sus labios carnosos y tentadores, y el sutil perfume que emanaba de ella me embriagaba.

¿Qué me estaba pasando? Miré a Melina, y todo lo que quería era besarla y abrazarla, tenerla para mí. Me sentía como un adolescente, lleno de hormonas descontroladas y desesperado. Era como si Melina me hubiera descolocado por completo. Yo, que siempre me

había enorgullecido de ser una persona centrada, ahora me sentía como un tonto. ¿Qué significaba esto? Siempre había detestado a Melina, entonces, ¿por qué ahora sentía que mirarla y oler su fragancia era una de las mejores cosas que había experimentado?

Maldición, ¿qué me estaba pasando? Estaba atrapado en Melina, hechizado por su presencia.

Toqué sus manos y las entrelacé con las mías. Melina me miró con sorpresa en los ojos, pero fingí no darme cuenta. Quería pasear con ella a mi lado, quería que todos supieran que esta mujer deliciosa estaba conmigo.

Nos sentamos en la mesa que ya estaba reservada, y la vi mirar a su alrededor, fascinada.

— Este lugar es precioso —dijo finalmente.

— Me alegra que te haya gustado.

— ¿Cómo funciona todo esto, Lysandros? Tú eres el dueño de esta isla, pero ¿también eres el dueño de todos los negocios en ella? —preguntó, y se quedó pensativa antes de que pudiera responder—. No, por supuesto que no. Sería una locura manejar todos estos negocios, haces alianzas. Les das a los empresarios la tierra y obtienes una parte de las ganancias, así puedes hacer que la isla genere sus propios ingresos y no tienes que administrar tantos negocios.

— Estás en lo correcto. Pero, ¿así será nuestra cena romántica, Melina? ¿Hablando de negocios?

Vi cómo se sonrojaban sus mejillas al mencionar la palabra "romántica".

— Cena romántica —preguntó tímidamente.

— Estamos en un restaurante íntimo frente al mar, con velas, ¿qué pensabas que sería?

Ella se encogió de hombros.

— No me pareces un hombre que vaya a cenas románticas.

— Descubrirás que soy un hombre versátil, Melina.

Ella sonrió, aún luciendo tímida, y me pareció encantador. Melina siempre tenía palabras, era altiva y petulante, pero ahora aquí estaba mirándome tímidamente, mostrando otro lado suyo.

— ¿Qué vino te gustaría tomar? —pregunté mientras miraba la carta de vinos.

— Ninguno —respondió de inmediato, y la miré incrédulo.

— ¿Cómo que ninguno? ¿No te gustan los vinos?

— No me gustan —respondió.

— ¿Quizás champán?

— Quiero un zumo.

Elevé una ceja al mirarla.

— ¿Un zumo? ¿En una cena romántica? Creo que podrías esforzarte un poco más. — Le digo mientras me río.

— Solo quiero un zumo, tengo un poco de dolor de estómago, no sería prudente tomar alcohol.

— ¿Estás segura? ¿Quieres ir al médico?

— No, no... no es nada.

— ¿Segura? Tenemos un equipo completo a tu disposición.

— Ya te he dicho que no. — Responde ella y deja que su petulancia vuelva.

Respiro profundamente, sabiendo que, incluso si quisiera, no podría convencerla de nada.

— Y hablando de eso, si aún no se ha inaugurado, ¿por qué todo está funcionando aquí? ¿No deberías esperar para hacer una gran inauguración? — Ella sigue, cambiando de tema.

Muevo la cabeza ligeramente, dejando la carta de vinos en la mesa.

— Veo que tienes mucho conocimiento teórico sobre negocios, Melina, pero poco práctico. Comprende que, para que un negocio tenga éxito, todo debe funcionar a la perfección, como un reloj suizo. Por ahora, los visitantes de la isla son un grupo pequeño y selecto que he elegido personalmente. Son personas de mi confianza, amigos, familiares, etc. Estos meses serán de pruebas, para ver cómo funciona y cuánto personal necesitaremos. Cuando todo esté listo, las obras terminadas y los servicios regulados, entonces haremos la gran inauguración, con la prensa y una gran publicidad.

Melina asiente con la cabeza, pareciendo prestar atención con interés.

— Eso tiene mucho sentido. — Finalmente dice mientras sigue mirándome con curiosidad. — Pero aún estoy intrigada, Lysandros. ¿Naciste sabiendo cómo hacer negocios o tuviste que tomar muchas decisiones equivocadas antes de tener tanto éxito?

Río suavemente, encontrando extrañamente atractivo el hecho de que Melina esté tan ansiosa por saber más sobre mí y mis negocios.

— Bueno, Melina, diría que nadie nace sabiendo todo. Mi padre, Pavlos, siempre fue un gran hombre de negocios, y desde muy joven nos instruyó a mí y a mis hermanos sobre cómo funcionaba el mundo de los negocios. Pero fue con Stefanos, mi hermano mayor, con quien

aprendí más que en cualquier curso o escuela de negocios.

Melina inclina la cabeza, mostrando su creciente interés.

— Stefanos siempre fue un maestro en los negocios, pero su mente siempre estuvo enfocada en viñedos y conglomerados, y yo nunca vi atractivo en eso. Mi campo siempre fue el ocio, la diversión... pero también he fracasado algunas veces. Pero aprendí que en el mundo de los negocios, las cosas no siempre salen como las planeamos. A veces es necesario correr riesgos, hacer apuestas audaces y, a veces, cometer errores antes de acertar. Pero no puedo negar que mi familia tiene mucho que ver con mi éxito. Por ejemplo, Konstantinos, mi socio en los negocios, es un maestro en el aspecto social. Puede cerrar cualquier trato con cualquier persona solo con una sonrisa y unas palabras.

— Lo cual definitivamente no es tu punto fuerte. — Ella bromea y frunzo el ceño.

— De hecho. — Digo mientras llamo al camarero. — ¿Qué te gustaría comer?

Melina examina el menú por un momento antes de hacer su elección.

— Pediré el risotto de mariscos. Parece delicioso.

— Dos risottos de mariscos. — Digo al camarero, que toma la nota y se va.

— Eres un envidioso, Lysandros. — Ella dice riendo.

Levanto una ceja y me pregunto si permitiría que cualquier otra persona me hable de la manera en que lo hace Melina. Claro que no, pero de alguna manera me gusta cómo me desafía, cómo no tiene miedo de mi autoridad, simplemente es como es.

— Cuéntame algo sobre ti que no sepa, Melina. — Le digo y puedo ver el brillo del desafío en sus ojos.

Los ojos más hermosos que he visto. Incluso cuando no soportaba a Melina, no podía ser inmune a sus ojos, la forma en que mira, el formato almendrado y grande de sus ojos verdes.

— Creo que sabes todo sobre mí. — Ella finalmente responde.

— No. Sé lo que todos saben, quiero que me cuentes algo que solo yo sabré.

Melina mira a su alrededor, como si estuviera buscando oídos curiosos, antes de inclinarse

un poco más cerca de mí.

— ¿Prometes que no te reirás demasiado?

— Por supuesto, prometo.

Ella mira directamente a mis ojos y confiesa:

— Bueno, me gustan... los títeres de mano.

No puedo evitar reír, y Melina parece un poco avergonzada, pero también divertida con mi reacción.

— ¿Marionetas de mano? ¿De verdad? ¿Cómo es eso?

Ella encoge los hombros, riendo consigo misma.

— Es extraño, lo sé, pero hay algo gracioso y encantador en ver a la gente manipulando esas marionetas de manera creativa. Veo vídeos en internet de ventrílocuos y marionetistas talentosos, y me fascina. Tal vez sea la combinación de habilidad artística y entretenimiento lo que me atrae.

No puedo dejar de reír, imaginando a Melina viendo en secreto vídeos de ventrílocuos y marionetistas en su tiempo libre.

— De todas las cosas que podrías haberme dicho, esta es, con mucho, la más sorprendente. Siempre me sorprendes, Melina.

Ella encoge los hombros, riendo junto conmigo.

— Ahora es tu turno. — dice.

— Bueno, no tengo nada vergonzoso en este momento.

— Entonces, inténtalo. — dice con altivez.

— Está bien... déjame pensar. — digo, tratando de recordar algo. — Ya lo tengo.

Melina se acomoda en la silla y parece ansiosa por lo que voy a decir.

— Dilo de una vez... ¿qué es?

Me inclino sobre la mesa y toco suavemente la mano de Melina. Siento una corriente eléctrica recorrerme cuando nuestros ojos se encuentran intensamente.

— Estoy completamente hechizado por una mujer petulante, altiva, increíblemente sexy, salvaje y a la que he odiado durante más tiempo del que debería.

Melina inclina la cabeza, sus ojos aún fijos en los míos, y una sonrisa curiosa aparece en sus labios.

— ¿Estás hablando de mí?

— ¿Quién más reuniría este conjunto peculiar de adjetivos si no eres tú, Melina? — Confirmo, aún tocando su mano.

Esta es la primera vez que lo admito en voz alta y me asusta un poco la vulnerabilidad.

— Melina, no sé exactamente cuándo sucedió, pero ahora... ahora no puedo sacarte de mi cabeza. — Confieso, mi tono cargado de deseo.

Melina parece sorprendida, pero sus ojos siguen fijos en los míos y puedo ver una chispa de emoción en ellos.

— Lysandros, esto es... inesperado.

— No estoy diciendo que quiera casarme contigo mañana, simplemente estoy diciendo que realmente disfruto estar contigo, en tu compañía.

Melina aparta la mirada y parece que de alguna manera dije algo mal.

— ¿Qué pasa?

— Siempre serás un hombre que nunca se comprometerá. — Ella dice mientras suelta mi mano y se levanta abruptamente.

— ¿Qué estás haciendo, Melina?

— Estoy volviendo a la realidad, Lysandros.

Melina se va con pasos rápidos, visiblemente enfadada, y la observo, aturdido, sin tiempo para reaccionar. No entiendo qué pudo haber salido mal. Mis ojos siguen su figura mientras se aleja, con la expresión enfadada en su rostro resonando en mi mente. La vista de ella yéndose me enfurece y provoca en mí una emoción nueva, una sensación que no sé cómo calificar.

¿Qué diablos acaba de suceder aquí?

CAPÍTULO 26

Melina

Caminé apresuradamente por la playa, descalzándome para sentir la fría arena bajo mis pies en un intento fallido de calmar mis nervios. Las palabras de Lysandros resonaron en mi mente, dejándome extrañamente irritada. ¿Por qué me siento así? ¿Por qué me enfadé tanto cuando dijo que le gustaba estar en mi compañía, pero no quería llevarme al altar?

Nunca pensé que Lysandros fuera el tipo de hombre que llevaría a cualquier mujer al altar, y ni siquiera tenía esa aspiración con él. También preferiría esperar más para hacerlo, pero el problema es que estoy embarazada. Embarazada de su hijo. Y eso requiere compromiso, un compromiso que él parece no estar listo para asumir.

Respiro profundamente, dejando que la brisa marina me acaricie, y murmuro en voz alta, golpeando el suelo con el pie y haciendo que la arena se disperse. ¿Qué es lo que quiero? ¿Qué quiero de Lysandros y por qué estoy tan enfadada? Quiero todo. Quiero a él.

Entrelazo las manos y recuerdo el toque de sus manos en las mías, la forma en que me sujetó y caminó conmigo con confianza y orgullo. ¿Por qué fue tan amable? ¿Por qué tiene una sonrisa tan hermosa? ¿Por qué su voz es tan profunda y sexy? ¿Por qué? ¿Por qué me siento tan cautivada por él? Lysandros me afecta de una manera con la que no estoy preparada para lidiar.

Llego a mi bungalow, con el corazón pesado y los pensamientos tumultuosos. Me siento triste e irritada conmigo misma por haber bajado mi guardia, por haber permitido que Lysandros se acercara a mí de esta manera. No quiero enamorarme de él, no quiero ilusionarme con la idea de que él podría ser diferente.

Mientras me siento en el porche del bungalow, tratando de procesar mis sentimientos, oigo un golpe en la puerta. Mi corazón da un salto cuando la abro y me encuentro con Lysandros mirándome, con una expresión segura, como si fuera dueño del mundo.

— Melina, ¿podemos hablar? — Pide, su voz suena más suave de lo habitual. Lo miro por un momento, luchando contra la mezcla de emociones dentro de mí. Finalmente, suspiro y doy un paso a un lado, permitiéndole entrar.

Lysandros entra en el bungalow y cierra la puerta detrás de sí. Parece tenso y parece estar buscando las palabras que dirá. Sus ojos, intensos y profundos, recorren mi rostro mientras parece estudiar mi expresión. La suave luz que entra por la ventana resalta sus rasgos marcados, haciéndolo aún más irresistible.

Es como una pintura en movimiento, una obra maestra de la naturaleza. Su cabello oscuro, perfectamente peinado, cae suavemente sobre su frente. Su mandíbula firme y su boca, con labios tentadores, están ligeramente contraídos, mostrando que él también está luchando contra sus propias emociones. Sus ojos, intensos y llenos de misterio, parecen capturar mi alma cada vez que los miro.

Inhalo profundamente, captando la seductora fragancia masculina que emana de él. Aunque intento desesperadamente encontrar algún defecto en Lysandros, algo que lo haga menos irresistible, no puedo. Es como una ilusión, un hombre que parece demasiado perfecto para ser real.

Sin pensar, doy un paso en su dirección, mis manos encontrando su rostro. Su piel está caliente bajo mi toque, y él cierra los ojos por un breve momento, saboreando el contacto. Luego, nuestros labios se encuentran en un beso apasionado, lleno de pasión reprimida.

Lysandros devuelve el beso con una intensidad igualmente ardiente, sus labios moviéndose en perfecta armonía con los míos. Quiero sentir su sabor, quiero su cuerpo pegado al mío. Sé que estoy enfadada, sé que tengo todas las razones para irme, para dejar atrás todo lo que Lysandros significa en mi vida, pero no puedo. Solo puedo perderme en sus brazos, en su calor, en su sabor...

Mis manos se deslizan por su cuello, y puedo sentir las palpitaciones aceleradas de su corazón. Toda la tensión y confusión que sentíamos parecen disiparse mientras nos entregamos a esta ardiente conexión que compartimos, hasta que siento que él se separa del beso. Su respiración está ligeramente agitada, y aún mira intensamente mis labios antes de decir:

— ¿Qué estás haciendo, Melina? ¿No estabas enfadada conmigo?

— Aún lo estoy.

— Entonces, ¿por qué me estás besando?

— Porque una cosa no tiene nada que ver con la otra. — Digo y vuelvo a pegar nuestros labios, y lo siento sonreír entre el beso.

— No puedo decir que no me guste esto. — Dice al separar nuevamente nuestros labios. — Y puedes ser mandona tanto como quieras fuera de esta habitación, pero aquí adentro, quien manda soy yo. — Dice, y siento que toda mi piel se eriza.

Lysandros sujeta mi rostro con ambas manos, me atrae hacia su cuerpo lo más que puede y toma mis labios con pasión y necesidad... mi cuerpo apenas toca el suelo, siento el sabor de Lysandros en mí, y es mejor de lo que recordaba. Más intenso. Más delicioso. Todo mi cuerpo reacciona a él y le responde.

Lysandros me alza y rodeo sus piernas alrededor de su cintura. Me empuja bruscamente contra la pared mientras abre la cremallera de mi vestido, hasta que, perdiendo la paciencia, lo arranca, rasgándolo.

— Te compraré otro. —susurra.

Rápidamente quito su camisa y su piel desnuda se encuentra con la mía. No sabía cuánto ansiaba sentir su piel cálida contra la mía hasta ahora; el roce de nuestras pieles me hace desearlo intensamente.

Termina de quitarme el vestido con una sola mano mientras la otra explora mi cuerpo, y se presiona aún más contra mí, deslizándolo por mi cuello, sin intención de ser delicado. Está jadeando, sediento, rudo... Adoro cada una de sus reacciones.

Ambos estamos igualmente impacientes por poseernos mutuamente.

Su mano se desliza con destreza entre mis piernas, me acaricia, y arqueo la cabeza hacia atrás. Lysandros dirige su mirada hacia mí y sonrío maliciosamente, una sonrisa que me excita aún más. Intensifica sus movimientos y muerdo ligeramente mis labios en un intento de reprimir los gemidos que escapan sin mi permiso. Lysandros sigue observándome y sella sus labios con los míos mientras gimo, y continúa con los labios sobre los míos, suspirando fuertemente. No puedo soportar un segundo más con la cantidad de sensaciones que recorren cada parte de mí, pero rápidamente, sin previo aviso, Lysandros detiene el movimiento y ríe ante el gruñido de desaprobación que escapo contra su boca.

Sus manos se extienden por mi espalda y me presionan firmemente contra su piel cálida, la suavidad de las sábanas de seda me toca cuando me deposita en la cama, su cuerpo se encuentra sobre el mío y mis ojos se deleitan con la vista más hermosa que he tenido. No escapo ni un solo detalle de Lysandros, cada rasgo de expresión que domina su rostro ahora. Creo que se da cuenta de mi mirada de admiración y sonrío ampliamente en respuesta. No estoy segura de haber sentido algo igual en otro momento de mi vida.

Su cálida respiración contra mí, junto con el sabor y el aroma de Lysandros que impregnan mis sentidos, me hace pensar que este momento es mi definición personal del paraíso.

Sus labios se posan en los míos sin intención de iniciar un beso, solo los tocan y dejan su sabor en ellos antes de hacer un delicioso recorrido por mi cuello, pasando lentamente por mis senos, deslizándose por mi vientre hasta llegar entre mis piernas.

Los húmedos besos que reparte en mi muslo me hacen apretar las sábanas debajo de mí.

Me entrego por completo a Lysandros, aunque sé que probablemente esta sea la última vez que sienta esta oleada de emociones. Quiero aprovecharlas, quiero aprovechar todo lo que pueda de Lysandros.

Comienza a besar mi vientre, su respiración es suave contra mi piel, como si estuviera disfrutando, deleitándose, al igual que yo, con calma. Finalmente, sus labios tocan el centro de mi placer y no puedo evitar soltar un suspiro profundo que escapa de mi garganta. Lysandros me penetra con su lengua con ansias, maestría y destreza. Me hace arquear la espalda y, en un acto de éxtasis, aferrarme a su cabello. Me toma como si fuera una necesidad, como alguien hambriento frente a un banquete. La calma de hace segundos parece abandonar su cuerpo, dejando solo la urgencia.

— Adoro sentir tu sabor, Melina. —susurra con voz ronca entre chupada y chupada.

Lysandros es todo lo que quiero, todo lo que necesito, aunque no entienda completamente por qué. Quiero volver a sentirlo en mí, quiero que nuestras respiraciones se mezclen, que nuestros cuerpos se unan como uno solo. Lo quiero tanto que no puedo pensar con claridad.

Todo mi cuerpo tiembla por completo, mis piernas lo aprisionan entre ellas, y un gemido escapa de mis labios debido al orgasmo más intenso y glorioso que jamás he sentido.

Mis espaldas están empapadas de sudor, y veo que el rostro de Lysandros también lo está mientras me mira con una sonrisa de satisfacción. Sigo sintiendo mi cuerpo dar tirones tardíos mientras Lysandros se acomoda sobre mí, haciendo que nuestros cuerpos encajen por completo, y dejo escapar un suspiro ruidoso contra su rostro cuando lo siento completamente dentro de mí.

Gimo fuerte al sentir el delicioso choque que me atraviesa. Lysandros me mira, por más tiempo del que supongo pretendía, tal vez él, al igual que yo, está guardando cada pedazo de este segundo que ha pasado. Tal vez haya sentido al menos la mitad de esta arrolladora sensación que acaba de recorrer todo mi cuerpo.

Tiro de su nuca para que sus labios toquen los míos. Esta vez, su beso es sensual de una manera diferente, más calmado y profundo. Estoy completamente entregada a todo; Lysandros se mueve con firmeza dentro de mí, pero de manera suave. Jadea en mi oído, su respiración es entrecortada y gratificadamente deliciosa. Empiezo a presionar mi cuerpo contra el suyo, acelerando el ritmo, y lo veo perder el control. Su respiración está aún más agitada, y su cuerpo choca con más fuerza contra el mío, lo que hace que mis gemidos sean aún más intensos.

Disminuye la velocidad de sus embestidas, como si se esforzara por prolongar el momento un poco más de lo que debería durar. Yo, por el contrario, quiero que vuelva a perder el control dentro de mí, que no pueda razonar, así que vuelvo a empujar su cadera contra la mía, provocando un movimiento intenso, y lo veo mirarme con una expresión suplicante en los ojos, algo que nunca antes había presenciado.

— Mel...

— Shhh... No quiero que te contengas, quiero todo lo contrario. Quiero que te dejes llevar en mí.

Lysandros emite un gruñido alto contra mi cuerpo, y veo que sus ojos pierden por completo la voluntad de contenerse. Aumenta la intensidad de sus movimientos de manera salvaje, haciendo que gima aún más alto, de manera casi histérica contra sus labios que me poseen con pasión. Lysandros está proporcionando aún más placer del que ya me estaba dando, y empiezo a sentir que estoy cerca del clímax, pero parece que él está solo empezando.

Me mira fijamente mientras entra completamente en mí y se queda quieto.

— ¿Te gusta esto, Melina?

— Uhum.

— ¿Quieres que me detenga? —dice mientras mira mis labios.

— No, por favor...

— Ponme a cuatro patas, Melina. Quiero ver tu trasero mientras te poseo. —Su voz, junto con su petición, me hace gemir de deseo.

Entonces, me coloco en esa posición, y escucho a Lysandros emitir un gruñido ronco al verme en esa posición.

— Joder, ¡qué sexy eres!

No pasa mucho tiempo antes de que lo sienta nuevamente dentro de mí. Está aún más salvaje, y siento que todo mi cuerpo responde a él. Nunca he sentido tanto placer; mi cuerpo comienza a darme señales del orgasmo. Lysandros sigue poseyéndome, haciéndome completamente suya, hasta que me tenso y me relajo, y un segundo después, él también lo hace, cayendo exhausto sobre mí, casi al mismo tiempo.

Lysandros se desploma de nuevo sobre mí, y toco su nuca, presionándolo contra mi cuerpo. Mi respiración es entrecortada, mi boca está entreabierta, mis ojos están llorosos, y no sé por qué. Creo que estoy... ¿emocionada? ¿Qué es esto?

Él levanta lentamente la cabeza y sus labios se posan en los míos. Todavía está jadeando, y su beso sigue siendo desigual, y yo le respondo de la misma manera. Algo ha cambiado, ha habido algo más esta vez, aunque había lujuria, había algo más, puedo sentirlo en la forma en que Lysandros me está besando ahora.

Cuando separa nuestros labios, lo miro fijamente, sus ojos están más oscuros de lo normal. Me está mirando, siento su aliento, su olor, su piel desnuda contra la mía. Estamos enlazados como si fuéramos uno solo.

Todo fue tan intenso.

Todavía me siento aturdida por todas las sensaciones y cambios. Todavía siento que todo colapsa en mis sentidos, siento deseo, calor, ternura... siento, siento amor.

No puedo razonar sobre lo que ha sucedido, solo puedo pensar en cómo me siento, cómo

aún tengo el corazón acelerado y los escalofríos recorriendo todo mi cuerpo, junto con una sensación única en el pecho. ¿Qué es esta sensación? ¿Qué estoy sintiendo?

Es amor.

Mi subconsciente me advierte, y siento que mi respiración se entrecorta.

Es amor.

CAPÍTULO 27

Lysandros

Sentado junto al mar, doy un sorbo al café caliente, mientras el sonido de las olas rompiendo en la playa llena mis oídos. Es una mañana tranquila, y por un momento, la calma del océano parece ser lo único que tiene sentido. Porque todo lo demás, todos los sentimientos que surgieron en mi pecho ayer, están lejos de tener sentido para mí.

Dejé a Melina durmiendo en su habitación, y eso es algo que nunca pensé que haría. Dormir con Melina Zephyra... ¡y haber disfrutado tanto de haber dormido con ella! Me pregunto cuándo perdí esta batalla, en qué momento, en cuál de nuestros encuentros y enfrentamientos fui perdiendo gradualmente la batalla que ni siquiera sabíamos que estábamos librando. ¿Fue cuando dormimos juntos por primera vez? ¿O cuando mi sangre hervía de rabia al enterarme de su matrimonio? ¿O fue antes de eso, cuando comencé a notar su presencia de manera diferente, cuando sus palabras afiladas y sus miradas provocativas comenzaron a afectarme? No lo sé, solo sé que la sensación que siento en mi pecho no puede ser normal... no me lo parece.

Nunca fui un hombre que creyera en el amor, y mucho menos en la monogamia. Siempre he vivido mi vida a mi manera, sin atarme a nadie. Y ahora, aquí estoy, pensando en la mujer que más caos ha traído a mi vida calculada. La mujer que ayer sentí arrancarme un pedazo de mi alma mientras tomaba su cuerpo.

¿Habrás sentido ella lo mismo? ¿Habrás sentido esa intensa avalancha de sentimientos que experimenté? Porque lo único en lo que puedo pensar es que ayer ella derribó la mayor barrera que tenía en mi pecho y se apoderó de mi cuerpo, de mi alma y de mi corazón.

Mi teléfono suena, interrumpiendo mis divagaciones. Miro la pantalla y veo el nombre de mi hermano, Stefanos. Siempre fue tan ajeno a las relaciones como yo, hasta que llegó su ahora esposa. Se entregó por completo a ella, y lo que me molesta es que empiezo a entenderlo.

Contesto la llamada y lo saludo.

— ¿Qué quieres, Stefanos?

La voz al otro lado de la línea suena preocupada, lo cual es raro.

— ¿Dónde demonios estás con la hija de Nikoleta?

No puedo evitar soltar una risa cargada de desdén.

— Ah, Stefanos, pareces tan preocupado. Intenta relajarte...

— Nikoleta se está volviendo loca, Lysandros. Debes volver y apagar el incendio que está causando en Manhattan. — Suena molesto e impaciente.

Aprovecho para provocarlo aún más.

— Querido hermano, si dependiera de mí, ella se volvería completamente loca. No veo razón para preocuparme.

— Eres incorregible, Lysandros. — Me reprende con firmeza.

— Pero hablemos de cosas más interesantes... ¿Cómo está la pequeña Aurora? Voy a visitarla pronto.

Él suspira, y se nota cierta vulnerabilidad en su voz autoritaria.

— Está tan fuerte como un Nikopoulos y tan hermosa como una perla.

Aprovecho para picarle de nuevo.

— Te estás convirtiendo en un padre baboso, Stefanos. — Digo mientras me río.

— Sí, soy un padre baboso, lo admito. Pero ahora debo irme, y tú tienes que aclarar las cosas con Nikoleta, esa mujer me saca de quicio.

— Lo resolveré, hermano.

Mientras termino la llamada con Stefanos, veo a Melina acercarse.

Está más hermosa que nunca en esta apacible mañana, con su cabello ligeramente despeinado por el viento, luciendo un vestido ligero que resalta sus curvas de manera irresistible.

Con pasos suaves y seguros, se acerca a mí y, sin decir una palabra, toma un sorbo de mi café. Su presencia es abrumadora, y me pregunto cómo alguien aparentemente frágil puede ser tan poderosa y irradiar tanta fuerza.

La observo mientras mira el horizonte, sus ojos reflejando los suaves colores del amanecer. El mar parece más tranquilo cuando ella está cerca, como si su tranquilidad se extendiera más allá de su propia piel.

— Tengo que volver a casa, Lysandros. — finalmente dice, y no puedo evitar que una expresión de disgusto aparezca en mi rostro.

— ¿Por qué? ¿Por qué quieres volver tan pronto?

— No fue tan pronto, pasé demasiado tiempo aquí. Y tú sabes muy bien por qué necesito volver. Tengo que resolver el lío que se ha formado, tengo que aclarar las cosas con mi madre,

con Albert... con todos.

— ¿Albert? ¿Qué tienes que aclarar con él? Es un maldito, Melina.

— ¿Y crees que no lo sé?

— Entonces, ¿por qué tanta prisa?

— ¡Oh, porque tengo responsabilidades, ya te lo he dicho! No puedo quedarme aquí y dejarme seducir por ti cuando el mundo a mi alrededor se desmorona. Sé que para ti la vida es una fiesta, pero para mí no lo es.

La mirada desafiante de Melina solo aumenta mi frustración.

— ¿Vas a seguir con esto, Melina? ¿Vas a casarte con Albert solo para satisfacer a tu madre? — Pregunto, con mi voz llena de impaciencia.

— No, Lysandros, no me voy a casar con él para complacer a mi madre. Pero incluso si decidiera hacerlo, sería mi elección y tú no tienes nada que ver con ello.

— ¿Crees que puedes simplemente acostarte con un tipo y, al día siguiente, no importarte en absoluto? ¿Y decir que te vas a casar con otro? ¿Es eso normal para ti, Melina?

Melina no retrocede. Mira directamente a mis ojos y parece controlar todas sus emociones, a diferencia de mí, que siento que la rabia hierve y probablemente la estoy dejando ver, lo cual es raro. ¿Cuándo ocurrió esto? ¿Cuándo ella se volvió más serena que yo?

— No, Lysandros, no soy así. No soy como tú. Tú eres el tipo de hombre que se acuesta con cualquier mujer y la olvida al día siguiente. Pero yo no soy así, y lo sabes.

La rabia desborda dentro de mi pecho, y me levanto bruscamente tratando de controlar la avalancha que comienza dentro de mí.

— Fuiste tú quien se acostó conmigo, y al día siguiente recibí tu maldita invitación de boda. ¿Qué esperabas que hiciera? — Gruño.

— No esperaba que hicieras nada, ni siquiera te pedí que me trajeras aquí o que me sacaras de mi boda.

— ¿Preferirías que no lo hubiera hecho? ¿Te gustaría estar casada con el maldito Albert Simund en este momento? Probablemente él ya habría conseguido lo que quería de ti...

— ¿Cómo lo consiguió? — Ella grita, visiblemente enojada. — ¿No era eso lo que querías, Lysandros? ¿Traerme aquí y acostarte conmigo? Bueno... lo lograste. Pero ten en cuenta que nunca volverá a suceder.

— Dime, Melina... ¿Albert te tocó? ¿Te tocó como yo te toqué? — Pregunto, con un tono

de voz lleno de celos, que ni siquiera sé de dónde provienen.

Melina parece avergonzada y aparta la mirada por un momento, pero no me doy por vencido. Siento mi mandíbula tensa, y mis ojos deben de haberse oscurecido de rabia.

— Responde, Melina. ¿Te tocó como yo te toqué?

La personalidad explosiva de Melina vuelve a entrar en acción. Me mira de nuevo con furia en los ojos.

— ¡No, Lysandros! ¡Nunca me tocó como tú me tocaste! Hubo un beso una vez... pero no fue nada como lo que hicimos. ¿Satisfecho?

Los celos arden en mi pecho. La imagen de Albert besando a Melina es la peor que ha pasado por mi mente. Me siento confundido, enojado y, al mismo tiempo, consumido por la atracción que siento por ella.

Me acerco, acercando nuestros cuerpos.

— Estoy lejos de estar satisfecho con eso. — Digo con la voz ronca.

En ese momento, mirando sus labios, su respiración acelerada por la discusión, su tirantez en uno de sus hombros, todo lo que siento es el deseo incontrolable de volver a tomarla en mis brazos y hacerla mía de nuevo. Y necesito esforzarme por controlar esos impulsos.

— Es mi vida, Lysandros. Sé que este es solo otro fin de semana de diversión para ti, pero no para mí. Regresaré a Manhattan hoy mismo, organízalo. — Ella dice, dándose la vuelta y alejándose.

Por puro instinto, la jalo de nuevo y la hago chocar contra mi pecho. Melina no me mira, pero está furiosa tratando de liberarse de mis brazos.

— No te vayas. — Digo, en un tono calmado, y la veo mirarme.

Mi solicitud suena como una súplica, y eso es exactamente lo que es. Melina examina mi rostro, como si estuviera buscando señales de sarcasmo o desdén, pero mi expresión sigue seria e impasible.

Melina respira profundamente y cierra los ojos por un momento, como si estuviera reuniendo todas sus fuerzas internas para responder. Su rostro muestra una mezcla de conflicto y determinación. Hay algo en su mirada que no entiendo por completo.

Después de unos segundos agonizantes antes de que finalmente rompa el silencio, su voz suena firme, pero cargada de una tristeza que no puedo ignorar.

— No puedo, Lysandros. Tengo que irme.

Ella se aleja, dejándome en una marejada de emociones conflictivas.

¿Qué demonios me pasa? ¿Por qué quiero tanto que se quede? ¿Por qué?

Mientras Melina se aleja, la tranquilidad que trajo parece desaparecer con ella. El mar, que antes estaba en calma, ahora parece más agitado, como si reflejara la turbulencia que siento dentro de mí.

Sé que algo acaba de cambiar en mí, algo al verla alejarse, algo que tiene que ver con esa irritante y profunda sensación de pérdida que siento en mi pecho, algo que no tengo ni idea de lo que es.

¡Y eso me enfurece profundamente!

CAPÍTULO 28

Melina

Al llegar a mi bungalow, siento un intenso apretón en el pecho, como si algo se estuviera rompiendo dentro de mí. La discusión con Lysandros resuena en mi mente, pero ahora la realidad parece golpear mi puerta con una fuerza abrumadora.

Las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos, una corriente que había mantenido bajo control en presencia de Lysandros. No quería que él viera mi debilidad, mi confusión, mi tristeza. Pero ahora, estando sola, las lágrimas que traté de evitar comienzan a caer silenciosamente, empapando mis mejillas.

Miro por la ventana y observo el mar a lo lejos. Parece calmado y tranquilo, como si estuviera ajeno al caos que se ha apoderado de mi vida. El mar no sabe que mi corazón está hecho pedazos, que estoy embarazada del hombre que, hasta el mes pasado, era alguien con quien intercambiaba agudas disputas y a quien no soportaba en mi presencia.

¿Cómo podría decirle a Lysandros que espero un hijo suyo? Él es un hombre de negocios, centrado en su discoteca y en sus emprendimientos, le encanta acostarse con mujeres y tener aventuras de una noche, como lo fue conmigo. Estoy segura de que no es el tipo de persona que quiere ser padre. Rechazará a nuestro hijo, y eso es algo que nunca permitiré. Mi orgullo no me permitirá ser humillada por Lysandros ni sentir que mi hijo está siendo rechazado. Este fin de semana fue como un sueño, una escapada de la tumultuosa vida que enfrentaré, pero ya es hora de enfrentar la realidad.

Necesito resolver las cosas con mi madre, con Albert, con mi vida que parecía tan estable antes de este fatídico fin de semana. Pero, sobre todo, necesito encontrar una manera de proteger a mi hijo y a mi propio corazón, que ahora solo anhela a Lysandros, incluso sabiendo que es el último hombre en el mundo que podría desear.

Miro el armario donde está el vestido de novia, ahora limpio y cuidadosamente colocado por las camareras. Es un vestido deslumbrante, caro y extravagante, con detalles que costaron una pequeña fortuna. Refleja todo lo que estaba a punto de convertirme: la esposa de un hombre rico y poderoso, pero también atrapada en un destino que no deseaba.

Me levanto de la cama y camino hasta el espejo. A pesar del estrés y el caos de los últimos días, mi piel luce radiante. No hay ojeras ni signos de cansancio. Al contrario, hay un brillo en mi rostro, como si mi cuerpo estuviera completamente feliz con el giro que ha dado mi vida. Mientras me miro en el espejo, mi mente comienza a divagar, transportándome de vuelta a esos momentos robados con Lysandros. Cierro los ojos y puedo sentir su presencia, su electrizante cercanía que me hacía temblar de deseo.

Llevo mis dedos a mis labios y recuerdo sus besos, apasionados e incontrolables. Me estremezco solo al recordar la sensación de sus manos deslizándose suavemente por las curvas de mi cuerpo, explorando, provocando, haciéndome suplicar por más. Y cuando me envolvía con sus brazos fuertes, me sentía segura y deseada como nunca antes. Abro los ojos, y el vestido de novia en el armario es un doloroso recordatorio de todo lo que está en juego.

Eventualmente, todo saldrá bien... en algún momento.



En el yate de Lysandros, el silencio se cierne en el aire como una nube oscura lista para descargar en cualquier momento. No he dicho una palabra desde que entramos en el lujoso barco, y Lysandros parece decidido a ignorarme. Su mirada está fija en el horizonte, y su mandíbula está apretada con una expresión seria. Me aferro a mi vestido de novia, ahora un amargo recuerdo de lo que podría haber sido y una prueba física de lo que realmente es.

Finalmente, Lysandros rompe el silencio. Se gira hacia uno de sus conductores que está listo en la cubierta y dice con voz fría y controlada:

— Llévala a casa, por favor.

Sin decir una palabra, soy conducida desde el yate a uno de los lujosos coches de Lysandros. El conductor permanece en silencio mientras me lleva de vuelta a mi casa. Mi corazón está apretado, y la vergüenza y el miedo me atormentan a cada minuto que pasa.

Cuando llego a casa, Mérida me recibe en la puerta. Me mira con una expresión preocupada, pero no dice nada. Mi madre aparece justo detrás de ella, y su rostro está rojo como un pimiento. Parece enfadada y no me saluda. Mi hermana, Calíope, por otro lado, corre hacia mí y me abraza con entusiasmo, feliz de verme.

Agradezco silenciosamente que Anton no esté presente en este momento. Siempre ha sido el protector de la familia, y no sé cómo reaccionaría ante todo esto.

Mi madre finalmente rompe el silencio y pregunta bruscamente:

— ¿El bebé que estás esperando es de Lysandros Nikopoulos?

La pregunta me toma por sorpresa, y mi corazón se acelera. Permanezco en silencio por un momento, sin saber cómo responder. Ella insiste, su voz volviéndose más dura, y dice:

— Él tendrá que asumir la responsabilidad del hijo y casarse contigo.

Tan rápido como el agua fluye del grifo, mi madre cambió su objetivo.

Cali me mira preocupada, como si estuviera lista para intervenir, pero mantengo mi determinación. Mi madre está siendo injusta, y no permitiré que me presione aún más.

— No, mamá. No me casaré con Lysandros, ni con nadie, solo porque estoy embarazada.

Mi madre frunce el ceño, claramente insatisfecha con mi respuesta.

— Melina, ¿no entiendes? Ahora tu nombre está manchado, y no podrás encontrar otro esposo a tiempo para que nazca el bebé. Además, el padre del niño debe ser Lysandros, no hay otra explicación. No haría el espectáculo indecoroso que hizo en tu boda a menos que supiera que tiene derechos sobre ti.

— Él no tiene derechos sobre mí, mamá. No soy una mercancía. Además, ni siquiera sabe que estoy esperando un hijo.

— Bueno, entonces lo sabrá pronto. Al igual que tú, tendrá que asumir las consecuencias de sus acciones.

— ¡No, mamá! ¡Tú no lo entiendes! Lysandros nunca se casará conmigo.

— Sí, se casará. Es su obligación. Y debo decir que estoy aliviada de que el hijo sea de un hombre de buena clase y familia, a pesar de su mala reputación. Dadas nuestras circunstancias actuales, no podemos pedir más.

— ¿Circunstancias actuales? — Cali pregunta sorprendida.

Aunque todos conocen nuestra situación financiera, de alguna manera, Cali ha salido ilesa, son esas tristes verdades que solo los interesados conocen en último lugar. Miro a mi madre con una mirada de advertencia para que tenga cuidado con sus palabras.

— Nuestra situación financiera. — Mi madre dice, consciente de lo que está haciendo, mientras me mira.

De alguna manera, sé lo que está haciendo. Mi madre está dispuesta a revelar nuestra situación a Cali para presionarme a decidir.

— En algún momento iba a descubrirlo, Melina. No podemos ocultar nuestra situación por mucho tiempo. Ahora, debemos resolver esta situación de una vez por todas.

Siento un sabor amargo en mi boca y respiro profundamente antes de mirar a Cali, quien me mira con asombro.

— ¿Es por eso? ¿Ibas a casarte por eso? ¿Te ibas a sacrificar para toda una vida de infelicidad solo para que mamá obtuviera lo que quería?

— Cali...

— No seas tonta, como tu hermana, Calíope. Pensé que lo entenderías, o ¿quieres vivir en la pobreza?

Cali sacude la cabeza con desaprobación. Sus ojos verdes ahora parecen rojos de la furia que la consume, y su rostro angelical de niña ahora muestra rasgos duros e imperturbables. Nunca había visto a Cali de esta manera; puedo sentir su ira reverberando en la habitación antes de que ella diga:

— ¿Cómo te atreves, mamá? — Cali explota, pero su tono de voz es tranquilo, como el de alguien al borde del colapso.

Mi madre está claramente sorprendida por la reacción de Cali, pero la veo tragar saliva y reponerse.

— Calíope, no comprendes las responsabilidades que tenemos. Melina debe pensar en su futuro y el del bebé. No podemos permitirnos perder la oportunidad de garantizar su seguridad.

— No, mamá, estás equivocada. Una madre nunca haría esto a su hija.

Cali siempre ha sido mi apoyo, y ahora está defendiendo mi causa con una pasión que me conmueve profundamente.

— Ninguna de las dos comprende la realidad. Nuestra situación es desesperada, y debemos tomar una decisión ahora. Si Lysandros se niega a asumir la responsabilidad, tendremos que enfrentar la vergüenza pública y la miseria.

— Lo único que tengo claro es que Melina y yo nos levantaremos; harás lo que quieras con tu vida, pero de la nuestra, nos encargamos nosotras. Si nos volvemos pobres, así será, pero no permitiré que tú nos manipules ni que hagas que Mel haga cosas que tú quieras. Sé que ella lo hizo por mí, para protegerme, y tú lo sabías muy bien y me usaste como tu punto débil. Pero ahora digo abiertamente que ni yo ni Melina nos casaremos por ninguna razón que no sea el amor.

Con el corazón lleno de gratitud y orgullo hacia mi hermana, Calíope, la abrazo con

fuerza. Sus palabras valientes y su feroz defensa me hacen sentir que no estoy sola. Cali y yo salimos de la habitación y caminamos hasta el jardín, donde el sol brilla y las flores están en plena floración. El contraste con la tensión dentro de casa es reconfortante. Ella me mira con una sonrisa suave, y percibo que nos entendemos sin palabras. Me seco las lágrimas que amenazan con caer y le sonrío de vuelta.

— Te quiero, Cali.

Ella me abraza una vez más. Después de un rato, Cali me mira con seriedad y dice:

— Mel, debes contarle a Lysandros sobre el embarazo.

Fruncí el ceño, sorprendida por la urgencia en su voz.

— ¿Por qué tanta prisa?

Cali suspira.

— Porque probablemente mamá lo dirá primero. Si se entera por ella, temo que las cosas puedan complicarse aún más.

Considero sus palabras y me doy cuenta de que tiene razón. Necesito tener el control de esta situación, al menos en la medida de lo posible. Pero siento que mi estómago se retuerce dentro de mi cuerpo. No quería, no... no quería tener esta conversación con Lysandros, pero sé que debo. Él merece saber.

CAPÍTULO 29

Melina

Me encuentro frente a la Velvet Lady, que durante el día parece un lugar tranquilo y discreto, muy diferente al glamour de la noche. Respiro profundamente e intento reunir el coraje necesario para entrar. La decisión está tomada; es hora de poner fin a esta situación de una vez por todas.

Entro en el club y soy guiada por un hombre alto y serio que se presenta como Casmotto. Me lleva hasta el despacho de Lysandros, donde me encuentro con el hombre que ha sido una constante fuente de conflicto en mi vida.

Lysandros está de pie, sin su impecable traje, solo con el chaleco. Está concentrado en una llamada telefónica, y, incluso en una situación tan delicada, no puedo evitar notar lo atractivo que es. Esto me irrita profundamente; no debería estar pensando en eso, no debería sentirme tan débil en presencia de este hombre, pero al mismo tiempo, es imposible no hacerlo.

No me mira, parece estar de mal humor, como si algo terrible hubiera sucedido durante el tiempo en que estuvimos separados. Él hace un gesto con la mano, indicando que debo esperar hasta que termine la llamada. Mi corazón late rápido, y mi inseguridad comienza a manifestarse. Nunca me había sentido así antes. Siempre fui dueña de mi propia vida, fuerte e independiente. Pero en los últimos meses, todo lo que no me siento es así, desde la noticia de nuestra quiebra, el matrimonio y ahora el embarazo, y la revelación que necesitaré dar a Lysandros me siento acorralada, débil y vulnerable.

Finalmente, cuelga el teléfono y me mira con su expresión autoritaria y sarcástica de siempre.

— ¿Qué haces aquí, Melina? — suena brusco, y me pregunto por qué.

El ambiente en la habitación está tenso, y Lysandros me mira con una mirada que nunca he visto en su rostro antes, pero trato de ignorarla y respiro profundamente, reuniendo todo mi valor para ser directa.

— He venido a hablar sobre algo muy importante.

Él arquea una ceja, claramente intrigado.

— Continúa, te escucho.

Sin rodeos, digo:

— Estoy embarazada, Lysandros. Y el bebé es tuyo.

Hay un momento de tenso silencio antes de que responda, y su expresión no cambia. La habitación parece aún más tensa después de mi revelación. Lysandros me mira fijamente, sin pestañear, como si estuviera procesando la información. Puedo sentir que mi corazón late aún más rápido, y mis manos tiemblan, pero no puedo permitir que mi ansiedad me domine ahora.

Lysandros se toca la barbilla mientras entrecierra los ojos. Comienza a caminar por la oficina, y cada uno de sus pasos parece una eternidad para mí. No sé qué esperar. ¿Qué hará? La incertidumbre es agonizante.

Finalmente, se detiene de andar y se gira hacia mí. Sus ojos están oscuros como si estuviera furioso y están fijos en los míos, como si intentara leer mi alma. Su voz sale fría y calculada, pero no sin un toque de sorpresa.

— Ahora todo tiene sentido. Te estabas rebelando contra mí porque tenías un plan B, por si Albert renunciaba al matrimonio. Querías asegurarte de que asumiera la responsabilidad.

La acusación me toma por sorpresa, y mi rostro debe haber mostrado mi indignación.

— ¿De qué estás hablando?

Me interrumpe con una mirada fría.

— Estoy hablando de esto...

Lysandros arroja un sobre que acaba de sacar de uno de sus cajones sobre la mesa con una crueldad que me deja sin palabras. Las fotos inapropiadas, una mujer desnuda con Albert, me chocan profundamente. Las fotos no están bien enfocadas y en algunas posiciones no se puede ver el rostro de la mujer, pero en las que se pueden, la similitud conmigo es asombrosa, pero sé que no soy yo en las imágenes. Nunca dormí con ese maldito. Siento crecer mi indignación, pero antes de que pueda protestar, Lysandros continúa con su acusación.

— Mentiste, Melina. Dijiste que nunca habías dormido con Albert, pero este sobre que acabo de recibir dice lo contrario.

Estoy atónita. Sus palabras resuenan en mis oídos, y mi corazón late aún más rápido. Las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos, pero me niego a dejar que caigan. No voy a darle el placer de verme débil.

— ¿De dónde has sacado esto?

— Lo envió Albert mismo. Probablemente para vengarse porque te "robé" del matrimonio.

— ¿Estás loco? ¡No soy yo en esas malditas fotos!

— ¿Ah no? ¿Y esta marca en tu brazo aquí? — dice mientras señala una foto en la que aparece una marca muy similar a la que tengo en el brazo izquierdo.

— Tú... ¿estás loco?

— ¿Loco? Te muestro pruebas y me dices que estoy loco. — dice enfurecido.

— Cualquiera podría falsificar esa marca. Es visible para cualquiera ver en mi brazo.

— Cállate.

Lysandros está al borde de la furia, y eso me asusta profundamente. Sus ojos están inyectados de rabia, y su expresión es de pura indignación. Él toma el sobre con las fotos comprometedoras y lo arroja de nuevo en la mesa con un gesto brusco, como si eso fuera la prueba irrefutable de que mentí.

— ¿Realmente crees que soy estúpido, Melina? — grita, avanzando hacia mí con grandes zancadas. — ¿Pensaste que asumiría el hijo de otro solo porque no querías casarte con él? Te felicito. ¿Cuántos más has tenido que acostarte para asegurar el matrimonio? Quizás Philip, luchó por ti con Albert aquí en Velvet Lady ansiosamente, o tal vez Anton. Sé que es tu primo, pero probablemente eso no es un problema para ti...

Mi ira explota, y ya no puedo contenerme. Antes de que termine la frase, levanto mi mano y le propino una bofetada con toda la fuerza que tengo. El sonido de la bofetada resuena en la sala, y Lysandros inmediatamente sujeta mis muñecas, impidiéndome hacer algo más.

Lágrimas comienzan a correr por mi rostro sin mi permiso, pero me niego a bajar la cabeza. Lo miro con determinación.

— Eres un desgraciado, Lysandros. Un miserable repugnante. — grito en su rostro.

— Debe ser realmente frustrante para ti darte cuenta de que te han descubierto. — dice con un tono de cinismo en la mirada.

— Te arrepentirás por cada lágrima que me hagas derramar, Lysandros. Escucha bien lo que te digo: nunca te acercarás a mi hijo. Cuando te des cuenta del error que cometiste, y en algún momento lo harás, ten en cuenta que no habrá perdón.

Después de pronunciar mis últimas palabras a Lysandros, lo miro, mi mirada debe denunciar el odio que ahora está completamente justificado. Limpio las lágrimas que siguen

cayendo obstinadamente por mi rostro y me doy la vuelta para salir de la oficina.

Camino por el pasillo del club, pasando por las miradas curiosas de los empleados que seguramente fueron testigos de nuestra discusión, pero no me importa. Ya no me importa. Es como si estuviera muerta por dentro, como si esta hubiera sido la última puñalada que el destino me ha dado, pero ya no duele. Simplemente ya no duele.

CAPÍTULO 30

Lysandros

Asisto impotente mientras Melina se aleja, sus pasos resueltos resonando en el pasillo del club. La rabia dentro de mí es abrumadora, como un fuego que quema mi pecho y envenena cada pensamiento. Las fotos comprometedoras están frente a mis ojos, y no tengo dudas de que es Melina en ellas. La similitud es innegable, y mi estómago se retuerce de asco.

¿Cómo pude ser tan tonto? ¿Cómo pude dejarme llevar por sus encantos, por sus palabras? Ella me estaba manipulando desde el principio, usando mis sentimientos por ella en mi contra. Y ahora, está embarazada, embarazada del maldito Albert. La idea me consume por dentro, como ácido corroyendo mi corazón.

Mi mente está en un torbellino, y los celos inflaman mi pecho. Ver las imágenes de ella con otro hombre me vuelve loco, furioso. Me mintió, juró que nunca había dormido con Albert, ¡pero lo hizo! ¡Dormía! Ella estuvo en los brazos de ese idiota de la misma manera que estuvo en los míos. Él la poseyó al igual que yo... ¡pero ella era mía! ¡Mía, completamente mía! ¿Por qué mintió? ¿Por qué?

Porque todo formaba parte de su plan, quería tener opciones, quería casarse con quien quisiera. ¡Maldita! Mil veces maldita.

Siento un deseo abrumador de seguirla, enfrentarla, gritarle. Quiero que sienta la misma incomodidad que estoy sintiendo ahora, sofocándome.

¡Maldita! ¡Maldita!

Miro una vez más las fotos dispuestas sobre la mesa, y cada vez que las miro, siento que la sensación se intensifica en mi interior, una sensación que no sabría cómo describir. Nunca la sentí antes, nunca experimenté que los celos me carcomieran de esta manera, nunca experimenté la intensidad de estos sentimientos, y lo odio. Odio sentir todo esto por la maldita Melina Zephyra. Odio. Dejo caer las fotos sobre la mesa, mi mano cerrada en un puño de furia.



Estoy mirando la mesa del almuerzo en casa de Stefanos, rodeado de mi familia. El ambiente rebosa de risas y animadas conversaciones, pero en mi interior, todavía arrastro la tormenta de emociones del día anterior.

Stefanos, mi hermano mayor, está radiante junto a Perla, su esposa. Son el vivo retrato de la felicidad conyugal, y no puedo evitar preguntarme cómo Stefanos, quien solía ser tan reacio a las relaciones, se ha convertido en este esposo ejemplar.

Desde mi posición, tengo una vista privilegiada de todo el entorno. Stefanos está a cargo de la parrilla, mientras Perla sirve la mesa en el jardín. La pequeña Elysia agita un sonajero frente al cochecito de Aurora, quien ríe animada. Demétrios y Konstantinos están inmersos en una conversación mientras disfrutan de una copa, y mi madre debe de encontrarse en algún lugar, probablemente agregando sus toques en la cocina.

Mientras observo la escena, mi mente regresa a la confusión con Melina, pero no quiero pensar en ella ahora. No puedo permitirme seguir perdiendo tiempo en esa maldita chica, simplemente no puedo. Aun así, parece que mi mente va en contra de mi voluntad, ya que, a pesar de todos los estímulos y actividades a mi alrededor, es en ella en quien sigo pensando.

Stefanos se acerca a mí y ambos nos apoyamos en el pilar de la entrada de la casa mientras compartimos una cerveza en silencio.

— ¿Por qué estás tan malhumorado hoy, Lysandros? Más de lo normal, supongo...

— No ha ocurrido nada y, por cierto, feliz cumpleaños. —digo mientras doy un largo trago a mi cerveza.

— Gracias. Pero algo me dice que tu mal humor tiene nombre y apellido. Melina Zephyra. Todos están comentando que la sacaste en volandas en plena boda. Debo admitir que te superaste en esa ocasión, hermano. —dice sonriendo mientras da un trago.

— No quiero hablar de eso.

Mi mandíbula se tensa cuando recuerdo la rabia que sentí al ver las fotos de Melina desnuda en brazos de otro.

— Ella es una maldita. —murmuro entre dientes.

Stefanos suelta una risa que me irrita aún más. Parece estar disfrutando con mi situación.

— ¿Qué es tan gracioso? —pregunto, apretando los puños.

Él me mira, aún sonriente, y dice:

— Lysandros, la última vez que estuve tan enfadado con una mujer, terminé casándome con ella y teniendo un hijo.

— Deja de decir tonterías, Stefanos. Melina está embarazada, sí, pero no es mi hijo, es de Albert.

Stefanos frunce el ceño, claramente sorprendido por mi afirmación.

— Pero dormiste con ella, ¿verdad?

Me siento incómodo ante la pregunta directa de Stefanos, y al mismo tiempo, mi irritación aumenta.

— Sí, me acosté con ella. Pero ella lo hizo con varios antes que yo, quería elegir con quién casarse. Y, al parecer, fui el segundo, el estúpido número dos.

Ahora, al pensarlo mejor, todo cobra sentido: Calíope viniendo hacia mí pidiendo por su hermana, haciendo que fuera como un idiota a rescatarla; todo fue parte de un plan muy bien elaborado.

Stefanos reflexiona sobre mis palabras por un momento, como si estuviera procesando la información.

— Lysandros, antes de tomar partido, asegúrate de lo que está ocurriendo. Si dormiste con ella, existe la posibilidad de que seas el padre del niño. Y debes honrar el nombre de nuestra familia y asumir al niño como un Nikopoulos, como corresponde.

Tiene razón. Puedo ser muchas cosas, pero bajo ninguna circunstancia no asumiría a un hijo mío. Soy un hombre de principios, un poco torcidos, es cierto, pero todavía los conservo.

— Ahora necesito ver si Perla necesita ayuda con algo. — dice mientras se aleja de mí, dirigiéndose al jardín. Permanezco de pie mirando mi cerveza vacía y caliente, sintiéndome extrañamente incómodo después de la conversación con mi hermano. Las emociones siguen agitando mi interior, y el maldito ha logrado sembrar la semilla de la duda. De hecho, dormí con Melina, y aunque me protegí, existe la posibilidad de que el hijo sea realmente mío. Respiro profundamente y decido que este ambiente está demasiado alegre y animado para mi amargura tan profunda, y sumergirme en el trabajo es lo mejor que puedo hacer.

No pasa mucho tiempo antes de que esté de nuevo en el entorno que a menudo es mi refugio. Casmotto, mi fiel empleado, me recibe con una mirada preocupada.

— Señor Lysandros, una señora lleva esperándolo en su despacho desde hace más de una hora.

¿Una señora? ¿Quién podría ser? La curiosidad supera mi momentánea melancolía, y me

dirijo a mi despacho. Al abrir la puerta, me encuentro con una mujer que me resulta extrañamente familiar, pero lleva un momento reconocerla. Es Nikoleta Zephyra, la madre de Melina.

Siento una oleada de sorpresa al ver a Nikoleta Zephyra frente a mí, y mi rostro adquiere automáticamente una expresión de incredulidad. Se levanta del sillón con una mirada decidida, sus ojos atravesándome como cuchillas afiladas.

— Has dejado embarazada a mi hija y tendrás que asumir lo que has hecho —dice con una firmeza que me sorprende.

Un risueño desprecio escapa de mis labios antes de que pueda detenerlo. No puedo evitar la sensación de que ella cree que soy tan manipulable y estúpido como los otros que pasaron por la vida de Melina.

— ¿De verdad crees que puedes venir aquí y hacer que asuma algo? —pregunto con un sarcasmo que apenas puedo contener.

— No es "algo", es un hijo, y deberías comportarte como un verdadero Nikopoulos, al igual que tu hermano Stefanos, que asumió lo que hizo y se casó con la joven a la que dejó embarazada.

Ella no se amilana ante mi reacción. Al contrario, sus ojos parecen brillar con una determinación inquebrantable. Se pueden ver rasgos de Melina en ella: la terquedad, la obstinación que sé que heredó de su madre.

— Te daré algunos días para que reflexiones y aclares tus pensamientos que parecen confusos, pero no más que unos días.

Nikoleta no me permite decir nada más. Con un gesto decidido, se da la vuelta y sale de la sala.

¿Qué demonios estoy haciendo con mi vida?

CAPÍTULO 31

Melina

Algunos días después

Mientras ordeno mis maletas, no puedo evitar sentir un nudo en el estómago. Han pasado varios días desde todos los acontecimientos caóticos, pero parece que fue ayer. A medida que selecciono la ropa y objetos que llevaré a Grecia, mi barriga pronto comenzará a notarse; el embarazo avanza, y mi madre, preocupada por la situación, ha decidido que sería mejor para mí viajar a Grecia y quedarme con unos tíos que viven allí. La idea de dejarlo todo atrás va en contra de mis deseos, pero terminé aceptándola, principalmente porque no quiero que nadie se fije en mi barriga cuando ande por ahí.

La alta sociedad es hipócrita; parece que vive en los años 20, como si fuera algo terrible que una mujer quede embarazada sin estar casada. Para ellos, es como una señal de que las cosas no van bien; es como dar vía libre a preguntas incómodas, miradas cínicas y risitas irritantes. Pero por ahora, Grecia parece ser el refugio perfecto, lejos de las miradas críticas y de los cotilleos maliciosos.

Mientras acaricio suavemente mi creciente barriga, intento calmar los miedos que surgen. Lysandros no me ha buscado y le agradezco por ello. Tan solo recordar la escena, tan solo recordar sus palabras, hace que todo mi cuerpo tiemble de rabia. Es un maldito, y no quiero tener nada que ver con él.

Sé que todo saldrá bien, eventualmente, en algún momento, aunque el camino por delante parezca incierto. Respiro hondo, miro las fotos de momentos felices con mi padre, con Cali e incluso con mi madre, que están esparcidas por mi cama, y sonrío, recordándome que la vida está llena de sorpresas, algunas buenas y otras no tanto.

Mientras continúo ordenando mis maletas, concentrada en separar la ropa, oigo pasos acercándose a la habitación. Mi madre entra con una expresión de sorpresa en el rostro y dice:

— Deshaz todas esas maletas ahora mismo.

La miro confusa, una mezcla de emociones surge en mí.

— ¿Qué quieres decir, mamá? ¿Qué ha pasado?

¿Será Lysandros? ¿Habrá reconsiderado?

— Albert está abajo. Quiere verte, quiere reanudar el compromiso.

Siento un sabor amargo al escuchar lo que dice mi madre. Qué tonta he sido, cómo he podido pensar que sería Lysandros. Pero enfoco mis energías en el shock que siento por la actitud de mi madre hacia Albert, e inmediatamente siento la rabia burbujeando dentro de mí.

— ¿Estás bromeando, verdad? Después de todo lo que ha pasado, ¿aún crees que debería seguir con esto?

Mi madre respira hondo antes de decir:

— Melina, solo te pido que bajes y hables con él. Al menos le debes eso por haber huido de la boda.

Siento una oleada de pensamientos y emociones contradictorias inundando mi mente. Sin duda, bajaré, pero solo para decirle unas cuantas cosas al maldito.

Bajando las escaleras con determinación e indignación, me encuentro a Albert parado en medio de la sala de estar, con esa sonrisa estúpida y prepotente en los labios.

— Melina, qué hermosa te ves. —dice, mirando mi barriga que ni siquiera se nota, como una clara señal de desprecio.

— ¡Tienes mucho valor por aparecer aquí en mi casa después de todo lo que ha ocurrido! —mi voz tiembla de rabia mientras lo miro a los ojos.

— ¿Valor? Tu madre prácticamente me rogó que viniera, pensé que te encontraría más tranquila, pero veo que sigues siendo una yegua arisca.

— Maldito. —grito—. ¡Sal de aquí ahora! O te denunciaré por falsificar fotos.

Él suelta una risa alta.

— ¿Y cómo vas a probar que no eres tú?

— Está claro que no soy yo.

— En realidad... está bien, ¿verdad? Pero Lysandros estaba tan ciego que ni se dio cuenta. —se encoge de hombros—. Lo importante es que ahora tienes solo un bastardo sin padre en tu barriga.

— Sal de aquí, maldito.

— Deberías tratarme mejor. Puedo reconocer a tu bastardo con algunas condiciones.

— ¡No quiero nada de ti! ¡Sal de aquí!

— ¿Oh no? ¿No te has enterado?

— ¿Enterado de qué?

En ese momento, veo a mi madre bajando las escaleras, tiene una mirada acorralada y mi estómago se revuelve al pensar en lo que podría venir.

— Albert, ¿qué quieres decir?

— Soy el nuevo dueño de la empresa de ustedes.

Me vuelvo bruscamente hacia mi madre.

— ¿Has vendido la empresa de nuestra familia? ¿Cómo has podido hacer eso?

— Estábamos en la ruina, Melina. No tuve elección.

— Sí que la tenías, siempre hay opciones. Dime, ¿has finalizado el trato?

La veo asentir ligeramente con la cabeza en señal de negación.

— Aún falta por firmar algunos documentos.

— Entonces, no los firmarás. A partir de ahora, seré yo quien esté al mando de las empresas.

— Tú... no puedes hacer eso. —responde visiblemente desconcertada.

— Sí que puedo. Y tú, sal de aquí inmediatamente. —digo con firmeza al mirar a Albert.

Las palabras salen como un desahogo, pero todavía siento un nudo en la garganta, una sensación sofocante de impotencia; quiero gritar, quiero gritarle a mi madre, a Albert y a Lysandros. ¡Quiero gritar a todos! Albert parece sorprendido por mi determinación, pero no estoy dispuesta a ceder.

Mi madre intenta intervenir, pero la corto.

— Te dejé hacerlo a tu manera, estuve a punto de casarme con ese hombre asqueroso, estuve a punto de permitirte vender la empresa de nuestra familia, que lleva generaciones con nuestro nombre, pero ya no puedo. No puedo permitir que sigas dirigiendo mi vida de esta manera, madre. Sé que la empresa está en un lío, y también sé que me amas, pero ¡ya basta! Tu amor es tóxico y me está matando, al igual que está matando a las empresas de nuestra familia. Haré las cosas a mi manera, y si realmente la única opción es vender nuestras empresas, no será a este hombre como Albert.

Mi madre se queda en silencio y me mira durante más tiempo del que el decoro permite. Finalmente, suspira profundamente y rompe el silencio.

— Escuchaste a tu hija, mejor será que te vayas. —dice con calma.

Albert está visiblemente irritado, pero no parece ser lo suficientemente inteligente como para decir algo, simplemente sonrío con cinismo antes de salir.

— Seguro que me suplicarán que les ayude, de eso estoy seguro. —dice y desaparece por la puerta, llevándose consigo la oscura aura que trajo.

Mi madre y yo nos miramos durante más tiempo del que el decoro permite. Finalmente, suspira profundamente y rompe el silencio.

— Melina, espero que entiendas la gravedad de la elección que estás haciendo.

La miro intensamente, con mi mente dando vueltas en busca de una respuesta. ¿Qué quiere decir con eso?

— ¿Qué crees que significa, madre? —pregunto, con un toque de frustración en mi voz.

Ella me mira con seriedad a los ojos.

— Significa que estás eligiendo ser una madre soltera, de negocios y desdichada.

Una tristeza repentina invade mi cuerpo; ¿cómo puede pensar esas cosas de mí? No estoy eligiendo la infelicidad, estoy eligiendo mi propia libertad, la oportunidad de seguir mi camino y tomar mis propias decisiones.

Con determinación, respondo:

— No, estoy eligiendo ser la dueña de mi propia vida.

Una triste sonrisa se forma en los labios de mi madre mientras asiente.

— Te pareces mucho a tu padre.

La mención de mi padre aprieta mi corazón. Siempre fue un hombre fuerte y decidido, alguien que nunca dejó que nadie le dijera cómo debía vivir su vida. Solo espero que, al final, pueda honrar su legado de la mejor manera posible.

— Pero yo quería que te parecieras más a mí. —dice, mientras se da la vuelta y sube las escaleras.

Mi madre se aleja y sube las escaleras, dejándome con un torbellino de pensamientos. Mientras la veo alejarse, no puedo evitar notar la expresión de decepción en su rostro. Es extraño, porque siempre he oído que las madres se alegran cuando sus hijos se vuelven independientes, cuando buscan más en la vida. Pero en el caso de mi madre, parece que las cosas son diferentes.

Siempre ha visto mis rasgos de carácter, mi determinación y mi deseo de lograr cosas, más como defectos. Quería que me pareciera más a ella, que siguiera un camino más tradicional, que aceptara el papel que ella había planeado para mí. Pero no puedo hacerlo. No puedo permitir que sus expectativas definan mi vida. No más.

Una sensación de tristeza me envuelve por un momento. Desearía que mi madre pudiera comprender mi perspectiva, que pudiera ver que estoy haciendo lo que es mejor para mí.

Sin embargo, no me dejaré afectar por esto. Tengo mucho trabajo por delante. Tengo que lidiar con la situación de la empresa, asumir la responsabilidad que me ha sido encomendada, y también enfrentar el embarazo que se hace más evidente cada día. Tengo que ser fuerte, decidida y seguir el camino que he elegido para mí misma.

CAPÍTULO 32

Lysandros

— Te he visto con resaca en algunas ocasiones, pero la cara que tienes ahora parece más como si te hubiera atropellado un avión. — oigo la voz de Demetrios, pero no me giro para mirarlo y trato de cerrar el maldito sobre con las fotos de Melina que parecen estar pegadas a mis manos desde el día en que las recibí.

— ¿Qué haces en este lugar mundano, colega? — respondo con desdén.

— ¿Necesito razones para visitar a mi hermano? — dice sentándose a mi lado en la barra.

— Normalmente las tienes.

— No puedo negarlo. — dice haciendo una señal al camarero. — Estás fatal, ¿qué ha pasado?

— Nada. — digo al vaciar todo el contenido de mi vaso.

Demetrios frunce el ceño, claramente insatisfecho con mi respuesta lacónica.

— ¿Decidiste aceptar lo que Stefanos te pidió? — pregunto cambiando drásticamente de tema.

Me giro para mirarlo y lo veo respirar profundamente.

— Está pidiendo demasiado. — responde, su voz cargada de frustración.

— Está en lo cierto. — digo al mirarlo. — Pero, ¿cuándo pidió algo? ¿Lo recuerdas? Porque yo no. Todo lo que sé es que asumió toda la responsabilidad de la familia desde que nuestro padre murió. Tú te diste el lujo de seguir una carrera en la ley, Kostas y yo abrimos este bar, y él se encarga de todos los problemas de nuestras empresas, mientras nosotros solo recibimos el jugoso cheque al final de cada mes. No sé si te pasa lo mismo, pero creo que el maldito tiene derecho a pedir algún favor de vez en cuando.

El camarero pone otro vaso lleno frente a mí, y lo agarro, tomando un largo trago.

— Tal vez tengas razón. Tal vez debería considerarlo. Pero no sé si puedo hacer lo que está pidiendo. — murmura, finalmente admitiendo sus propias dudas.

— Te vi cerrar literalmente una calle entera cuando tenías dieciséis años con una protesta

que organizaste tú solo, creo que puedes ocuparte de una chica de veinte años.

— No soy el mismo de aquel entonces, y tú lo sabes.

Respiro profundamente al pensar que Demetrios no es el hombre que solía ser desde la muerte de su esposa. E inevitablemente, el rostro de Melina cruza mi mente. Tampoco me siento igual desde el día en que besé los labios de esa mujer.

— ¿Estás así por Melina? — dice, pareciendo adivinar mis pensamientos.

— No. — respondo rápidamente.

Demetrios se ríe, sin creer mis palabras.

— Si yo fuera tú, resolvería eso. Este sentimiento que está comenzando a surgir en ti es raro y tiene fecha de caducidad. Nunca se sabe qué va a suceder.

— Ella no es quien pensaba que era. — digo y le muestro las fotos que estaba mirando antes de su llegada, todavía en el mismo sobre que recibí. — Y no me malinterpretes, no soy un puritano, no me importa si Melina se acostó con cualquier otra persona; el problema es cómo mintió al respecto. Juró, mirándome a los ojos, que no se acostó con Albert, pero aquí están las pruebas en sentido contrario. Y si mintió al respecto, mintió sobre todo.

Demetrios mira las fotos y parece intrigado.

— ¿Melina Zephyra? ¿Crees que es ella en las fotos?

— Sí, ¿quién más iba a ser?

— Estás loco. No es Melina. — Demetrios parece incrédulo.

Toma una de las fotos, la única en la que el rostro es más claro, y dice:

— ¿Ves? Son parecidas, pero claramente no es ella.

Miro detenidamente la foto que Demetrios está sosteniendo. Y como si de repente se cayera un velo de mis ojos, comienzo a mirar con más claridad, con menos ira y celos nublando mi visión. Me doy cuenta de algunas diferencias sutiles en el rostro de la mujer en las fotos en comparación con Melina y comienzo a sentir un amargor en mi boca y una sensación que me consume. ¿Cómo? ¿Cómo... cómo pude...

Me levanto bruscamente, dejando caer la silla detrás de mí.

No es Melina.

¿Cómo pude confundirla? Son parecidas, por supuesto, y si las miras rápidamente, es inevitable la confusión, pero si hubiera mirado con un poco más de detalle, me habría dado

cuenta. Me cegó la ira y la acusé.

Maldición, ¿cómo pude hacer eso?

Me alejo rápidamente tomando distancia de Demetrios.

— ¿A dónde vas? — pregunta.

— Voy a ver a Melina y a darle una paliza a ese maldito ricachón, aún no he decidido el orden correcto.



No podría decirte cómo llegué aquí, la furia me guió y todo lo que vi en el camino fue el rostro de Melina, las lágrimas que ella derramó de sus ojos por mi culpa. Mi cuerpo arde de arrepentimiento, una sensación que nunca antes había experimentado. Rechacé a Melina, rechacé a mi propio hijo que está en su vientre, y la culpa me abrumba mientras miro el edificio donde se encuentra el maldito Albert Simund.

Todo lo que quiero es desahogar mi ira en alguien, y Albert es el culpable. Él envió las fotos, pero yo soy el peor de todos los culpables. Fui yo quien la acusó, fui yo quien la hizo llorar, fui yo quien la rechazó, y eso es imperdonable.

Mis manos tiemblan mientras entro en el edificio y me dirijo al ascensor, ignorando por completo a la recepcionista que intenta impedir mi entrada. Cada segundo que pasa, mi mente repasa las palabras crueles que le dije a Melina, las acusaciones infundadas, la mirada desesperada en sus ojos. Y la idea de que ella pueda no perdonarme es insoportable.

El ascensor finalmente se detiene en el piso de Albert, y mi ira alcanza su punto máximo cuando las puertas se abren. Él está ahí de pie en su oficina, con una sonrisa cínica en el rostro, como si estuviera contento de ver la expresión de odio que probablemente adorna mi rostro.

— Lysandros, viejo amigo, ¡qué sorpresa! — dice con falsa cordialidad.

Sin pensarlo dos veces, avanzo hacia él y le asesto un puñetazo directo en el rostro. Siento el impacto de mis puños contra su mandíbula, y una sensación de alivio momentáneo me invade. Pero está lejos de ser suficiente para calmar la tormenta de emociones que siento.

Albert cae al suelo, sosteniéndose el rostro magullado, pero su expresión burlona persiste.

— ¿Por qué hiciste eso, maldito? — vocifero.

Él suelta una risa.

— Porque puedo. — dice escupiendo la sangre en el suelo. — Eres tan grande como un burro, ¿verdad, Lysandros? Mira cuánto tiempo te tomó entender la verdad... — provoca.

No respondo con palabras, simplemente continúo golpeándolo, cada golpe una explosión de mi propia angustia y autoaversión. El odio que siento por mí mismo se manifiesta en la violencia con la que lo ataco.

Finalmente, siento manos fuertes que me contienen y me apartan de Albert. Miro hacia arriba y veo a Demetrios con una expresión de preocupación en su rostro.

¿Cómo llegó hasta aquí?

— ¡Basta, Lysandros! ¡Esto no resolverá nada! — grita, tratando de calmarme.

Mi respiración está agitada, mi cuerpo tembloroso. Y mi mente es un torbellino de pensamientos. Necesito enfrentarla, necesito pedir perdón a Melina, pero la conozco lo suficientemente bien como para saber que algo se ha dañado, algo se ha roto y que ella nunca me perdonará, y es por eso que vine aquí, para tratar de equilibrar mínimamente las cosas. Melina es la mujer más testaruda que he conocido, y la rechacé de la peor manera posible cuando me pidió ayuda.

Con renuencia, permito que Demetrios me aleje de Albert. Mis ojos aún arden de rabia, pero también arden de arrepentimiento.

— ¿Qué es esto, Demetrios? ¿Qué es este sentimiento que parece que me va a sofocar al pensar en la posibilidad de no volver a tener a Melina, qué demonios es esto? ¡Dímelo! — pregunto, mi voz entrecortada y las emociones en conflicto abrumando mis sentidos.

— Esto es amor, Lysandros. — dice finalmente.

¿Amor?

Es amor.

Yo... amo a Melina Zephyra.

¡Amo, joder! La amo.

CAPÍTULO 33

Lysandros

Mi coche lleva tanto tiempo parado que ya no puedo cuantificarlo. Llegué aquí cuando aún era de día, pero la noche ya ha caído, y yo sigo en este maldito lugar como un cobarde, mirando la casa de Melina.

Mis puños todavía duelen por los golpes que le propiné a Albert, pero eso no se compara con el dolor que siento en mi corazón. Fue en esta casa donde la vi por primera vez, donde la besé, y será en esta casa donde me verá rechazarla, igual que yo la rechacé.

¡No seas un cobarde, asume lo que has hecho!

Respiro profundamente, tratando de reunir valor. No puedo huir de las consecuencias de mis actos. Cruzo la calle y me acerco a la puerta principal.

Mi corazón late con fuerza mientras levanto la mano y toco el timbre. El sonido resuena en el silencio de la noche, y el tiempo parece detenerse mientras espero, con la incertidumbre carcomiendo mi alma.

La expresión asombrada de la asistente al verme revela lo inoportuno de la hora en que decidí venir, pero no me importa. No podré dormir sin ver a Melina, sin decirle las miles de cosas extrañas que han surgido en mí desde el primer beso que compartimos.

Después de que la asistente me lleva a la sala de estar de la mansión, Nikoleta, la madre de Melina, me recibe. Es una mujer de expresión dura y altiva, y puedo ver que Melina ha heredado mucho de su temperamento.

— Finalmente has venido a hacerte responsable de tus actos.

— Necesito verla. — Es todo lo que puedo decir.

Es entonces cuando mis ojos la captan. Melina baja las escaleras, dando pasos lentos y deliberados, su mirada dura como una roca. Parece una imagen de fortaleza y determinación, pero al mismo tiempo, un abismo de dolor y tristeza se abre en mi pecho. Las palabras que necesito decir están atrapadas en mi garganta.

— Déjanos a solas, mamá. — ella dice.

Nikoleta me observa con desconfianza, pero después de un breve momento, asiente con

la cabeza.

— Muy bien, ustedes necesitan hablar. — dice y se retira de la habitación, dejándonos solos a Melina y a mí.

Ella se para delante de mí, manteniendo su distancia.

— ¿Qué quieres, Lysandros?

Miro a los ojos de Melina, tratando de encontrar las palabras que puedan expresar la profundidad de mis sentimientos, el dolor del arrepentimiento que llevo desde esa fatídica noche. Pero ninguna palabra parece lo suficientemente digna.

— Cometí un error. — digo, respirando profundamente y acercándome a ella. — Cometí un error, Melina. Perdóname.

Ella no se mueve, y mis palabras no parecen tener ningún efecto en ella. Su mirada sigue siendo dura.

— ¿Eso es todo lo que tenías que decir? Si es así, ya lo has dicho. Puedes irte.

— Tienes que escucharme, Melina.

— No tengo que hacer nada contigo. — ella grita.

Siento el peso de las palabras de Melina resonando en mis oídos, y la tensión en el aire es casi palpable. Sin embargo, una furia incontrolable se mezcla con la pasión que arde en mí. No puedo perderla.

Sin dar espacio a pensamientos o dudas, doy un paso adelante, acortando la distancia entre nosotros. Mis brazos rodean a Melina, sosteniéndola con firmeza, mientras nuestras miradas siguen conectadas en una batalla silenciosa.

— Eres mía, Melina. — digo con intensidad apasionada. — Igual que el bebé que llevas. No me iré, no te dejaré nunca más.

— Perdiste cualquier derecho sobre nosotros en el momento en que dudaste de mí, Lysandros. — ella dice, con voz temblorosa, sin poder mirarme a los ojos.

La rabia se mezcla con el deseo, una tormenta de emociones que apenas puedo contener. Pero luego la aprieto más fuerte en mis brazos, sintiéndola responder sin palabras a mi contacto, su respiración comienza a fallar y Melina aún no me mira, pero tampoco se aleja de mis brazos.

No puedo contenerme, no puedo contener todo lo que Melina despierta en mí. Tomo sus labios en un beso apasionado, ella no se resiste, se entrega, me besa con su boca deliciosa, suspira contra mi boca. Era todo lo que deseaba, sentir los suspiros de Melina contra mí mientras

la beso. Pero se libera abruptamente, jadeante. Se aparta de mis brazos y me empuja con fuerza.

— No vuelvas a hacer eso nunca. Vete de aquí, no tengo más que decirte. — Su voz está cargada de una rabia contenida.

— No me iré, Melina. Voy a demostrarte que pertenezco a ti y tú a mí, siempre ha sido así, desde el primer momento, desde nuestro primer beso, fue allí donde sellamos nuestro acuerdo, fue allí donde te convertiste en mía y yo en tuyo, en el instante en que nuestros labios se unieron apasionadamente, cuando probamos nuestros sabores y nos volvimos adictos el uno al otro de la misma manera. — Mis manos acarician su rostro con ternura, pero mi pasión sigue ardiendo. — Yo... yo te...

Antes de que pueda decir más, ella se libera de mi contacto y se aleja.

— No quiero volver a verte, Lysandros. Te permití humillarme demasiadas veces, y eso no volverá a ocurrir. — Grita sus palabras, su voz llena de dolor y rabia, pero sus ojos luchan por no derramar las lágrimas que la llenan.

Observo impotente mientras sale de la sala. Mi corazón está destrozado, pero no puedo decir que esperaba una reacción diferente de Melina, aunque eso no significa que vaya a rendirme, porque eso, definitivamente, no lo haré.

Amo a Melina, y aunque lo haya comprendido demasiado tarde, le mostraré que nunca la dejaré, nunca la rechazaré de nuevo. Nunca más.

CAPÍTULO 34

Melina

7 MESES DESPUÉS

Miro por la ventana de mi despacho, observando los coches pasar abajo. El paisaje de la ciudad se extiende ante mí, pero mis pensamientos están lejos, perdidos en los últimos siete meses.

Mi barriga es visible ahora, un recordatorio constante de todo lo que ha sucedido. Han sido meses difíciles, llenos de desafíos que nunca habría imaginado. La constructora familiar estaba al borde del colapso, sumida en deudas y problemas.

Recuerdo cómo me sentí perdida al principio, sin saber por dónde empezar. Fue entonces cuando Anton, mi primo, entró en escena. Fue una bendición, una guía en el torbellino de decisiones que tenía que tomar. Juntos empezamos a trazar un plan para salvar la empresa que había estado en manos de nuestra familia durante generaciones.

Pero la verdad es que no lo habríamos logrado sin la inyección de capital que proporcionó Anton. Fue su inversión la que realmente dio el pistoletazo de salida a la recuperación de la constructora. Aún no sé cómo Anton obtuvo el dinero, y temo que haya tomado un gran préstamo, ya que sé que sus negocios no iban tan bien como para disponer de tanto dinero de inmediato. De todas maneras, trabajaré duro para devolvérselo. Sabemos que todavía estamos en riesgo, y el camino está lejos de terminar, pero las cosas han mejorado considerablemente.

Siento un inmenso orgullo por todo lo que hemos logrado hasta ahora. Me he convertido en una líder decidida, una mujer de negocios dispuesta a enfrentar cualquier desafío. Mi madre, aunque de manera contenida, comienza a mostrar cierto orgullo por mis decisiones, y aunque nuestra relación no es la mejor, puedo decir que ha habido una mejora significativa desde que me impuse. Y a medida que mi barriga crece, me doy cuenta de que también estoy a punto de convertirme en madre y que haré todo lo posible para dar a mi bebé todo el afecto que necesita. Es una responsabilidad adicional que me asusta, pero estoy decidida a ofrecer lo mejor a mi hijo.

Mi hijo.

Sólo mío.

Siento una angustia que me aprieta el pecho al recordar a Lysandros. He intentado con todas mis fuerzas, con todos mis pensamientos más racionales, convencerme de que era una mala persona, un hombre que no merecía mi amor, pero el amor sigue aquí, grabado en mi pecho, sin darme otra opción que sentirlo. Mi cuerpo anhela sus caricias, mi boca extraña su sabor... lo deseo, de la misma manera que lo deseé desde el primer momento en que lo vi, desde la primera vez que miré su hermoso rostro como el de un ángel sombrío.

Un ángel sombrío.

Es exactamente lo que es, y aunque todavía está dentro de mí, aunque anhele desesperadamente que aparezca y me envuelva en sus brazos, no lo aceptaría. Destrozó mi corazón, lo partió en tantos pedazos que ahora no podría recomponerlo para dárselo de nuevo.

Tuve que ser fuerte, tuve que ir en contra de todo lo que mi cuerpo y mi corazón deseaban cuando vino a mi casa esa noche. Todo lo que quería era ceder, entregarme por completo a él de nuevo, pero no podía. No podía perdonarlo, aún no puedo.

Dejo que mi mano descanse en mi barriga y respiro hondo al pensar que criaré a mi hijo sola, pero con mucho amor, un amor que Lysandros Nikopoulos es imposible de sentir, por mí, por el hijo o por cualquier otra cosa que no sea él mismo.

Miro de nuevo a la ciudad debajo y pienso en lo impredecible que puede ser la vida. Los últimos meses han sido una montaña rusa de emociones, pero también me han enseñado que soy más fuerte de lo que jamás imaginé. Finalmente enfrenté a mi madre, finalmente tengo el control de mi vida y poco a poco estoy logrando reconstruir el legado de mi padre y, sin duda, criaré a este hijo yo sola.

— ¿Cómo estáis tú y el bebé después de la agotadora reunión? — Pregunta Anton con un brillo en los ojos después de la reunión de la mañana.

Sonrío, a pesar de que de repente me antoja un donut.

— Estamos bien, Anton, gracias por preguntar.

Él levanta una ceja en tono juguetón.

— ¿Donuts, tal vez? Iré a buscarlos para ti.

— ¿Cómo lo sabes? — Pregunto sorprendida.

— Estabas dibujando donuts por todas partes durante la reunión, me di cuenta.

— Me conoces muy bien, Anton. Pero no quiero molestarte.

— Está bien. Después de todo, los donuts son mejores que tu último antojo de berenjenas.

Nuestras risas llenan la oficina mientras Anton se dirige hacia la puerta.

— Gracias, Anton.

Él sonríe, con un brillo de amistad genuina en sus ojos.

— Siempre estaré aquí para ti, Mel. Iré a buscar los donuts y volveré en un abrir y cerrar de ojos.

Respiro profundamente al verlo desaparecer y no puedo evitar agradecer a Anton, sin duda es un ángel.

Miro el teléfono en mi escritorio distraída por el zumbido de las notificaciones. Han pasado tres horas desde que Anton me sacó de esa reunión de emergencia. Las llamadas perdidas y los mensajes ya no pueden ser ignorados. Respiro hondo, sosteniendo el teléfono con las manos temblorosas, y desbloqueo la pantalla.

Lo primero que veo son las llamadas perdidas de Lysandros. Debe haber intentado llamarme varias veces. Un apretón en el pecho se hace presente, mezclándose con la angustia que ya me consumía. Me pregunto qué podría querer, por qué decidió ponerse en contacto ahora, después de tanto tiempo.

Después, leo el mensaje: "Por favor, Melina, atiéndeme". Las palabras son cortas, pero llevan un peso inmenso. Mi corazón parece querer saltar de mi pecho mientras las leo. Es como si todas las emociones que intenté reprimir durante estos meses brotaran de repente.

Pero no voy a flaquear, ¡no lo haré! Me preparo para responderle de manera maliciosa y llena de sarcasmo cuando escucho que mi puerta golpea y se abre rápidamente.

Violet, mi asistente, parece asustada mirándome, mientras que a su lado la figura que atormenta mis sueños de placer y mis pesadillas se materializa frente a mis ojos.

— Él... él ha entrado, señorita —dice.

— Está bien, Violet. Gracias, puedes dejarnos —digo con una sonrisa contenida hacia ella y la veo salir pareciendo aliviada.

No puedo mirarlo, aunque sé que debería, simplemente no puedo.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —respondo, mientras acomodo algunos papeles en mi escritorio.

— Necesito hablar contigo.

Finalmente levanto la vista y me encuentro con la suya. Está de pie frente a mí, y sus ojos, que solían transmitir confianza y superioridad, ahora muestran una tristeza profunda. La

barba de varios días enfatiza su imagen de cansancio, y su mirada ya no es altiva y prepotente como solía ser. Parece agotado, como si hubiera estado cargando el peso del mundo a sus espaldas.

Mis manos están temblando, y trato de mantener una expresión indiferente, pero es difícil. Después de todo, Lysandros Nikopoulos siempre supo cómo hacerme enojar, cómo sacarme de quicio y hacerme sentir cosas que nunca admitiría en voz alta.

— ¿Qué quieres decir? —pregunto, tratando de mantener mi voz firme, aunque siento mi propia fragilidad en cada palabra.

Él da un paso vacilante hacia mí, como si estuviera siendo cauteloso, como si supiera que no es bienvenido.

— Yo... necesitaba verte, Melina. Necesito hablar contigo —murmura, su voz más suave de lo que recuerdo.

Una parte de mí, la mayor parte, quiere golpearlo y echarlo fervorosamente de mi vista, por todas las noches en las que lloré sola en la oscuridad, por cada palabra que me dijo, por hacerme sentir tan frágil y desprotegida cuando me acusó de algo que no hice. Pero por otro lado, hay una parte de mí que todavía lo ama, que lo extraña, y que no puede apartar la mirada de sus ojos grises, y que está entorpecida por el perfume de su piel que ahora está cerca de mí.

— Tienes mucha valentía al aparecer aquí después de todo lo que ha sucedido, Lysandros —digo amargamente, luchando por mantener mi corazón bajo control.

Él baja la cabeza por un momento, como si estuviera absorbiendo mis palabras.

— Solo necesitaba verte —dice al acercarse un poco más.

Mi ira se mezcla con tristeza, y lo miro.

— ¿Verme? ¿Y por qué demonios necesitarías verme ahora, después de todo este tiempo?

Se acerca aún más, y puedo sentir su calor, su presencia. Mi corazón da un salto doloroso en mi pecho. Y no puedo moverme, no puedo alejarme de la figura del hombre que simplemente hace que mi corazón deje de latir por el simple hecho de acercarse a mí.

Lysandros me mira con una intensidad que nunca he visto en su mirada. Toca mi rostro y parece reflexionar sobre las palabras que va a pronunciar.

— Estás clavada en mí como una daga profunda —comienza, y respiro hondo—. Y no ha habido un solo día en el que no haya pensado en ti, en el que no haya recordado tu sabor, tu olor... no ha habido un maldito día en el que no te haya deseado cerca de mí.

Lysandros pasa sus manos por mi nuca y sujeta mi cabello, y respiro hondo al sentir su toque intenso.

— No ha habido un solo día en el que no me haya imaginado tocando tu cabello de esta manera y tomando tus labios con pasión —murmura, y veo su mirada detenerse en mi boca entreabierta.

Cierro los ojos, tratando de concentrarme, tratando de estabilizar mis sentidos que están todos agudizados, confundiéndome, sin reacción, solo deseando prolongar el toque firme e impetuoso de Lysandros sobre mí.

— Te amo, Melina —dice, y el impacto de la revelación me hace abrir los ojos—. Te amo, te amo con cada maldita parte de mí, te amo maldita sea y no quiero estar sin ti. No puedo, todos estos malditos meses, he sentido cada día, cada hora, cada minuto pasar. Te extrañé en todos ellos. Y sé, sé lo que hice, pero sé también que el precio que estoy pagando es demasiado alto. Me estoy volviendo loco, Melina.

No puedo procesar tus palabras, ni siquiera alcanzo a entender la magnitud de las mismas. ¿Qué está pasando? ¿Qué ha ocurrido?

Siento como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies. Cada palabra que Lysandros pronuncia impacta en mi corazón como un puñetazo, y apenas puedo respirar.

— Tienes que perdonarme, Melina —dice, mirando mis labios.

— ¿Tengo que perdonarte? —Mi voz suena más áspera de lo que pretendía, con la garganta seca. — ¿Y qué crees que debiste haber hecho, Lysandros? Para que nada de esto hubiera sucedido.

— Melina, sé que fui un idiota. Me dejé llevar por los celos cuando vi esas fotos, y estaba tan enfadado, tan celoso, que no podía pensar con claridad. Pero, sinceramente, no me importa con cuántos hombres hayas estado. Eso no cambia lo que siento por ti. Solo quiero estar contigo.

— Solo estuve contigo, fuiste el único hombre que tuve. El único hombre que me hizo sentir mujer, pero a un alto costo.

Intento procesar todo esto, intento entender lo que está ocurriendo. El dolor, la ira, el amor, todos se mezclan en un torbellino de emociones que me hace sentir mareada. Siempre es así, cada vez que lo veo.

Nunca esperé escuchar esas palabras de Lysandros. Siempre fue tan arrogante, tan seguro de sí mismo, y ahora está aquí, suplicando una vez más que lo perdone. Pero hay algo, algo que me impide... me impide aceptar todo esto. Tal vez sea mi orgullo tonto, tal vez sea arrogancia, no

lo sé...

— ¿Crees que puedes simplemente aparecer aquí después de todo lo que ha sucedido y hacerme creer en tus palabras? —Mi voz tiembla mientras trato de mantener una fachada de resistencia. — Me has herido profundamente, Lysandros. Dudaste de mí, me acusaste injustamente, me dejaste sola cuando más te necesitaba. ¿Cómo puedo confiar en ti ahora?

Miro hacia él, luchando contra las lágrimas que amenazan con caer por mi rostro. Tantas cosas han cambiado en los últimos meses, y ahora me encuentro frente a una elección que podría cambiarlo todo de nuevo. Lysandros, el hombre a quien he amado y odiado tan intensamente, está delante de mí, ofreciéndome una oportunidad de empezar de nuevo.

Un silencio inunda la habitación, y tomo una distancia segura para poder concentrarme mejor en las palabras que pronunciaré.

— Sal de aquí —digo bruscamente.

Él arquea una ceja, su petulancia de siempre comenzando a regresar.

— No me iré, Melina.

Respiro hondo, una sensación de mareo se apodera de mí, pero no puedo ceder.

— Entonces, me iré yo.

Sin esperar una palabra más de él, me giro y salgo de la oficina, cerrando la puerta con firmeza tras de mí. No miro atrás, porque no puedo permitir que vea las lágrimas que empiezan a caer de mis ojos.

Bajo en el ascensor, mi mente girando con todas las emociones conflictivas que estoy sintiendo. No puedo perdonarlo, no puedo olvidar todo lo que ha hecho, y lo más importante, no quiero. No permitiré que nadie más tenga tanto control sobre mí como Lysandros, no puedo permitírmelo de nuevo... ¡no puedo!

El claxon estridente de un coche suena alto en el aire, pero apenas lo noto. Estoy tan absorta en mis pensamientos que apenas me doy cuenta cuando cruzo distraída la calle.

Y luego, un fuerte impacto me golpea.

No lo vi, fue tan rápido como el viento. Solo oigo el claxon resonar en mis oídos y después... ya no siento nada. La oscuridad me envuelve y caigo en un abismo de inconsciencia.

CAPÍTULO 35

Lysandros

Desde la ventana de la oficina de Melina, observo la ciudad abajo, con la gente yendo y viniendo por las transitadas calles, mientras sigue apretando mi pecho la angustia que ha sido mi compañera constante durante estos meses. Pero algo llama mi atención, una agitación extraña frente al edificio. Frunzo el ceño mientras intento entender lo que está ocurriendo.

La actividad se intensifica, y veo a un grupo de personas congregándose alrededor de algo. Un nudo se forma en mi estómago, una sensación de inquietud que no puedo ignorar. Algo va mal.

Sin pensarlo dos veces, salgo de la oficina y bajo las escaleras rápidamente, esperando que mis temores estén equivocados.

Cuando finalmente llego al nivel del suelo, la escena que se despliega ante mí es devastadora. Un coche está detenido con la parte delantera aplastada contra un poste, y un grupo de personas se agolpa alrededor. Es entonces cuando veo lo que ha causado la conmoción.

Melina yace en el suelo, inmóvil, con un charco de sangre formándose a su alrededor. Mi corazón parece detenerse por un momento y una sensación de pánico se apodera de mí. No puedo creer lo que mis ojos están viendo.

Corro hacia ella, ignorando las voces preocupadas a mi alrededor. Me arrodillo a su lado, mi mano temblando cuando toco su piel pálida.

— ¡Melina! —mi voz sale en un grito desesperado mientras intento despertarla. — Melina, por favor, despierta.

Su rostro está pálido, sus ojos cerrados, y la sangre mancha sus ropas.

— ¿Qué hacéis ahí plantados? —gruño, sintiendo lágrimas rodando por mis mejillas por primera vez en mi vida adulta. — ¡Llamad a una ambulancia, ahora!

Las personas a mi alrededor comienzan a llamar a una ambulancia y yo sigo sujetando la mano de Melina, rogando que despierte. No puedo perderla, no ahora, no después de todo lo que ha ocurrido.

Miro el rostro de Melina y siento que mi corazón se desgarrar dentro de mi pecho, el ruido

a mi alrededor parece desvanecerse y solo escucho mis latidos en mis oídos, palpitando, es lo único que oigo, el sonido de mi corazón latiendo en mis oídos.

Minutos que parecen horas pasan mientras esperamos la ambulancia. La agitación en la calle aumenta y finalmente se escucha la sirena acercándose. Los paramédicos se acercan rápidamente, hacen preguntas y toman medidas para estabilizar a Melina.

Permanezco a su lado, impotente, mientras trabajan. Mi corazón está destrozado y me culpo por no haber podido protegerla. Debería haber estado allí para ella, debería haber evitado que saliera de la oficina tan enojada.

Ella y mi hijo.

— Está embarazada. —digo, casi como un susurro inaudible, como si su vientre ya no lo delatara.

Veo cómo los paramédicos se miran entre sí y eso no puede ser bueno, la forma en que se miran no puede ser buena.

La ambulancia finalmente parte llevándose a Melina. La sigo, mi mente girando, mis manos temblando. No puedo permitir que le suceda algo, no puedo perderla. Esto es todo culpa mía, soy un maldito que arruina todo lo que toca, es todo culpa mía, ¡mi culpa!

El camino al hospital es una niebla de ansiedad y miedo. Tengo las manos sudorosas y rezo, rezo fervorosamente, aunque no soy un hombre que suele rezar, rezo en silencio para que Melina esté bien, para que despierte y me mire a los ojos nuevamente, me maldiga, me insulte, me odie... pero que despierte, incluso si no me quiere, incluso si me odia, pero que esté viva, que esté bien.

Ella y nuestro bebé.

Al llegar al hospital, me informan que la están llevando a la sala de cirugía. Mi corazón se aprieta aún más.

¡La amo, maldita sea! ¡La amo!

Mientras espero en el pasillo del hospital, mi teléfono suena. Es Cali, y contesto con manos temblorosas.

— Lysandros, ¿qué está pasando? ¿Por qué me has llamado tantas veces? —pregunta preocupada.

— Cali, es Melina. Ha habido un accidente, está en el hospital. —mi voz suena entrecortada, pero trato de ser rápido y directo.

— ¿En qué hospital?

— St. Marie.

— Voy para allá ahora. —dice y cuelga.

Respiro profundamente y no puedo entender cómo todo se ha descontrolado de esta manera, cómo esta mañana estaba seguro de que convencería a Melina de mi amor, y ahora todo lo que oigo son los insoportables ruidos de este hospital, con mi pecho lleno de lágrimas ahogándome por dentro.

Siento que mi garganta se aprieta mientras trato de mantener la compostura al ver al médico acercarse.

— ¿Eres su esposo? — Pregunta.

— No, soy su novio. — Miento, ansioso por noticias.

El médico suspira antes de hablar:

— Melina está estable por el momento. El accidente no fue grave, probablemente el coche estaba a baja velocidad cuando la golpeó. La mayor preocupación es que quedó inconsciente y perdió bastante sangre.

Mi mente corre hacia el bebé.

— ¿Y el bebé? — Pregunto con urgencia. — ¿Cómo está?

— Es demasiado pronto para decirlo con certeza, pero los primeros signos son positivos. El bebé parece estar bien, pero necesitaremos monitorear su desarrollo con cuidado.

— Y la sangre, ¿por qué había tanta sangre? — Pregunto, con la voz temblorosa.

— La sangre vino de una herida en la pierna de Melina. Afortunadamente, no fue nada grave, solo un corte profundo. — El médico aclara.

— ¿Puedo verla?

— Sí, sígame. — Dice y me guía por el pasillo hasta la habitación donde están cuidando a Melina.

Cuando entro en la habitación, veo a Melina acostada en la cama del hospital, inmóvil y pálida. Parece frágil, como una muñeca rota, y eso me parte por dentro. Las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos, pero las trago con fuerza.

El médico se retira discretamente, dejándonos solos. Me siento al lado de Melina, tomando su mano con cuidado. Su piel aún está caliente, pero su cuerpo está frágil y roto.

Acaricio la parte superior de su mano, rogando en silencio que despierte, que todo esto sea solo una terrible pesadilla.

Mi voz se pierde cuando la miro, no puedo emitir ni un solo sonido. Todo lo que puedo hacer es esperar sus palabras, esperar que despierte, esté bien y me diga que me ama, como yo la amo. Me siento débil, viéndola de esta manera, me siento como un niño de nuevo, me siento completamente entregado a esta pequeña mujer de metro cincuenta. Siento que ella contiene cada gota de mi felicidad en su poder, siento que puedo sofocarme si le pasa algo. Solo puedo esperar, esperar a Melina.

Finalmente, las lágrimas caen de mis ojos, y no hago ningún esfuerzo por contenerlas. Caen en silencio, mojando la mano de Melina. La amo tanto, y es tan doloroso ver a alguien como Melina, que es altiva y valiente, en un estado tan vulnerable.

— Melina... — Mi voz sale en un susurro, y la miro con los ojos nublados por las lágrimas. — Por favor, despierta. Te necesito, nuestro bebé te necesita. ¡Maldición! Te amo demasiado, joder, te amo muchísimo. Tienes todas las razones para odiarme, tienes toda la razón para eso, nunca debí dejarte, nunca debí creer en Albert. Haría cualquier cosa para cambiar esto. Por favor, vuelve conmigo.

Sigo sosteniendo su mano, esperando desesperadamente alguna señal de que está escuchando, que abrirá los ojos y me mirará de nuevo. La rabia que siento hacia mí mismo es abrumadora, pero ahora mi única preocupación es Melina y nuestro hijo. Haría cualquier cosa, daría hasta la última gota de mi sangre si fuera posible tenerlos de vuelta, seguros y sanos.

El sonido insoportable de los equipos de Melina llena la habitación, inundando mis oídos con una cacofonía ensordecedora. Mi corazón se aprieta con cada pitido, cada señal de alerta que llena el espacio. La observo impotente mientras el equipo médico se mueve frenéticamente a su alrededor.

— ¿Qué está pasando? — Mi voz sale temblorosa y desesperada.

Los médicos se vuelven hacia mí, con expresiones serias y preocupadas.

— El bebé entró en sufrimiento fetal. Necesitamos realizar el parto ahora. — Responde uno de los médicos, con urgencia en su voz.

Trago saliva, mi mente da vueltas en un torbellino de pensamientos. ¿Sufrimiento fetal? ¿Qué diablos significa eso?

— Es demasiado temprano, ¿verdad? — Grito, con la voz entrecortada por la desesperación. — ¡Es demasiado temprano!

Los médicos asienten, pero no hay otra opción. Me sacan de la habitación y mi vista se nubla por las lágrimas que insisten en rodar por mi rostro. Me veo obligado a dejar a Melina, a la mujer que amo, en manos desconocidas, mientras nuestro hijo aún no nacido está en peligro.

Me siento pequeño, inútil.

Mis manos tiemblan y agarro la barandilla del pasillo, sintiendo que la realidad se desmorona a mi alrededor. Mi cabeza está en un torbellino y la sensación de impotencia me consume por completo. Rezo con todas mis fuerzas para que Melina y nuestro bebé estén bien, pero el miedo de perder a ambos me devora.

El tiempo parece estirarse infinitamente mientras espero, mi corazón apretado por la angustia. Las lágrimas continúan a caer, y mi mente corre a través de todas las decisiones que me llevaron a este momento, todas las cosas que debí haber hecho de manera diferente.

Oigo voces hablando conmigo, pero todo a mi alrededor parece borroso, veo a Cali y a la madre de Melina, pero no entiendo lo que dicen, no puedo procesar las palabras, ya que mi mente está completamente caótica.

— ¿DÓNDE ESTÁ MELINA? — Calíope grita, sacándome de mi trance.

— Entró en trabajo de parto... — Mi voz tiembla al responder.

— Oh, Dios mío. — Responde su madre, visiblemente conmovida.

— ¿Cómo está ella? — Pregunta Cali.

— Bien, pero el bebé...

— ¿Qué le pasa al bebé? — Pregunta angustiada.

— No lo sé.

Finalmente, un médico se acerca a mí, con el rostro serio.

— El parto fue exitoso, pero el bebé necesitará ser monitoreado. Estamos haciendo todo lo posible para estabilizarlo, pero tendrá que estar en la incubadora durante las próximas horas. Por cierto, felicidades... es un niño.

Un niño.

Tengo un hijo.

Mis piernas parecen ceder bajo mí, pero me mantengo firme, aunque mi mente esté en un pánico incontrolable.

— ¿Puedo verlos? — Mi voz tiembla, pero está decidida.

El médico asiente y me lleva a una habitación donde mi hijo está siendo atendido por un equipo de médicos y enfermeros. Al ver a la pequeña criatura, siento algo que toma mi pecho, algo que nunca antes había experimentado.

Y finalmente, me llevan junto a Melina. Está pálida y débil, pero sigue respirando. Su rostro es sereno, y mi corazón se llena momentáneamente de alivio al verla viva.

— Dijiste que yo pagaríamos, Melina, y pensé que había pagado lo suficiente al alejarme de ti durante todo este tiempo, pero el precio, el que estoy pagando ahora, es demasiado alto y no puedo, no puedo soportarlo.

Me acerco a ella y tomo su mano con cuidado, acariciándola suavemente. Mis ojos están llenos de lágrimas, pero esta vez, son lágrimas de gratitud por verla viva.

— Despierta, Melina... aunque sea para odiarme, pero despierta. — Susurro.

Es en ese momento cuando la siento moverse, Melina se mueve lentamente y abre los ojos, parpadeando para acostumbrarse a la luz. Lleva unos segundos que su mente vuelva a la conciencia, pero cuando finalmente me ve a su lado, sus ojos se abren de par en par, y me mira, asustada. Sus manos instintivamente van a su vientre, como si necesitara asegurarse de que él está bien.

Un rayo de felicidad recorre mi cuerpo al verla despierta y consciente. La emoción amenaza con ahogarme, pero me contengo y sostengo su mano con cariño.

— Mi bebé... el coche... ¿dónde... qué está pasando? Nuestro hijo, Lysandros, ¿dónde está, qué ha pasado? — Melina balbucea, aún aturdida.

— Melina, estás en el hospital. Hubo un accidente, pero ahora estás bien. — Mi voz tiembla de alivio. — Nuestro hijo está siendo atendido, tuvieron que hacer un parto de emergencia.

— Un parto de emergencia? Él... solo estaba a ocho meses, aún era pronto.

— Lo sé, pero está todo bien. — Trato de tranquilizarla.

Ella parece procesar la información lentamente, y la expresión de confusión gradualmente da paso a la comprensión.

— Recuerdo... la discusión... — Murmura, su voz aún débil. — Pero no recuerdo todo.

— Fuiste golpeada por un coche, Melina. — Explico con cuidado. — Pero ahora estamos en el hospital, y tú y nuestro hijo están siendo atendidos.

Melina sacude la cabeza, tratando de asimilar la información.

— ¿Qué... pasó? — Pregunta, mirándome a los ojos en busca de respuestas.

Suspiro y sostengo su mano con más firmeza.

— Tuvimos una discusión, dije cosas que no debería haber dicho. Saliste enfadada. Debería haberte seguido, debería haberte detenido... — Mis ojos están llenos de remordimiento.

Melina cierra los ojos por un momento, tratando de procesar la información. Cuando los vuelve a abrir, veo que la confusión da paso a la aceptación.

— Nuestro hijo... ¿está a salvo? Quiero verlo. — Pregunta con preocupación.

— Los médicos están cuidando de él, Melina. Están haciendo todo lo posible para asegurarse de que esté bien. En cuanto sea posible, estará con nosotros.

Ella se queda en silencio y su rostro toma una expresión tranquila y aliviada.

— Recuerdo la discusión, Lysandros. — Dice con un suspiro. — Y yo también dije cosas terribles. Estaba tan enfadada... y asustada. Dejé que mi orgullo hablara más alto, dejé que me impidiera perdonarte, cuando lo único que quería era eso, lo único que quería era que tú y yo estuviéramos juntos. — Gracias por estar aquí, Lysandros. — Dice con voz suave, y siento que mi corazón se llena de alegría.

— Siempre estaré aquí, Melina. Siempre. — Prometo sinceramente.

— Te oí. — Dice tímidamente.

— ¿Cuándo?

— Cuando te estabas declarando mientras yo dormía, parece que me amas demasiado, Lysandros Nikopoulos. — Dice con su característico tono de cinismo en la voz.

Dejo que una sonrisa aparezca en mis labios ante la provocación.

— No te creas demasiado, estabas en coma.

— ¿Entonces ya no me amas? ¿Me vas a rechazar de nuevo, estás seguro de que quieres hacerlo?

— No... — Digo rápidamente. — Retiro lo que dije. Te amo, Melina. Nunca volveré a rechazarte.

— ¿Nunca? ¿Ni siquiera si prendo fuego a la Velvet Lady?

Trago saliva.

— ¿Por qué diablos harías eso?

Ella encoge los hombros.

— No sé, por celos. Te gusta demasiado ese lugar.

— Está bien, ni siquiera si quemas la Velvet Lady.

— Nuestra, me amas demasiado de verdad.

— Te amo. Te amo, Melina.

Me mira con una intensidad que me llena por dentro.

— Yo también te amo, Lysandros Nikopoulos. — Dice las palabras por primera vez.

Me acerco y tomo sus labios suavemente antes de decir:

— Ya lo sabía, solo eras demasiado terca para admitirlo.

— Ese es mi encanto. — Responde al devolver el beso y sonreír contra mis labios.

Continuamos mirándonos, nuestros ojos conectándose de manera profunda e intensa. Es entonces cuando veo a la enfermera traer a nuestro pequeño bebé, aún en la incubadora.

— Pensé que sería bueno que el pequeño viera el amor de sus padres. — Dice.

Melina me mira con una sonrisa radiante antes de mirar a nuestro hijo, sus ojos se llenan de lágrimas y su mano va a su boca.

— Es hermoso.

— Claro, se parece a ti. — Digo y la veo sonreír.

Es como si el tiempo se detuviera, y todo lo que importa es lo que está sucediendo entre nosotros en este momento.

Veo el perdón en los ojos de Melina, un perdón que me está otorgando a pesar de todas las palabras duras y la ira que compartimos. Es un perdón que no merezco, pero acepto de todo corazón.

En este momento, entiendo que mi vida comienza aquí y ahora. Como si todo lo que ocurrió antes fuera solo un borrador de lo que vendrá con Melina y nuestro hijo. Esta mujer vibrante, hermosa, impetuosa y testaruda que hace que mi sangre hierva. Sé que debo ser el hombre que ella merece, el padre que nuestro hijo merece.

EPÍLOGO

Lysandros

UN AÑO DESPUÉS

— No, no puedes hacer eso... ¡No lo aceptaré! — Protesta Melina.

— Deja de ser caprichosa y haz lo que te estoy diciendo, Melina.

Melina se resiste, manteniendo su actitud desafiante.

— ¡No! No lo haré.

— Firma de una vez y deja de comportarte así.

— El amor y los negocios no se mezclan, Lysandros, ¿nunca te lo dijeron?

— No sería la primera vez.

— ¿De qué estás hablando? — Frunce el ceño, intrigada.

— ¿De dónde crees que Anton sacó el dinero para prestarles a ustedes?

— ¿Qué? ¿Fuiste tú?

— Evidentemente.

— Vaya, eres un entrometido. — Vocifera.

— Pensé que me agradecerías.

— ¿Agradecer? ¿Que seas un entrometido?

— ¡Firma de una vez, Melina! — Digo impacientemente.

Ella respira profundamente, con su mirada típicamente imponente. Cómo amo esa mirada, cómo amo a esta mujer.

— Está bien. — Finalmente cede. — Pero no creas que no te devolveré hasta el último céntimo.

— No dudo de eso.

— Este dinero estabilizará el Grupo Zephyra de una vez por todas y no tengo por qué no aceptarlo. Pero desde ahora, formarás parte del consejo de accionistas.

— No es necesario.

— Pero lo serás, ya está decidido.

Respiro profundamente.

— ¿Cuándo ganaré una batalla contra ti, Melina?

Ella encoge los hombros con una sonrisa traviesa.

— Nunca.

— Ahora vamos, necesitamos recoger a Elio en la casa de Stefanos antes de que él y Aurora enloquezcan y destruyan la casa. — Dice mientras toma su bolso.

— Stefanos adora ese desorden, incluso creo que está considerando tener otro bebé para que haga compañía a Aurora.

— ¿Y nosotros cuándo tendremos otro? — Pregunta de manera atrevida.

— Cuando decidas aceptar mi propuesta de matrimonio.

— Ni lo sueñes, todavía estás en libertad condicional.

— ¿Libertad condicional, Melina? — Digo al tirar de ella hacia mí. — ¿Qué más tendré que hacer contigo para salir de ella?

Ella me mira con una mirada maliciosa que solo ella tiene, esa mirada que me llena de deseo, amor y felicidad, una mirada que es de Melina, la mirada atrevida y seductora que amo.

— Muchas cosas, muchas veces, demasiadas veces... — Melina susurra provocativamente.

— Entonces creo que es mejor que no pierda el tiempo. — Digo mientras subo ligeramente su falda y la veo morderse los labios.

— No habrá problema si llegamos unos minutos tarde. — Murmuro mientras muerdo el lóbulo de su oreja, haciéndola jadear contra mí. — O tal vez una hora.

La tiro sobre su escritorio y abro sus piernas para encajar en ella.

Melina me mira intensamente, su mirada cargada de amor y deseo se declara silenciosamente sin palabras.

— Te amo, Melina.

— Te amo, Lysandros.

En este momento, sé que he vivido toda mi vida sin algo que no sabía que me faltaba, pero que ahora es completamente imposible sobrevivir sin: Melina.

FIN.

No dejes de leer el bono de los próximos lanzamientos que se presentarán a continuación.

BONOS – DEMÉTRIOS

En mi vida no hay espacio para otra existencia; solo hay amor para brindarle a Elysia, mi hija. No obstante, Elora ha llegado y se ha apoderado de mis pensamientos, haciéndome cuestionar si verdaderamente estoy apagado por dentro, si ya no soy capaz de amar.